

La izquierda y las elecciones / El desencanto político de la juventud /
Transformar las relaciones de trabajo / Sindicalismo europeo y sindicalismo
argentino / El Concejo Deliberante / Radicalismo, peronismo y socialdemocracia
/ Hegemonía y estrategia socialista / Ciencias políticas en América Latina /
El peso de la culpa

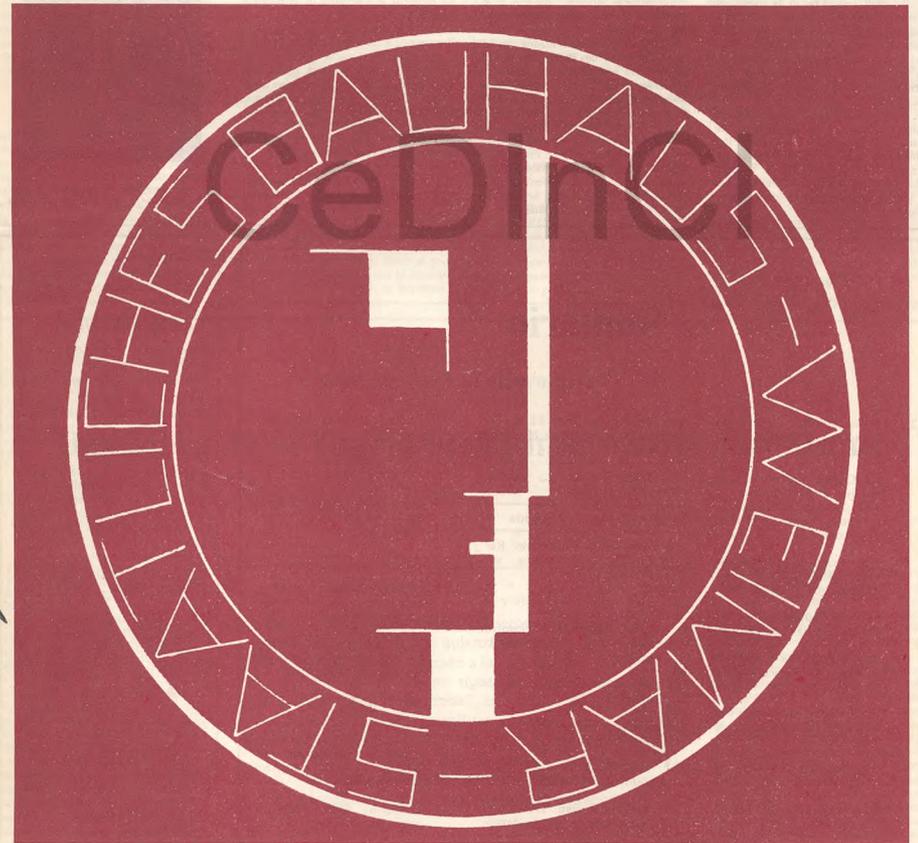
Macchi, Godio, Caro Figueroa, Goldín, Paulón, M. Ibarlucía, N.
Lorenzo, Grillo, Azubel, Vezzetti, Artigues, Pásara, Rubinstein,
Laclau, Althusser, Guitton, W. G. dos Santos, Ortiz

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 13-14, noviembre 1988-enero 1989 ₳ 30.-



COMITÉ DE REDACCIÓN
SECRETARÍA DE REDACCIÓN
DISEÑO GRÁFICO

La Bauhaus

como una experiencia pedagógica

Carlos Macchi

La Bauhaus es, sin duda, uno de los movimientos más significativos en la historia del diseño. Su importancia ha desbordado los límites naturales de la extinción en 1933, para ver reeditados sus principios ideológicos en nuevas formulaciones de un proyecto moderno que todavía despierta polémicas. Es esta misma dimensión de la Bauhaus —no siempre a escala con la realidad— la que hace desaparecer bajo su sombra otras corrientes vanguardistas tanto o más importantes que aquella.

En 1919, tras el fin de la guerra que terminaría con todas las guerras, se fusionan la Academia de Bellas Artes y la Escuela de Artes y Oficios de Weimar. Nace así la Bauhaus literalmente, "escuela de la construcción", y Walter Gropius, su primer director, proclama la unidad entre arte y oficio manual.

Lejos de seguir una única línea de pensamiento, conviven en esta etapa weimariana dispares posturas ideológicas. Estas diferencias se harán suyas más tarde, originando tensiones difíciles de resolver, que hasta condujeron a la renuncia, más o menos voluntaria según los casos, de alguno de sus miembros.

colaboración del diseño con la industria.

Por ese entonces Gropius esgrime una nueva consigna: "Arte y tecnología, una nueva unidad". Ese mismo año se realiza una exposición a la cual asisten más de 15.000 personas. Se difunden y promocionan los logros de la Bauhaus. Después de arduas negociaciones con el gobierno, la escuela se traslada a Dessau, en donde permanecerá hasta 1932. El legado más visible de la Bauhaus proviene quizás de este período. Se diseñan muebles, establos, stands, posters y catálogos. Se establecen así las bases del diseño gráfico e industrial. Paradójicamente la Bauhaus tendrá que esperar la dirección de H. Meyer, en 1928, para incorporar al diseño arquitectónico como una materia de su currículo. No es la única innovación que Meyer introduce en la Bauhaus. Arquitecto suizo de firmes convicciones socialistas, además de reformular los programas de enseñanza sostiene una postura combativa en relación al nazismo y por esos motivos debe abandonar su cargo en 1930. Asume entonces la dirección Mies van der Rohe, cuyo dictamen "menos es más" se confirma irónicamente en sus diversos pero fallidos intentos de reanudar la enseñanza de la Bauhaus en Berlín.

En 1933, la Gestapo clausura la escuela acusando a sus integrantes de "bolchevismo cultural". A partir de ese momento, sus distintos integrantes, maestros y alumnos, emigran hacia otros países europeos, México y los Estados Unidos. Moholy-Nagy funda la Nueva Bauhaus en Chicago, Gropius y Marcel Breuer enseñan en la Universidad de Harvard, Meyer diseña y construye en México.

A pesar de los muchos estudios sobre la Bauhaus, de tonos críticos o apologeticos, seguimos sin

comprender ciertos aspectos más cotidianos de esa escuela, menos importantes en comparación con las controversias Gropius-Meyer o los estéticos programas de Itten y Kandinsky, pero que ayudarían a entender esta compleja y rica experiencia pedagógica. ¿Quiénes estudiaban en la Bauhaus? ¿Se trabajaba intensamente, o se ha idealizado tanto esta experiencia que no podríamos imaginar a los estudiantes llegando tarde y protestando por los trabajos prácticos? Pero ¿cómo justificarían los maestros, protegidos por su aura de celebridad artística, el desempleo y el nazismo, su optimista transformación de la sociedad a través del arte?

Por supuesto, es mucho más difícil responder estas preguntas que discutir las múltiples vertientes ideológicas presentes en la Bauhaus. Estas han sido congeladas en los escritos de Gropius, Meyer y Maldonado, y en la crítica histórica hay algo del taxidermista, que al querer conservar para el estudio, priva de movimiento.



Oskar Schlemmer, sello oficial de la Bauhaus, 1922

Sumario

- | | | | | | |
|----|--|----|--|----|--|
| 2 | Carlos Macchi: La Bauhaus como una experiencia pedagógica | 16 | Marcos Novaro: El desenlace político de la juventud | 27 | cracia (entrevista de Stratégies) |
| 3 | La Ciudad Futura: La izquierda: todo un tema Julio Godio: Desenlace de la cuarta lucha interna en el peronismo | 18 | Javier Franzé: La palabra como utopía | 28 | Libros |
| 5 | José Armando Caro Figueroa y Adrián O. Goldín: Política laboral: ¿1945 o 1990? | 20 | Juan Carlos Rubinstein: Radicalismo, peronismo, socialdemocracia | 34 | Ger Groot: El peso de la culpa (comentarios al debate de los historiadores alemanes) |
| 7 | Victorio Paulón: Las lecciones de una batalla defensiva | 24 | José Arco: El filósofo y el hombre Luis Althusser: ¿Filosofía marxista o materialismo aleatorio? | 35 | Nicolás Casullo: David y Goliat, Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales Pedro Brieger: Transición y lucha de clases en Nicaragua de Orlando Nuñez Soto |
| 9 | Miguel Ibarlucia y Norberto Lorenzo: Nuevas vías de socialización de las riquesas | 25 | Jean Guittou: Mi amigo Althusser | 36 | Wanderley Guilherme dos Santos: La ciencia política en América Latina |
| 11 | Oscar Grillo: El Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires | 27 | Javier Artigues: Ardiente paciencia | 40 | Guillermo Ortiz: Disparen sobre Ben Johnson |
| 13 | Alicia Azubel: El retorno de lo siniestro (II) | 27 | Luis Párra: El camino de la democracia | | |
| 14 | Hugo Vezzetti: La batalla por Juliana | 29 | Ernesto Laclau: Hacia una radicalización de la demo- | | |

La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 1º (1039) T.E. 953-1581

Dirección: José Arco, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Buñano, Javier Franzé, Julio Godio, Antonio Marfom, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilio de Ipolo, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelmann, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Leis.

Diagramación: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Castilla de Correo No 177, Sicursal 12, (1412) Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarraçin 1955, Cap. Fed. Distribución en kioskos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioskos de Capital: Sinfin, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4-C, Cap. Fed.

No de Registro de la Propiedad intelectual: 107.629. Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

La izquierda: todo un tema

medida que el país ingresa en el mundo de expectativas, opciones y cálculos políticos que se abre con motivo de la aproximación a las elecciones nacionales de 1989. La reflexión se vuelve más necesaria en el campo de la izquierda. En los hechos, hace casi seis años la Argentina entra con enormes dificultades, y con la herencia de una profunda crisis económica y social, a un proceso de normalización de las instituciones democráticas. Si uno de los rasgos fuertes de la última dictadura militar consistió en clausurar todo horizonte de cambio luego de un ciclo histórico en que amplios sectores de la sociedad no ocultaron que los desahaban, desde 1983 las perspectivas de que las cosas cambiarán entre nosotros volvieron, aunque en otras condiciones, al terreno de lo posible, de lo que podíamos razonablemente pensar.

Varias perspectivas simultáneas se instalan al compás del funcionamiento más o menos correcto de la legalidad democrática. Por una parte, hay ocasión de plantear aquellas reformas que la Argentina necesita con vital urgencia: reformas al Estado, a la Constitución, al sistema financiero, a la distribución de la renta, a la organización de las inversiones, a las orientaciones del comercio con el resto del mundo, y muchas otras. Pero a la vez, todo esto se conjuga dentro de un mercado electoral que está atravesado por la lucha de intere-

ses, por el juego de varias ofertas, por las demandas y las respuestas sociales. La colocación de un programa inteligente y razonado de reformas en ese panorama no es sencillo, significa el esfuerzo de toda una cultura política.

¿Llevó a cabo dicho esfuerzo la izquierda argentina? No es necesario meditar demasiado tiempo la respuesta a tal interrogante; se trata, sin duda, de una pregunta negativa. Y así lo prueba, entre otros elementos indicadores, el pobre porcentaje electoral de las fuerzas reunidas que ocupan —o tratan de ocupar— ande andar político, y que oscila poco más o menos alrededor del 10 por ciento. Esa escasa inserción es también la imagen de un fracaso para interpretar las claves de cómo hacer política y cómo convertir en convincentes las propuestas a la sociedad en una época en que se encuentra virge la democracia.

Por lo tanto, esa opción histórica de izquierda, esa tensión política hacia los cambios profundos elaborados desde la izquierda y con centro en las cuestiones sociales, todavía debe construirse en la Argentina que está al borde de 1989, porque fuera de las palabras no es más que una exigencia. Hay motivos para esa omisión? Sí hay por lo menos algunos motivos que están bastante a la vista, y uno de ellos reside en que, frente al gobierno del partido político que se impuso en las elecciones de 1983, la izquierda

más activa recurrió a un único camino: el de la crítica global y el rechazo. Fue clara la resistencia a aceptar al radicalismo como una fuerza política de centro, democrática y con posibilidades de formular y aun potenciar proposiciones transformadoras.

En casi todas las democracias contemporáneas, la izquierda se ha modernizado al mismo tiempo que las sociedades como imperativo para sobrevivir (nada por resignarse a encarrnar la postergación de un solo registro de utopía). Esa modernización implica inevitablemente, entre varios aspectos, la delicada operación de cambiar las viejas tradiciones del rechazo y las conspiraciones unilaterales, por el horizonte de las propuestas reales, tangibles y positivas. Pensar en el interior de este orden de lo concreto, es una necesidad básica para la izquierda socialista y democrática. No obstante, ese paso hacia la modernidad es el que aún tarda en vislumbrarse en el mundo de las fuerzas políticas que actúan en la izquierda argentina, y en buen porcentaje dicha falencia se debe a su tozuda visión de las cosas dentro de la lógica del rechazo.

Paradójicamente el discurso más moderno en el universo político nacional lo produjo durante estos años el Presidente en Parque Norte; que luego el gobierno y el partido oficial hayan actuado —o no— en consonancia a ese lenguaje es un problema para analizar. Pero también se trata de un problema, y nada menudo,

que no hayan habido fuerzas capaces de recoger, profundizar y diferenciar a fondo las notas más significativas de aquel discurso para transformarlas en propuestas desde la izquierda. Por el contrario, se insistió en la negación nominalista de la UCR del campo popular —y en la aceptación o el coqueteo no menos nominalista frente al peronismo— y en la formulación de búsqueda de frentes electorales con debates que naufragan en la falta de coincidencias sobre puntos y programas arcaicos, o bien el intento de extraer de la situación nacional paradigmas morales que convoke en la política, precisamente cuando ésta se vuelve en un objetivo casi inalcanzable desde las prácticas que no hacen más que mencionarla como una figura retórica.

Así es que, como un contrasentido de estos días, al mismo tiempo que existe en la democracia un espacio para la autonomía política de la izquierda, no surgen figuras concretas que se den a conocer con claridad, que acepten la acción de desprenderse de la cultura vieja para desarrollar una nueva. Este tema, pues, el de la recategorización ideológica, política y moral de la izquierda en la Argentina, el de su comprensión de la complejidad del tejido social y de las tensiones hacia el futuro, el de su planteo de opciones autónomas, positivas y creíbles, aparece como una cuestión a discutirse cuando el país entra a un nuevo y apasionante tiempo electoral.

La Ciudad Futura

Otra vez sobre el menemismo

Desenlace de la cuarta lucha interna del peronismo

Julio Godio

Desde sus inicios conviven en el peronismo dos grandes estilos políticos. Uno, que quiere hacer de él un partido de la justicia social, integrado a las corrientes políticas modernas. Otro que sigue aferrado a la idea de la "comunidad organizada", asentada sobre un bloque sindical y militar, con un

líder cesarista a la cabeza. La derrota de los renovadores, que es la cuarta ocurrida en su interior, muestra las dificultades que tiene el peronismo para adecuarse a los nuevos tiempos democráticos.

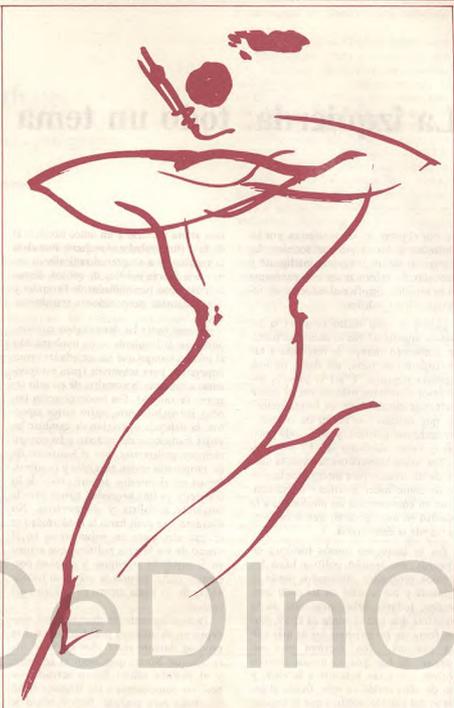
Sin embargo, ambas corrientes se debaten en el nivel de "lo político", esto es en el del nacimiento y desarrollo de un nuevo movimiento político de implantación popular. Pero, surge la pregunta de porqué pudieron establecer relaciones de nuevo tipo entre un ejército tradicionalmente conservador, un movimiento obrero con ideologías obreras tradicionales y segmentos de los partidos radical y conservador. Debería aceptarse como una explicación plausible que este reagrupamiento socio-político tuvo como eje articulador una élite militar preocupada por resolver simultáneamente dos problemas: por un lado, salvaguardar el neutralismo en política exterior, como condición para garantizar un rol hegemónico de Argentina en América Latina, y por otro lado, reconstruir la legitimidad del estado, a punto de descomponerse por el

agotamiento del largo operativo conservador (1930-1943) de modernizar la economía argentina a través del intervencionismo económico, pero con los costos de la exclusión absoluta del poder político de nuevos actores sociales, en primer lugar de los trabajadores industriales.

La revolución de junio puede dividirse en dos momentos: una primera fase (1943-1944) es justificada por el poder militar como oposición a la persistencia del fraude, que la élite conservadora pretendía repetir en las elecciones presidenciales de 1943 y como dique al avance de comunistas y socialistas; pero inmediatamente después (1944-45), bajo el liderazgo de Perón, el nuevo régimen da un paso hacia adelante y plantea profundizar el proceso de sustitución de importaciones a través del desarrollo del capitalismo de estado y la ampliación del mercado interno, esencialmente por medio de aumentos salariales y humanización del trabajo. El ejército logró imponerse porque en 1943 se adelantó a los partidos democráticos que planteaban terminar con el neutralismo e incorporarse a la coalición antifraude a cualquier costo, inclusive apoyando un golpe pacheño de sectores del conservadurismo liberal, el radicalismo y las FF.AA. Pero, al tomar el poder y reformar el mencionado neutralismo, el núcleo militar debió dar un paso hacia adelante e integrar el neutralismo en un audaz operativo de dotar al estado de consenso popular. Ese nuevo estado no podía ser la pura restauración de la democracia política, pues tal situación podía desembocar en el fortalecimiento de los partidos radical, socialista y comunista. Por el contrario ese nuevo estado debía legitimarse como incorporación de los marginados, ésto es los trabajadores, y tal alternativa histórica tuvo una respuesta: organizar un tipo de estado apoyado en las corporaciones civiles y militares; según las experiencias fascistas de la época. El sistema de partidos previsto por la Constitución Nacional no podía ser abolido—teniendo presente la derrota del nazifascismo en 1945—pero sí localizado como escenario secundario en el nuevo régimen político.

El operativo nacionalista-industrialista resultó por eso progresivo como continuidad de las transformaciones socio-económicas que se produjeron en la década del treinta. Pero, para organizar una nueva voluntad nacional-popular, debió generar una cultura política corporativa-populista, enfrentada radicalmente a dos corrientes ideológicas centrales a la época: liberalismo y socialismo. Pero para más allá de ese esfuerzo, el modelo de Perón de la "comunidad organizada", basada ideológicamente en el integrismo católico. De modo que en el peronismo se instalaron contradictoriamente dos aspiraciones: por un lado, modernizar al país; por otro lado llevar adelante la modernización económica con una ideología premoderna, fuertemente antisocialista.

El operativo político le fue bien al peronismo sólo pocos años: de 1946 a 1952. En realidad el modelo económico industrializante se agotó, porque dependía, miserablemente, de lograr una tasa anual de crecimiento de las exportaciones tradicionales de un 30-40%, para poder financiar los planes quinquenales y elevar los niveles de consumo interno. En realidad el programa de Perón, al no poder cumplir el tercer propósito, el Plan Pinedo en 1940 (EE.UU.-Argentina-Gran Bretaña) terminó imponiendo por una nueva guerra mundial que reactivase las exportaciones tradicionales. A partir del descabro de 1953 el peronismo no pudo



repensar un nuevo programa económico y esa impotencia le dura hasta ahora.

Pero ¿por qué no pudo pensar un nuevo modelo socio-económico? Porque ha pagado el precio al pasticho ideológico premoderno, integrista y corporativo instalado como cemento cultural del movimiento. Más aún, a partir de 1955, cuando el movimiento quedó librado a su propia suerte, esa concepción política anárquica se transformó en una muralla para los sectores progresistas del movimiento, al tiempo que legitimó la rees corporativas en el interior del movimiento peronista, especialmente sindicalistas. Cuando en el exterior afirmar que el peronismo es "fascismo" adelantan una opinión inadmisible por reduccionista y simplista. Pero hay que reconocer que cuando dirigentes políticos extranjeros conversan con líderes peronistas ortodoxos tienen la sensación de estar hablando con alguien que todavía no ha tomado nota del resultado de la segunda guerra mundial.

Lo cierto es que en el peronismo conviven desde su inicio dos grandes estilos políticos: un estilo —hasta ahora vencedor— se aferra a la versión originaria de la "comunidad organizada", con su líder militar y el ejército como instituciones centrales; por otro lado, un estilo que intenta integrar al peronismo a las corrientes progresivas modernas. Pero es necesario decir que el primer estilo, debidamente aceptado y apoyado por la élite dominante argentina, ha logrado imponerse hasta ahora. Incluso

el propio Perón debió pagar precio en 1973-1974 por haber captado tardíamente esa cruda realidad, un producto de su propia obra.

Con la derrota de la renovación peronista en las elecciones de julio de este año, se ha consumado la cuarta gran derrota de los conserjes/líderes que pretendieron instalar en el peronismo espacios políticos para construir un mundo cultural entroncado con corrientes ideológicas modernas.

La primera derrota fue el desmoronamiento del laborismo peronista, que había hincapié en la presencia de una cultura sindical autónoma dentro del movimiento.

La segunda derrota fue la sufrida por el peronismo revolucionario en la década del setenta, que pretendía identificar al peronismo con el marxismo, en su versión tercermundista.

La tercera derrota la sufrió el propio Perón, que intentó implementar en 1973 un programa neokeynesiano y de concertación social, de tipo socialdemócrata, en un partido escindido entre un socialismo "factor de poder", una élite política provinciana y su poder político, y un liderazgo juvenil autoritario que decía aplicar las ideas de Mao Tse-tung, pero en realidad pensaba como Pol Pot. El anciano caudillo —que llegó al país proclamando el pluralismo y la tolerancia— se vio involucrado en una confrontación interna que los actores concebían sólo superable a través de la desaparición absoluta de una de las partes. Perón mismo se vio arrastrado a la lógica infernal de la vio-

lencia y a apoyar la destrucción física de uno de los contendientes.

La cuarta derrota —la que hemos adelantado— es la de la renovación, que pretendía reinstalar el proyecto trazado por Perón entre 1973-1974. Pero fue exitosamente tachado de "socialdemócrata" por el menemismo, sino que el viejo caudillo pudiera terciar porque ya no está entre nosotros. Como era previsible, la renovación derrotada intenta ahora convivir con la ortodoxia triunfante. Pero a costa de profundas escisiones internas divisa de los "25" y serías concesiones a sectores peronistas de extrema derecha vinculados al "Proceso".

Durante décadas hemos acompañado políticamente al peronismo, en tanto expresaba formas organizativas de resistencia de los trabajadores. Ahora, con el triunfo del menemismo, no nos horroriza el Menem patillado y provinciano. Por el contrario, nos parece importante que surgan líderes en el interior del país, donde se decidirá en gran parte el futuro argentino, pues éste depende del auge de las economías regionales y la descentralización política. Lo que nos preocupa es que el peronismo de Menem se reduce a un mensaje populista-mesianico conservador, que el menemismo es la articulación momentánea (le peronismo dividido y en el cual diversos grupos de interés se disputan, sin principios, el control) del Estado.

Como es lógico nos inquieta en primer lugar el retorno a la intolerancia política. Por ejemplo en el acto en la CGT el 17 de octubre por la mañana, Menem y Ubidini fueron acompañados por el tradicional "ni yankees ni marxistas, peronistas". Por la tarde, en el acto en River Plate, las canciones presentadas por Rousselot, giraban alrededor del viejo tema divisionista del rosismo. Además, con un contenido irracional pues los "buenos" eran los federados de Rosas que se solazan persiguiendo a los "malos" unitarios. Es difícil que el peronismo aporte a la construcción de una nueva voluntad nacional-popular si de entrada estimula la persecución de izquierdistas, radicales, restaura viejos mitos como el rosismo ultramontano, etc.

No se trata de proclamar aquí la caducidad de los objetivos genéricos de justicia social, solidaridad, dimensión humana del trabajo, ni los más específicos de mejora de las condiciones de vida y de trabajo de los asalariados. Se trata, sí, de señalar la caducidad de las técnicas (económicas, políticas, laborales y sindicales) empleadas desde 1945 en adelante para alcanzarlos. La reiteración mecánica y acrítica de su uso contribuyó a la explosión de 1975 y, también, es responsable de los magros resultados que para los trabajadores tuvo la acción sindical en el último quinquenio.

Ha caducado, entre otros elementos, la sobrepolitización de la acción sindical; el intervencionismo militante del Ministerio de Trabajo (estimulado por un movimiento político-sindical que desdén las vías autónomas y demanda tutelajes); el papel de la legislación del trabajo más atenta a los derechos que se declaman que a los derechos que efectivamente se gozan; el modelo de estructura sindical vertical, centralizada, escasamente participativa e incapaz de recoger las aspiraciones de una clase trabajadora más plural y diferenciada; los viejos esquemas de presión sindical maximalista e insensible a los derechos de los usuarios de los servicios esenciales; las concepciones autoritarias de las relaciones laborales en la empresa; los modos de gestión empresarial, rígidos, no-participativos y paternalistas; la ideología de la "armonía esencial y metafísica" entre empresarios y trabajadores (la idea de "comunidad organizada" aparece en aguas con modelos pluralistas con base en el reconocimiento del conflicto social y la promoción de mecanismos de auto composición); el modelo de negociación colectiva riguroso, centralista e invariablemente mejorativo. Han caído mitos como los del "plano económico" que se imponen por el estado (regulador, protector, promotor o productor), la "excelencia" de nuestra legislación social; la capacidad de la negociación colectiva "libre" y por rama de actividad para derrotar a la inflación; la

La caducidad de un modelo

El modelo de relaciones de trabajo diseñado en 1945 ha caducado, como han caducado también los modelos de organización política, desarrollo económico y distribución de la renta que le sirvieron de base y garantizaran su viabilidad.

Nuevas y más intensas demandas sociales de pluralismo y democratización; agotamiento del proyecto de autarquía económica; revolución tecnológica (presente entre nosotros aunque de un modo desordenado, incompleto y no siempre apreciado en toda su dimensión por los operadores sociales); nuevos modos de producción; nuevas formas de organización del trabajo y nuevas reglas de funcionamiento de los mercados interno y externos, no podían sino erosionar, hasta convertirlas en inviables, viejas recetas para enfrentar los conflictos de producción y distribución.

No se trata de proclamar aquí la caducidad de los objetivos genéricos de justicia social, solidaridad, dimensión humana del trabajo, ni los más específicos de mejora de las condiciones de vida y de trabajo de los asalariados. Se trata, sí, de señalar la caducidad de las técnicas (económicas, políticas, laborales y sindicales) empleadas desde 1945 en adelante para alcanzarlos. La reiteración mecánica y acrítica de su uso contribuyó a la explosión de 1975 y, también, es responsable de los magros resultados que para los trabajadores tuvo la acción sindical en el último quinquenio.

Ha caducado, entre otros elementos, la sobrepolitización de la acción sindical; el intervencionismo militante del Ministerio de Trabajo (estimulado por un movimiento político-sindical que desdén las vías autónomas y demanda tutelajes); el papel de la legislación del trabajo más atenta a los derechos que se declaman que a los derechos que efectivamente se gozan; el modelo de estructura sindical vertical, centralizada, escasamente participativa e incapaz de recoger las aspiraciones de una clase trabajadora más plural y diferenciada; los viejos esquemas de presión sindical maximalista e insensible a los derechos de los usuarios de los servicios esenciales; las concepciones autoritarias de las relaciones laborales en la empresa; los modos de gestión empresarial, rígidos, no-participativos y paternalistas; la ideología de la "armonía esencial y metafísica" entre empresarios y trabajadores (la idea de "comunidad organizada" aparece en aguas con modelos pluralistas con base en el reconocimiento del conflicto social y la promoción de mecanismos de auto composición); el modelo de negociación colectiva riguroso, centralista e invariablemente mejorativo. Han caído mitos como los del "plano económico" que se imponen por el estado (regulador, protector, promotor o productor), la "excelencia" de nuestra legislación social; la capacidad de la negociación colectiva "libre" y por rama de actividad para derrotar a la inflación; la

principal oposición y su brazo sindical; la sobrepolitización de la acción sindical y la escasa preocupación de los empresarios por los cambios que son consecuencia del nuevo contexto político y económico, son algunas de las causas que impedirían definir un nuevo "modelo de relaciones del trabajo", alcanzar el imprescindible consenso para implementarlo y dar los primeros pasos en la dirección reformista.

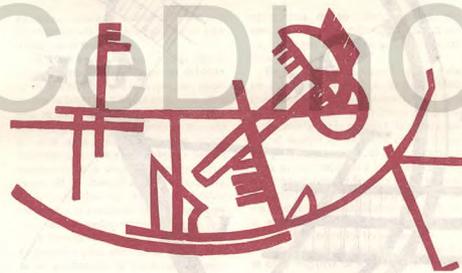
Transformar las relaciones de trabajo

Política laboral: ¿1945 o 1990?

José Armando Caro Figueroa

Adrián O. Goldin

El modelo de relaciones de trabajo instituido desde 1945 ha caducado en la Argentina actual. Si se persiste en mantenerlo, el movimiento obrero no sólo seguirá perdiendo, como hasta el presente, poder de negociación, sino que se convertirá de hecho en el mayor de los obstáculos para reconvertir una forma de vida económica y productiva anacrónica. Pero sólo una plena democratización sindical y de las relaciones de trabajo podrá facilitar la difícil tarea de ponerse de cara a las nuevas exigencias.



"unidad" de un sindicalismo fragmentado en más de 1.700 asociaciones (sin contar con las permanentes divisiones y realineamientos fruto de las divergencias políticas en el interior del sindicalismo peronista); la "homogeneidad" política, profesional y económica de los trabajadores; la supremacía de los sindicatos de las ramas que conocieron su auge durante la segunda revolución industrial (la metalúrgica fue paradigmática); la ajena de los trabajadores respecto de los problemas de la productividad, la competitividad y la eficacia.

Ha caducado técnicas y han caído mitos merced a la fuerza de una dinámica socio-económica que no soporta regulaciones voluntaristas e inadecuadas. Han caído, también, porque no lograron superar la prueba de la "eficacia": las viejas técnicas operando en el nuevo contexto no contribuyen a mejorar el funcionamiento de nuestra economía, ni a procurar mejores condiciones de vida a los asalariados.

Para que "todo quede como está" (incluido el apreciable nivel de inequidad social que caracteriza a nuestro país), nada mejor que seguir procurando la restauración íntegra del viejo modelo. Si, por el contrario, se quiere avanzar en

el objetivo democratizador (en sentido amplio y comprensivo de la Justicia Social), es preciso cambiar y abandonar la vieja mitología cuya reiteración nos acerca a la magia y nos aleja de la eficacia política.

Necesitamos, con urgencia, recuperar el tiempo perdido, superar el atraso y definir un modelo democrático de relaciones del trabajo, para hoy y para la década por venir.

Completar la transición democrática en el campo de las relaciones del trabajo

La compleja transición política que protagonizamos los argentinos en estos cinco últimos años, no ha tenido mayor éxito en lo que al sistema de relaciones del trabajo se refiere.

La ausencia de propuestas coherentes y dotadas de poder político suficiente para implementárselas, la falta de un debate racional y constructivo; la magnitud de los intereses sectoriales y corporativos en juego; las marchas y contramarchas del gobierno; el dogmatismo arcaico de la

principal oposición y su brazo sindical; la sobrepolitización de la acción sindical y la escasa preocupación de los empresarios por los cambios que son consecuencia del nuevo contexto político y económico, son algunas de las causas que impedirían definir un nuevo "modelo de relaciones del trabajo", alcanzar el imprescindible consenso para implementarlo y dar los primeros pasos en la dirección reformista.

Las normas jurídicas laborales sancionadas durante la transición (ley sindical, leyes sobre negociación colectiva) son resultado de un precario equilibrio político y de concesiones recíprocas, no siempre coherentes o compatibles con la lógica propia de una democracia avanzada. Constituyen, en consecuencia, no un punto de llegada sino una estación en la larga marcha hacia ese "modelo democrático de relaciones de trabajo".

Nuevo modelo que, desde nuestra óptica y entre otros objetivos, requiere sindicatos más libres y más democráticos; negociación colectiva autónoma, responsable y articulada; preservación de los servicios esenciales en caso de huelga; participación de los trabajadores en determinadas decisiones de las empresas, medidas que, desde el sistema de relaciones laborales, promuevan la productividad (eficacia económica) y la equidad (eficacia social); y reconsideración, sin precondiciones, las principales instituciones de las relaciones individuales de trabajo.

Sindicatos más democráticos

La existencia de sindicatos democráticos (en su vida interna y en su accionar externo) es una exigencia de la lógica que preside la constitución y funcionamiento del estado democrático de derecho; al punto que nadie puede pretender la existencia de esclavos corporativos no democráticos ni, menos, que tales situaciones vengán promovidas o impuestas por la ley, como ocurre siempre que el "unicato sindical" es fruto de la decisión legislativa (aún cuando ésta venga a cristalizar una voluntad mayoritaria de los sindicatos expresada en un período históricamente determinado). En este sentido, la vigente ley sindical no resulta estimulante para lograr la plena y efectiva democratización de nuestro movimiento sindical. Y nadie vea en esta afirmación una "intromisión" de la política o de la reflexión científica en el "hecho sindical", que es un hecho social.

Debe, en efecto, rechazarse el dogma corporativo según el cual el diseño de "las relaciones laborales y de las leyes respectivas es materia reservada a sindicatos y empresas, para terminar admitiendo que la suerte y coherencia del estado demo-

crático de derecho dependiente, también, de las soluciones que adoptemos en estas materias.

Una ley puede promover un modelo de "unidad sindical" pero no al extremo de imponerlo, vulnerando la libertad sindical (valor superior de los ordenamientos constitucionales de Occidente y del nuestro) o desconociendo la democracia como requisito inexcusable de la vida interna. Desvirtuada de este modo la "unidad sindical" (objetivo valioso de un contexto democrático) se torna, por exceso, en disolvente y se degrada convirtiéndose en un instrumento para la consolidación de cúpulas y aparatos burocráticos que atienden prioritariamente a sus propios fines.

Pensamos, en suma, que la democracia argentina necesita una ley de libertad sindical, que la promueva en todas sus dimensiones, con énfase en el principio de autonomía y con garantías efectivas de democracia interna.

Mayor participación de los trabajadores

La consolidación democrática y el cambio económico requieren crecientes cuotas de participación de los trabajadores en determinadas decisiones de la empresa, como vía de vertebración social y superación de rutinas autoritarias o irresponsables.

Las mejoras de la productividad, las medidas de ajuste económico y la reconversión productiva no pueden concretarse, dentro de un sistema político como el implantado en Occidente, sin adecuados mecanismos de participación de los trabajadores.

Hay dos propuestas "comunitarias" (que ven en la empresa un ámbito necesariamente armónico) o "clásicas" (que ven en la empresa un ámbito propicio para la confrontación permanente), defendemos la necesidad de alentar criterios de participación, que sin negar la existencia del conflicto (resultado de la presencia de intereses divergentes), provean cauces racionales y "cooperativos" para su gestión.

El desarrollo del artículo 14 bis, mediante el dictado de una ley especial que promueva la participación informativa y consultiva de los trabajadores en determinadas áreas de la gestión empresarial, es uno de los objetivos centrales del modelo democrático de relaciones del trabajo que proponemos. La paz social, la productividad y la negociación colectiva (responsable en su tramitación y enriquecida en sus contenidos) se verán reforzadas y estimuladas por el ejercicio del derecho a la participación informativa y consultiva. Por añadidura, estos mecanismos, al desterrar prácticas autoritarias, contribuyen a extender actitudes y comportamientos tan responsables como democráticos.

No se trata entonces de desconocer el contenido esencial del derecho de propiedad ni el "poder de dirección" que de él se deriva, sino de armonizar su ejercicio con un derecho esencial a la forma democrática.

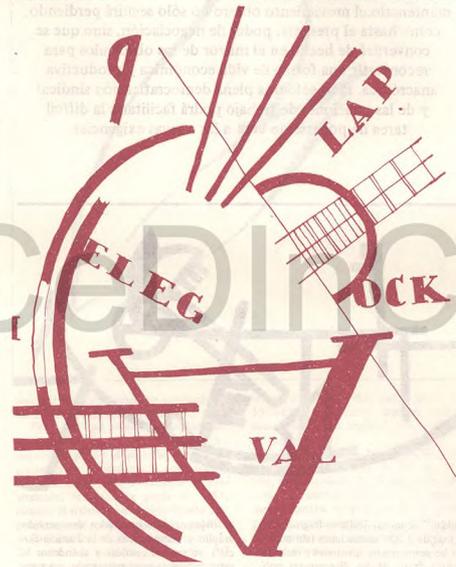
Somos partidarios de una norma jurídica estatal, "disponible" por los actores representativos a través de la negociación colectiva, que defina los ámbitos y límites de esta modalidad de participación.

Preservación de los servicios esenciales en caso de huelga

Nuevos reclamos sociales exigen revisar anteriores concepciones respecto del de-

recho de huelga para hacerlo compatible con otros derechos fundamentales de igual o superior jerarquía; tal y como ocurre en buena parte de los países democráticos de Occidente.

Desde esta óptica y frente a ciertos excesos, es preciso pensar en una reforma legislativa que, respetuosa del contenido esencial del derecho de huelga, garantice los derechos de los usuarios de los servicios esenciales de la comunidad. La legislación democrática debe asumir un papel arbotal garantizando la coexistencia de todos los derechos fundamentales y, más concretamente, tutelando los derechos de los usuarios de servicios de inaplazable necesidad pues, en el acceso efectivo a los mismos está en juego, también, la dignidad de los hombres. La preservación y promoción de los derechos de los trabajadores que los atienden pierden legitimidad si en ese cometido se avasallan derechos fundamentales de otros ciudadanos.



Relaciones del trabajo al servicio de la productividad

El énfasis distributivo que deja de lado la problemática de la producción, además de responder a un voluntarismo demagógico, es una vía para la hiperconflictividad, y poniendo en cuestión las bases mismas del sistema político.

Las técnicas de regulación de las relaciones laborales y del mercado de trabajo deben atender armónicamente tanto a los requerimientos de productividad (eficiencia económica) como a los de equidad distributiva (eficiencia social), que, para un programa de progreso, tienen idéntica jerarquía.

Las regulaciones y comportamientos de las relaciones de trabajo deben acompañar los objetivos de política económica que, a su vez, deben recoger las demandas en materia de producción social. El esquema que intenta reproducir el conflicto de intereses "capital/trabajo" en el gabinete nacional, responde a una

clara inspiración corporativa (un "ministerio de las empresas" enfrentado a un "ministerio de los sindicatos"), y olvidada que trabajo y economía, producción y distribución, mercado y regulaciones laborales, restricciones y necesidades, son dos caras de una misma moneda y que toda propuesta moderna, viable y progresista debe definir los modos de articulación de ambas lógicas.

Nada de lo que ocurre en el sistema de relaciones laborales es ajeno a la marcha de la economía. Todo lo que ocurre en la economía repercute, de uno u otro modo, en el sistema de relaciones de trabajo. Si los objetivos generales de la política económica son el crecimiento con mayor equidad social y la integración en el mercado mundial (lo que plantea requerimientos concretos en materia de reconversión productiva, competitividad, innovación tecnológica, ajustes en la cantidad y calidad de trabajo), la política laboral debe definir instrumentos

de otros ciudadanos.

Democratizar la economía no significa, desde esta óptica, destruir las bases en las que se asienta el modelo económico de nuestra Constitución nacional, violar el derecho de propiedad o anular el funcionamiento de las empresas. Significa, por el contrario, proponer a los trabajadores la asunción de determinadas responsabilidades en el funcionamiento de las empresas; informar y consultar a los trabajadores y sus representantes acerca de ciertas decisiones de las empresas; incorporar nuevas materias a la negociación colectiva. Significa que los derechos de información y consulta deben vincular, respetando particularidades, también al estado. Significa, en fin, producir más para distribuir mejor.

En el ámbito de las relaciones del trabajo, la justicia social concierne en sí de modo inseparable, los conceptos de producción y distribución. Reducirla a su faz distributiva importa privarla de eficacia y transformarla en una ficción apta para servir de bandera demagógica, pero incapaz de traducirse en mejores niveles de equidad social. Tal reduccionismo conduce, de un lado, a negar toda ingerencia de los trabajadores en las responsabilidades productivas (solución autoritaria) y, de otro, aliena actitudes sindicales no cooperativas que se desentendían de los problemas de la producción, la productividad, la crisis y de las necesidades de acumulación de capital (solución confrontativa).

La justicia social entendida como síntesis de ética de la solidaridad, producción y distribución equitativa, es aquél de los valores superiores del ordenamiento democrático que mejor define una aproximación finalista a la reforma del sistema de relaciones de trabajo que proponemos.

En síntesis; el nuevo modelo pretende modernizar y democratizar las relaciones del trabajo (más libertad y democracia sindical, más autonomía colectiva, más participación) y contribuir desde la política laboral a democratizar la economía (más producción, más equidad distributiva, más negociación colectiva para mejorar las condiciones efectivas de trabajo y, en su caso, para afrontar la crisis).

En síntesis; el nuevo modelo pretende modernizar y democratizar las relaciones del trabajo (más libertad y democracia sindical, más autonomía colectiva, más participación) y contribuir desde la política laboral a democratizar la economía (más producción, más equidad distributiva, más negociación colectiva para mejorar las condiciones efectivas de trabajo y, en su caso, para afrontar la crisis).

Una política activa de empleo es otro de los ejes del nuevo modelo de relaciones del trabajo. Pensamos en una política que, desde la economía y las normas laborales, dé respuestas a las señales preocupantes que, en materia de empleo, emite el mercado de trabajo; en una política con claros incentivos a la creación de nuevos empleos, con un decidido impulso a la modernización del sistema de formación profesional para ponerlo a tono con los requerimientos de la nueva era tecnológica, con mecanismos de cobertura en favor de los trabajadores que transitoriamente no encuentren em-

pleo y con medidas selectivas (territoriales o sectoriales) de apoyo a la creación de nuevos puestos de trabajo.

Autonomía colectiva y democracia económica

En el "modelo democrático de relaciones del trabajo" que venimos esbozando, la autonomía colectiva debe tomar el relevo de un intervencionismo estatal tan absoluto, generalizado e intenso como ineficaz. La negociación colectiva flexible, plural y articulada, capaz de recoger compromisos en materia de productividad, salarios, empleo y condiciones de trabajo es su principal expresión. Una negociación colectiva que sirva tanto para pactar la distribución de los beneficios como la distribución de las cargas del ajuste en situaciones de crisis sectoriales o de empresa, que exprese, en suma, el compromiso de las empresas de invertir, innovar, crear empleos y ganar mercados, y el compromiso de los trabajadores de acompañar este esfuerzo creador controlando el cumplimiento de objetivos y garantizando el reparto equitativo de los beneficios.

Democratizar la economía no significa, desde esta óptica, destruir las bases en las que se asienta el modelo económico de nuestra Constitución nacional, violar el derecho de propiedad o anular el funcionamiento de las empresas. Significa, por el contrario, proponer a los trabajadores la asunción de determinadas responsabilidades en el funcionamiento de las empresas; informar y consultar a los trabajadores y sus representantes acerca de ciertas decisiones de las empresas; incorporar nuevas materias a la negociación colectiva. Significa que los derechos de información y consulta deben vincular, respetando particularidades, también al estado. Significa, en fin, producir más para distribuir mejor.

En el ámbito de las relaciones del trabajo, la justicia social concierne en sí de modo inseparable, los conceptos de producción y distribución. Reducirla a su faz distributiva importa privarla de eficacia y transformarla en una ficción apta para servir de bandera demagógica, pero incapaz de traducirse en mejores niveles de equidad social. Tal reduccionismo conduce, de un lado, a negar toda ingerencia de los trabajadores en las responsabilidades productivas (solución autoritaria) y, de otro, aliena actitudes sindicales no cooperativas que se desentendían de los problemas de la producción, la productividad, la crisis y de las necesidades de acumulación de capital (solución confrontativa).

La justicia social entendida como síntesis de ética de la solidaridad, producción y distribución equitativa, es aquél de los valores superiores del ordenamiento democrático que mejor define una aproximación finalista a la reforma del sistema de relaciones de trabajo que proponemos.

En síntesis; el nuevo modelo pretende modernizar y democratizar las relaciones del trabajo (más libertad y democracia sindical, más autonomía colectiva, más participación) y contribuir desde la política laboral a democratizar la economía (más producción, más equidad distributiva, más negociación colectiva para mejorar las condiciones efectivas de trabajo y, en su caso, para afrontar la crisis).

En síntesis; el nuevo modelo pretende modernizar y democratizar las relaciones del trabajo (más libertad y democracia sindical, más autonomía colectiva, más participación) y contribuir desde la política laboral a democratizar la economía (más producción, más equidad distributiva, más negociación colectiva para mejorar las condiciones efectivas de trabajo y, en su caso, para afrontar la crisis).

Una política activa de empleo es otro de los ejes del nuevo modelo de relaciones del trabajo. Pensamos en una política que, desde la economía y las normas laborales, dé respuestas a las señales preocupantes que, en materia de empleo, emite el mercado de trabajo; en una política con claros incentivos a la creación de nuevos empleos, con un decidido impulso a la modernización del sistema de formación profesional para ponerlo a tono con los requerimientos de la nueva era tecnológica, con mecanismos de cobertura en favor de los trabajadores que transitoriamente no encuentren em-

pleo y con medidas selectivas (territoriales o sectoriales) de apoyo a la creación de nuevos puestos de trabajo.

pleo y con medidas selectivas (territoriales o sectoriales) de apoyo a la creación de nuevos puestos de trabajo.

Sindicalismo europeo y sindicalismo argentino

Las lecciones de una batalla defensiva

Victorio Paulón

El CEPAD (Centro de Participación en Democracia) de Rosario invitó, el 22 de julio pasado, al secretario adjunto de la Unión Obrera Metalúrgica de Villa Constitución, Victorio Paulón, para que disertara sobre las diferencias y similitudes entre el sindicalismo europeo y el sindicalismo argentino. La lectura del material desgrabado permite alimentar esperanzas sobre el surgimiento de una nueva camada de dirigentes a la altura de la crisis.

A partir de nuestra propia experiencia y de lo que venimos viendo y analizando sobre la situación del movimiento obrero, tanto a escala internacional como en la Argentina, caracterizamos esta etapa como de una ofensiva, tal vez sin precedentes, del capital sobre el trabajo a escala mundial.

El movimiento obrero viene perdiendo, desde hace varios años, reivindicaciones de carácter histórico, fundamentalmente lo que se refiere a la estabilidad laboral, a la jornada laboral, avances muy notorios en cuanto a las condiciones de trabajo y, fundamentalmente, a partir de lo que es la experiencia o el modelo japonés del cual se habla bastante intensamente en este momento, podemos decir que lo que se está poniendo en cuestión es la existencia misma del sindicalismo.

Los años sesenta, sobre todo los últimos de la década, fueron caracterizados como años de rebelión del movimiento obrero, con experiencias que se dio lugar en los principales países industrializados; también se dieron en la Argentina, con lo que fue la experiencia del cordobazo fundamentalmente. Fueron precisamente los sectores obreros de vanguardia, es decir de las grandes industrias, tal vez los mejores pagados, los que se rebelaron en aquel momento.

Esto generó una reacción del capital a escala mundial que se empieza a concretar a principios de la década del ochenta con la introducción de las nuevas tecnologías y lo que ellas van a representar en la nueva organización del trabajo.

Si miramos ligeramente lo que fue el taylorismo como organización del trabajo; lo que fue el fordismo, que le agregó a aquella vieja organización del trabajo el aumento del poder adquisitivo del salario e hizo del trabajador un consumidor, ampliando los mercados internos de los principales capitalistas—fenómeno que se va a manifestar lógicamente distorsionado en países como el nuestro, pero que marca una tendencia—, podemos señalar que hay claros síntomas de que se está buscando una nueva organización de la producción.

La incorporación de las nuevas tecnologías, los robots, las máquinas de control numérico y la organización de los obreros en torno a ese fenómeno, nos muestran como la vieja cadena de producción empieza a desaparecer. La producción comienza a organizarse en torno a lo que fueron en el primer momento los equipos de calidad, perfeccionados por los japoneses y presentados como los "equipos de trabajo".

El equipo de trabajo, como concepto básico, va de la mano de dos o tres cuestiones fundamentales como son la eliminación de los stocks, la disponibilidad de la mano de obra, que va a traer el contrato a tiempo determinado, con el auge consiguiente de las empresas contratistas, que va a apuntar esencialmente a la desestabilización de la mano de obra.

Ho, en el trabajador de la gran in-

dustría, empieza a crearse cada vez más la sensación de la relatividad de su estabilidad en el trabajo. Este equipo de trabajo apunta fundamentalmente a la incorporación del obrero en la empresa, una idea que, así, profunde, puede tener un aspecto atrayente, pero que en los hechos implica lo que se busca explora no es solamente la mano de obrero sino también el "haber hacer" del obrero, porque a través de este tipo de incorporación la empresa empieza a apropiarse de la inventiva, de la iniciativa, de la capacidad del trabajador. Lógicamente, en el resultado final, la participación del trabajador termina siempre siendo la misma: el salario; en algunos casos un pequeño plus, pero en el reparto final de la producción la participación sigue siendo la misma.

Pasamos así al fenómeno más conocido hoy en el Japón, donde hay dos millones de obreros organizados en 200.000 equipos de trabajo, es decir equipos de ocho a diez personas. En ellos el obrero ya no es explotado por la fábrica directamente, por la empresa a través de la vieja jerarquía que conocía en la cadena taylorista, sino que es controlado por el mismo equipo. Esto trae como consecuencia la aparición de un sector muy importante: hoy, la supervisión y el control de calidad, en el caso de Japón y en algunos países de Europa, pasa a ser responsabilidad del equipo de trabajo. En el Japón, por ejemplo, la mitad de salario es individual del obrero y la otra mitad es del equipo. Con esto empieza la competencia entre los equipos, empiezan los incentivos; en alguna fábrica, cuando por algún motivo la producción no se termina en el día, el equipo debe entrar al día siguiente más temprano o quedarse después del tiempo normal de trabajo a terminar su producción sin, por supuesto, cobrar horas extras. Esto, aplicado en los distintos países, va tomando características propias, incluso la distorsión típica de los países del tercer mundo. Un mejicano que trabaja en la General Motors nos contaba la

experiencia de su fábrica donde, por ejemplo, a los compañeros que llegan tarde, el equipo no los deja ir al baño durante la jornada de trabajo.

Dentro de este esquema lo que se rompe fundamentalmente es la solidaridad, que es la base de la organización, la base que le da sentido al sindicato. Desaparece la solidaridad, empieza la competencia, el equipo se convierte en el control del propio trabajador, el obrero incorporado en este esquema a la empresa es enemigo del obrero de la empresa de la competencia. Empieza a desaparecer la esencia misma del sindicalismo, que parte de la solidaridad de clase, que parte de la cooperación entre los trabajadores.

Este fenómeno empieza a volverse en la mayoría de los países de Europa con distinta suerte, y esa suerte está fundamentalmente vinculada con la experiencia y tradición sindical de cada uno de esos países.

En aquellos donde el sindicalismo era más débil es donde el nuevo esquema más ha avanzado; en aquellos donde hay una tradición y un nivel de sindicalización mayor, el esquema ha entrado más rápidamente en crisis.

Esto va acompañado, por supuesto, de todo un proceso de reconversión industrial que ha llevado a una disminución muy grande de mano de obra; un ejemplo es el caso de la FIAT de Turín, que en los años 80 y 81 se lanza a la robotización y a la reconversión: bajan de 60.000 a 40.000 la cantidad de obreros haciendo, hoy en día, más producción de la que hacían en aquel momento. Esto trae aparejado el problema de la desocupación. Claro es que la realidad en esos países es muy distinta a la nuestra; allí hay un seguro de desempleo, hay una protección social mucho mayor. Este fenómeno social fundamentalmente se manifiesta en la juventud y en la imposibilidad de incorporarse al mercado del trabajo. Esto, aplicado en los distintos países, va tomando características propias, incluso la distorsión típica de los países del tercer mundo. Un mejicano que trabaja en la General Motors nos contaba la

bajadores, en algunas fábricas se establecen turnos especiales que trabajan doce horas los días sábado y doce horas los días domingo. Esto tiene que ver con el concepto de la disponibilidad de mano de obra, porque en las grandes empresas se está dando la tendencia a la eliminación de los stocks y la producción, el famoso "justing time"—justo a tiempo—, la producción de lo que ya se ha vendido o de lo que se considera de rápida colocación en el mercado. Para eso tienen la flexibilización que les permite el contrato de tiempo determinado y las empresas contratistas metidas dentro de la fábrica que toman y despiden mano de obra sin ningún tipo de problemas y, por otro lado, les permite la diversificación de la producción hacia una clientela cada vez más exigente en cuanto a lo exótico del producto y así regular la producción en función de las demandas del mercado.

Esto que, visto desde la lógica de la competencia de las empresas, es razonable, visto desde el punto de vista del movimiento obrero ha generado una crisis profunda y fundamentalmente una inmovilidad de los sindicatos que, a partir de una política seguida durante treinta o cuarenta años de lo que es anualmente negociaban el convenio colectivo y obtenían algunas mejoras salariales, algunas ventajas para los compañeros, han perdido la práctica de la lucha y hoy se encuentran, en la mayoría de los casos, ligadas a la visión nacionalista y proteccionista de cada uno de los países.

Eso se ve, en general, en casi todas las centrales sindicales y empieza a notarse la resistencia que a este proyecto están haciendo las comisiones de fábrica, es decir, el equivalente a nuestra comisión interna.

Esta tendencia se vio claramente en febrero de este año cuando se produjo la huelga de la Ford de Inglaterra, que es la primera huelga que los obreros le ganan a Margaret Thatcher desde que está en el gobierno, en contraposición a la heroica huelga de los mineros del carbón, que duró un año y medio y que terminó en una derrota. Los obreros de la Ford la ganan con un sistema muy original, porque vienen organizándose a nivel de comisiones de fábricas por empresas multinacionales, por ejemplo, las comisiones internas de todas las filiales de la Ford de Europa vienen realizando cada seis meses o cada año congresos, encuentros, discusiones y han logrado un nivel de comunicación, de solidaridad bastante importante y se entones cuando los obreros de la Ford de Inglaterra lanzan la huelga, cortan las horas extras en todas las filiales de la Ford de Europa; eso obliga a la patronal a negociar y es la primera huelga que se puede ganar.

Esto lo marco como una tendencia. No es un hecho generalizado pero muestra que muy probablemente en los próximos años se va a repetir fenómenos de este tipo. ¿Por qué se da esto? Se da

fundamentalmente porque las multinacionales en Europa (empezamos a ver un proceso parecido aunque todavía reducido en países del tercer mundo) han internacionalizado la producción. Hoy, prácticamente no hay ningún auto que se construya en un solo país, hoy se fabrican distintas piezas en distintas terminales de las multinacionales y se ensamblan en un país determinado.

An te ese fenómeno de internacionalización de la producción, la única respuesta posible es la solidaridad entre las comisiones de fábrica y, en algún momento, los sindicatos de los distintos países. Este fenómeno todavía no es absorbido por los sindicatos que, como les decía antes, siguen muy atados al esquema del proteccionismo y del nacionalismo. Esto se da a tal punto que hace algunos meses en la Renault de Francia, la CGT, que es la central controlada por el Partido Comunista francés, plantea que para salvar los puestos de trabajo de los obreros de la Renault de Francia era necesario cerrar la filial de la Renault de Mejiçoi; es decir, que los obreros franceses a través de su sindicato estaban pidiendo dejar sin trabajar a los obreros mejicanos para salvar sus propios empleos. Se expresa aquí la lógica de la que hablaba antes: de enfrentar los intereses de los obreros de un país con los intereses de los obreros de otros países.

En nuestro país habría que sumar a todo esto lo que significó el proceso de desindustrialización de Martínez de Hoy, el auge de la desocupación, la pérdida de especialización. Mucho se ha hablado del fenómeno del cuenta-problema en nuestro país pero nunca nos pusimos a analizar suficientemente qué sector de la clase obrera se incorpora al fenómeno mencionado. Es precisamente la mano de obra más especializada, porque un obrero sin calificación no puede instalarse por su cuenta, es el obrero especializado el que tiene más oficio, el que se ha especializado de la producción como consecuencia de la pérdida del poder adquisitivo de los salarios. Es decir que ha habido una pérdida de calificación, una pérdida masiva de fuentes de trabajo sobre todo en lo que hace a la pequeña y mediana industria. Además ha habido una pérdida de las conquistas que nos seguimos perdiendo. Nosotros no seguimos a analizar suficientemente el fenómeno de la desindustrialización en el caso de Acindar. Esta empresa tenía una estructura de producción muy particular, donde se habían logrado conquistas que se venían manteniendo desde mucho tiempo y que durante todo el proceso de la dictadura prácticamente han desaparecido. Hoy, algunas de ellas se están recuperando pero aún no hemos llegado al nivel que nosotros consideramos que teníamos en 1975, porque tampoco existe el mismo nivel de organización, fundamentalmente de conciencia, en el conjunto de los compañeros que había en ese momento. Era otra la situación histórica, era otra la realidad, había otro nivel de participación, el activismo era mucho más numeroso, había una conciencia de lucha distinta a la que hoy; no existía el fantasma de la desocupación; y un com-

pañero era echado de Acindar entraba en Metcom, o si no entraba en ninguna de las dos lo venían a buscar de un taller contratista para preguntarle cuánto quería ganar porque era mano de obra especializada. Hoy ese fenómeno no existe; hoy el compañero está atado al drama de la pérdida de su puesto de trabajo y eso, lógicamente, establece otra realidad, otra relación de fuerza.

En el mes de febrero de este año participé de un congreso de comisiones de fábricas de industria automotriz donde estaban representados casi todos los países de Europa, casi todas las multinacionales de la industria automotriz y también compañeros representantes de la mayoría de los países del tercer mundo donde hay, en este momento, industria automotriz. Lo que más me sorprendió fue el hecho de que las cosas que a nosotros, de verlas en la práctica, nos preocupaban, aparecían casi como un lamento generalizado de todos los compañeros. Eran estos ejes que yo señalé: el problema del cierre de las empresas contratistas, de la pérdida de la jornada de trabajo, de la inestabilidad de los equipos de trabajo, que aquí en la Argentina y se empezian a ver y concretamente en nuestro caso, a través de los despidos de Metcom.

Esa era la preocupación generalizada para la cual los compañeros no encontraban la respuesta aunque tenían una conciencia bastante clara de la necesidad de buscarla a través del intercambio, de la solidaridad, a través del apoyo a nivel internacional por ramificaciones de una misma rama. El ejemplo que puse anteriormente sobre la huelga de la Ford de Inglaterra se ha dado también, en menor escala, con apoyo, con solidaridad en otros conflictos; y fundamentalmente el gran debate que hoy se presenta es cuál debe ser la respuesta del sindicalismo al fenómeno de las nuevas tecnologías.

ARTE NUEVO
Galería de Arte
Balcero 1016 (1064)
Buenos Aires, Argentina

pañero era echado de Acindar entraba en Metcom, o si no entraba en ninguna de las dos lo venían a buscar de un taller contratista para preguntarle cuánto quería ganar porque era mano de obra especializada. Hoy ese fenómeno no existe; hoy el compañero está atado al drama de la pérdida de su puesto de trabajo y eso, lógicamente, establece otra realidad, otra relación de fuerza.

En el mes de febrero de este año participé de un congreso de comisiones de fábricas de industria automotriz donde estaban representados casi todos los países de Europa, casi todas las multinacionales de la industria automotriz y también compañeros representantes de la mayoría de los países del tercer mundo donde hay, en este momento, industria automotriz. Lo que más me sorprendió fue el hecho de que las cosas que a nosotros, de verlas en la práctica, nos preocupaban, aparecían casi como un lamento generalizado de todos los compañeros. Eran estos ejes que yo señalé: el problema del cierre de las empresas contratistas, de la pérdida de la jornada de trabajo, de la inestabilidad de los equipos de trabajo, que aquí en la Argentina y se empezian a ver y concretamente en nuestro caso, a través de los despidos de Metcom.

Esa era la preocupación generalizada para la cual los compañeros no encontraban la respuesta aunque tenían una conciencia bastante clara de la necesidad de buscarla a través del intercambio, de la solidaridad, a través del apoyo a nivel internacional por ramificaciones de una misma rama. El ejemplo que puse anteriormente sobre la huelga de la Ford de Inglaterra se ha dado también, en menor escala, con apoyo, con solidaridad en otros conflictos; y fundamentalmente el gran debate que hoy se presenta es cuál debe ser la respuesta del sindicalismo al fenómeno de las nuevas tecnologías.

Resulta evidente que nos encontramos ante una transformación del modo de producción. A partir de la incorporación de nuevas tecnologías, de los robots y todo lo referente a eso, la historia del movimiento obrero se va a ver partida en un antes y un después; eso es inevitable.

En el caso de nuestro país nos preocupa realmente el hecho de que esto esté fuera del debate de nuestro gremio, que esté fuera del debate de la C.G.T., que todavía estamos reivindicando cuestiones que eran justas hace treinta o cuarenta años atrás, pero que hoy ni siquiera tienen en cuenta la realidad concreta que nos está imponiendo la situación en este momento.

CEPAD
CENTRO DE PARTICIPACIÓN
EN EL TRABAJO
Alvarar 233
CP 2000 Rosario (S.Fe)
Argentina

"Un aporte a la consolidación de la democracia"

Preciera que hoy nos cueste preocupando, como cuestión fundamental, el problema de la obra social, el problema de las paritarias en el aspecto salarial y no hemos siquiera comenzado a discutir el tema de lo que son las paritarias en lo que hace a las condiciones generales de trabajo. Nosotros, en el año 1975, por ejemplo, con la figura del oficial múltiple que se incorporó al convenio colectivo de trabajo, hemos entregado la punta de lo que hoy es el fenómeno de la multiplicidad de tareas. Ese fenómeno se está resistiendo muchísimo a nivel internacional y nosotros, en nuestro caso, lo estamos peleando pero vemos que en fábricas que pertenecen a otros seccionales o a otros gremios eso está impuesto como una cosa común. Esto muestra la dificultad que también nos genera a nosotros el poder enfrentar una lucha que no llega a generalizarse. Por eso es que nos interesa plantear esta discusión en el seno del movimiento obrero, porque si no apuntamos a los problemas de fondo, vamos a seguir debatiéndonos en un sindicalismo contestatario. Yo voy a hablar a los compañeros en ese congreso internacional que la CGT argentina había hecho doce huelgas generales en lo que va del gobierno democrático y no lo habíamos logrado, por decirlo risueñamente, ni siquiera sacar al policía que custodia el Ministerio de Trabajo, cuando en cualquier país una huelga general si no le cuesta la cabeza a un ministro anda cerca de ello.

Nos planteamos qué está pasando hoy, por qué hemos caído en esta ineficiencia en nuestras formas de lucha y creo que es precisamente porque no hemos llegado siquiera a empezar a debatir los problemas de fondo que tiene que tomar hoy el movimiento obrero en la Argentina. Estamos peleando el tema de las obras sociales, por ejemplo, que, más allá del debate de si son patrimonio de los trabajadores o de quienes circunstancialmente encabezan los sindicatos, en la realidad son nuevos entes financieros de la medicina privada. Cuando discutimos con los compañeros de otros países notamos la defensa que se hace y el concepto que se tiene del hospital y la lucha por la salud pública a través de este tipo de entes y nos planteamos: nosotros estamos peleando por banderas que ya no tienen contenido. Y cuidado que yo no planteo que no hay que pelear por las obras sociales; considero que tanto el problema de las obras sociales como esto que yo les estoy señalando son temas de fondo pero que se tienen que debatir desde otro punto de vista.

Toda esta situación hace que hoy el movimiento obrero, después de haber vivido todo un proceso de lucha que empezó con movilizaciones importantes en los años 1985-1986 donde se congregaban 300.000 trabajadores, haya terminado al cabo de dos o tres años con la crisis económica más aguda y profunda, con reivindicaciones más sentidas que antes y con una seria situación de desmovilización.

Este es un punto que daría elementos para la discusión porque para nosotros tiene que ver con otro problema básico que es el criterio de autonomía. No hemos logrado todavía tener un movimiento obrero autónomo, independiente de partidos políticos, de todos los partidos políticos. En los hechos esto nos está acarreado consecuencias muy graves porque genera en la base del movimiento obrero un sentimiento de frustración, de desmovilización muy profundo. Condeno, entiendo y creo, para los más amplios sectores de nuestra sociedad.

Hoy no puede sostenerse como propuesta de sociedad avanzada azud bajo

1. Un modelo de crisis

En los últimos tiempos, se ha venido produciendo un innegable avance de la derecha en la disputa por la hegemonía ideológica en el seno de la sociedad. El discurso antistatista liberal y en favor de la privatización a ultranza ha ganado muchísimo adeptos, a caballo del estado calamitoso en que el "proceso" dejó a las empresas estatales y a la economía en general sumada a la ineficiencia en la administración de estas empresas y a todo lo que no hizo ni resolvió el gobierno radical. Simultáneamente, se presenta a la empresa privada como símbolo de eficiencia y generación de riqueza, en un discurso falaz e hipocrita que oculta la realidad, tal como es la interrelación existente entre muchos empresarios privados y el aparato del estado que les permite enriquecerse a costa del obrero público, o la transferencia de la deuda externa privada al estado nacional, lo que ha generado mayor déficit fiscal.

Habi contribuido a ello también, el proceso de desmitificación sobre la realidad existente en los países del Tercer Mundo donde el retraso tecnológico y económico —producto de planificaciones rígidas centralizadas y generadoras de una burocracia paralizante— están obligando, salubramente, a profundas reestructuraciones de contenido democrático y autogestionario, que permitirán superar, esperamos, esta verdadera rémora que durante tantos años estuvo oculta tras la adhesión sectaria y estrecha a un modelo global que ahora es cuestionado —desde las mismas filas del socialismo— y que durante décadas se presentaba como alternativa única y acabada frente al capitalismo.

La derecha liberal, montándose sobre esa situación, intenta mostrarse como símbolo del progreso económico y social, convenciendo que el capitalismo es el único sistema que crea riqueza y bienestar ocultando las terribles injusticias de este sistema anacrónico mientras que el socialismo, según ellos, termina en un aparato estatal sobredimensionado, ineficiente, paralizante y retrógrado, que reparte miseria y atraso.

2. Una respuesta creativa

Para responder a ese discurso simplista pero bien promocionado, no basta con desmenuar las causas del desajuste de nuestra economía y consumirnos de los argumentos empleados. Es necesaria también una propuesta nueva para esta problemática, que sintetice las experiencias habidas en los países que encararon cambios sociales en un marco de independencia nacional, aún los más disímiles, y que pueda ofrecerse como alternativa superadora, entendible y creíble, para los más amplios sectores de nuestra sociedad.

Hoy no puede sostenerse como propuesta de sociedad avanzada azud bajo

El cooperativismo y otras formas de autogestión

Nuevas vías de socialización de la riqueza

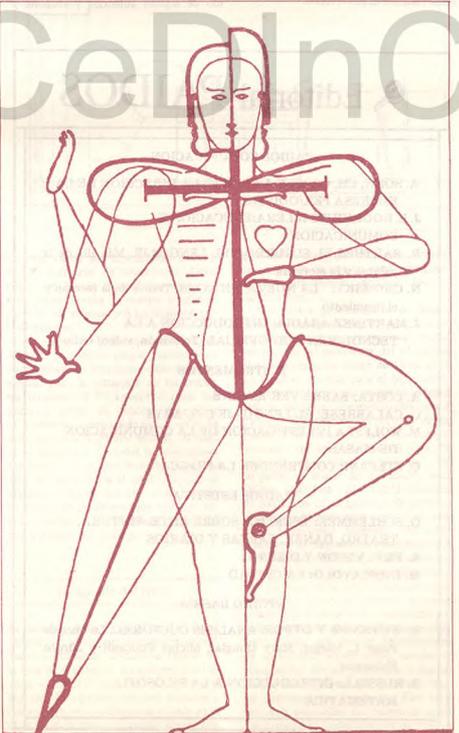
Miguel Ibarlucia
Norberto Lorenzo

El neoconservadurismo se nutre de la desconfianza que despiertan los modelos de socialismo de estado o de capitalismo de estado. La propuesta cooperativa, ya planteada por los socialistas utópicos en el siglo XIX, se presenta como una alternativa de socialización descentralizada, que posibilita canalizar la iniciativa popular en el marco de una sociedad pluralista, democrática y socialista.

el rótulo de "socialista", el viejo modelo en que todo debe pertenecer al estado, dentro de una estructura vertical y centralizada. Ese sistema piramidal, instaurado en muchos países en diferentes épocas y circunstancias históricas ha demostrado, a través del tiempo, que aloga toda creatividad, participación e inicia-

tiva popular. Su actual cuestionamiento, visible desde la perestroika y desde mucho antes en la propia China Popular, cuando hubo que despropiar pragmáticamente los alcances de la "revolución cultural", posibilitan la búsqueda plural y participativa.

Significa esto optar por la empresa



privada capitalista como factor de generación de riqueza? En absoluto. El cooperativismo y otras formas de autogestión popular son la respuesta que se impone como vía de socialización de la riqueza, sin derivar en la estructuración de un paquidérmico y monstruoso aparato estatal, centralizado y piramidal. Esta es una premisa general, pero se hace mucho más concreta y necesaria, en actividades donde el "estado bolcheviro" no tiene nada que hacer, ni se justifica su intervención, ni económica ni socialmente. El estado —no el actual estado deformado y atarazado— sigue siendo el modo, la vía y el instrumento vital que posibilita los sectores populares, en especial aquellos segmentos de la población desposeídos y marginados de toda protección, para enfrentar al poder de las grandes concentraciones económicas transnacionales y nativas, que los someten y oprimen, acentuando las tremendas desigualdades y las injusticias de esta sociedad dependiente, atarazada y terriblemente empobrecida. Pero ese estado, para representar acabadamente a esos intereses nacionales y globales, debe reestructurarse y generar nuevas formas de participación democrática, autogestionaria y cogestionaria de las más amplias masas de la población.

3. El sector de economía social

La economía en todos los países del mundo, tiene hoy un carácter mixto, hallándose integrada por el sector estatal o público, el sector privado o capitalista —prácticamente nulo en los países socialistas, salvo la pequeña producción familiar— y el sector social, también llamado sector de economía del trabajo, que puede asumir formas jurídicas privadas o públicas y que está integrado por aquellas entidades de naturaleza solidaria, cooperativas, mutuales, obras sociales, algunas corporaciones públicas y otras denominaciones, de acuerdo a los distintos países. Según qué sector prime sobre los demás y fije las reglas de juego nos hallaremos frente a un sistema económico u otro.

Dentro del sector social, las cooperativas como entidades que operan en la economía con fines sociales —más allá de las deformaciones que la práctica demuestra y que tiene que ver justamente con su accionar dentro de un sistema económico capitalista— juegan el rol más importante. Organizan a los productores y consumidores de bienes y servicios para ofrecerlos al costo a sus asociados, buscando tanto el precio justo de los productos en el mercado como también el eliminar las intermediaciones parasitarias y dar al productor, ya sea que trabaje en forma independiente o asociado con otros, el producto íntegro de su trabajo.

El desarrollo y extensión de este sector, organizado en forma democrática, lo que permite el control de su gestión

por parte del pueblo, es imprescindible para una política económica al servicio de la liberación nacional y social, junto con la necesaria defensa del sector estatal o público, que ha sido deliberadamente destruido en los últimos años, para justificar su liquidación en beneficio de los grandes grupos económicos, ya sean nativos o extranjeros. En tanto, estos mismos grupos se han venido beneficiando en negocios leoninos a través de contratos con el área estatal, conformando la "patría contratista".

4. La pata que faltaba

Las propuestas de la izquierda incluyen siempre la defensa y extensión del sector público, como arma de los más débiles para enfrentar a los poderosos. Eso sigue siendo absolutamente imprescindible, pero no es suficiente. A las propuestas de modificación de la deuda externa y sustitución del pago de sus servicios, nacionalización de la banca, el seguro y el comercio exterior, planificación democrática de la economía desarrollo de la infraestructura básica (petróleo, electricidad, siderurgia, gas, carbón, petroquímica, comunicaciones, tecnología, etc.) y a través de las empresas públicas, debe sumarse la extensión y desarrollo del sector social, compuesto por miles de pequeñas y medianas —en algunos casos también grandes— empresas cooperativas, en todas las ramas de la economía, que hagan posible canalizar la iniciativa popular y comunitaria, especialmente en la producción de bienes de consumo inmediato e intermedios y la prestación de servicios sociales de todo tipo, desde educación hasta agua potable.

Este sector económico participativo, ágil y dinámico, extenderá notablemente las bases sociales de un gobierno popular, especialmente en un país como el nuestro donde existe una vasta clase media con un arraigado espíritu de individualismo, y que busca su independencia económica como valor fundamental. De esta forma es posible encauzarlo dentro de los marcos de una planificación de la economía en sus variables fundamentales, pero sin el corset que imponen los criterios limitativos de los funcionarios de turno.

Las experiencias socialistas existentes demuestran justamente la necesidad de generar de aquí en más estas formas asociativas más dinámicas e independientes en el sector servicios, por ejemplo, en actividades tales como restaurantes, bares, turismo, actividades culturales, educación no formal, periodismo, comunicación social y en áreas de la producción como la agrícola, artesanas, alimentos, etc. La reciente sanción de una ley de cooperativas de trabajo por el Soviet Supremo de la U.R.S.S. es testimonio más que elocuente de esa necesidad.

5. Autogestión laboral

El cooperativismo es fuerte en la Argentina, pero no el cooperativismo de trabajo que es el que implica los cambios sociales más profundos. Una cooperativa de trabajo es una empresa dirigida por todos los que trabajan en ella, donde cada uno tiene un voto y se decide democráticamente en asamblea quién administra la misma, en representación del conjunto de trabajadores. El excedente que la actividad genera, una vez pagados todos los gastos, se reparte entre todos los que trabajan en producirlo, en proporción al trabajo prestado y no al capital aportado. Es decir, es una empresa de trabajadores y no de capitalistas.

Fomentar y desarrollar el cooperativismo de trabajo en la Argentina es de una necesidad económica imperdable. En primer lugar, como alternativa frente a la empresa capitalista, al demostrar que los medios de producción pueden ser gestionados por los trabajadores que se hallan capacitados para ello. En segundo lugar, porque la experiencia enseña que aumenta la productividad y la garantía de continuidad de la fuente de trabajo. En tercer lugar, porque lleva a una más equitativa distribución del ingreso, al repartirse el excedente económico entre más personas, incrementando de esa forma el consumo y evitando la acumulación de dinero en pocas manos que termina siendo desviado al exterior. En cuarto lugar, porque representa una valiosísima forma de dignificación del trabajador al hacerlo responsable de la gestión de los medios de producción y participe de sus frutos, generándose una capacitación permanente y una formación continua de nuevos dirigentes sociales. Por último el cooperativismo es una escuela de democracia, produciendo y ayudando a producir profundos cambios culturales al llevarlo al corazón del esquema productivo que es la empresa, hasta hoy signada por el autoritarismo.

La creación dentro de la economía de un espacio de empresas autogestionadas en todas las ramas de la producción, actuando como empresas testigo, en colaboración con sindicatos, mutuales y otro tipo de cooperativas (de consumo, vivienda, servicios públicos) es imprescindible para poder llevar adelante una política de precios que este poder a las grandes empresas oligopólicas que hasta el día de hoy manejan la economía a su antojo porque justamente son las que determinan la formación de los costos de todo el resto de los actores económicos.

6. Extensión necesaria a otros sectores

Pero la autogestión no se limita exclusivamente al ámbito de las cooperativas de trabajo, es también necesario implementarlo como una forma de modernización y transformación en el área estatal a través de la complementación y participación en la gestión y su control por parte de los usuarios, los trabajadores y el propio estado.

Las posibilidades son muy vastas y las necesidades también, pero la extensión de esta forma de democratización en la participación comunitaria tendrá extraordinarios resultados aplicándolo y desarrollándolo en otras áreas del quehacer social y económico tales como: campo agropecuario y agroindustrial; planes de vivienda comunitaria y por autoconstrucción; descentralización y democratización del crédito; municipalización de las cooperativas de consumo; en materia de servicios públicos de todo tipo (electricidad, agua potable, cloacas, telefonía, caminos, redes de gas, etc.); generando un cooperativismo de seguros auténtico y eficiente y

*Recientemente la Cámara de Diputados de la Nación dio media sanción a la Ley de Cooperativas de Trabajo, que puede constituirse en una norma fundamental para el futuro.

Editorial PAIDOS

PAIDOS COMUNICACION

- A. SOHN, CH. OGAN Y J. POLICH: LA DIRECCION DE LA EMPRESA PERIODISTICA
- J. L. RODRIGUEZ ILLERA: EDUCACION Y COMUNICACION
- R. BARTHES: EL SUSURRO DEL LENGUAJE. Más allá de la palabra y la escritura
- N. CHOMSKY: LA NUEVA SINTAXIS. Teoría de la reacción y el ligamiento
- J. MARTINEZ ABADIA: INTRODUCCION A LA TECNOLOGIA AUDIOVISUAL. Televisión, video, radio

INSTRUMENTOS

- A. COSTA: SABER VER EL CINE
- O. CALABRESE: EL LENGUAJE DEL ARTE
- M. WOLF: LA INVESTIGACION DE LA COMUNICACION DE MASAS
- G. STEFANI: COMPRENDER LA MUSICA

PAIDOS ESTETICA

- O. SChLEMMER: ESCRITOS SOBRE ARTE: PINTURA, TEATRO, DANZA, CARTAS Y DIARIOS
- R. FRY: VISION Y DISEÑO
- M. RONCAYOLA: LA CIUDAD

STUDIO BASICA

- R. WUTHNOW Y OTROS: ANALISIS CULTURAL. La obra de Peter L. Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas
- B. RUSSELL: INTRODUCCION A LA FILOSOFIA MATEMATICA

facilitando también la participación comunitaria a través de cooperativas que manejen medios de comunicación social radiales, televisivos o escritos en todo el ámbito del país.

Las posibilidades son inmensas: se trata de lograr su implementación a través de una planificación democrática, desarrollando así el sector de la economía social, que como ya hemos dicho es participativo, ágil y muy dinámico, imprescindible para ensanchar la base social de un gobierno genuinamente popular que tome decisiones realmente transformadoras.

7. Una reivindicación histórica

Los socialistas marxistas han sido tradicionalmente recelosos del cooperativismo como medio de transformación social. Marx cambió a Owen, King, Saint-Simon, Fourier y otros como utópicos, no en el sentido valorativo del término que le dan ciertos sectores del pensamiento sino en el sentido tradicional de lo imposible. Lenin se burlaba de los llamados "padres de la cooperación" como ingenios, pues pretendían la transformación pacífica y gradual del capitalismo en socialismo. Sin embargo, cuando llegó al poder, consideró a las cooperativas indispensables para su política social y así lo escribió en su opúsculo *Sobre la cooperación*, aunque no lo concretara en la práctica. Antes de eso las combatió denodadamente pues distraían fuerzas de la clase obrera de su tarea fundamental, que era concentrarse para la toma del poder.

Éstos es deducir que este planteo se asemeja a otros de tipo maximalista que también desfeñan la actividad sindical en su contenido reformista: mejora de las condiciones de trabajo, aumentos salariales, creación de farmacias sindicadas, etc.; posiciones infantilizantes que han recibido claramente la espalda de los trabajadores argentinos.

Mientras exista en nuestro país un sistema político democrático que permita gradualmente la extensión de la democracia en los diversos planos de la vida social, y los argentinos camalicemos a través de ella nuestras esperanzas de cambio, dichos planteos carecen de todo asidero. Por el contrario, los tres grandes movimientos de los trabajadores: el sindicalismo, el cooperativismo y el mutualismo tienen un papel importantísimo que cumplir, tanto para mejorar gradualmente las condiciones de vida de los explotados como para ser canalización en la defensa de la democracia contra todo intento de destrucción.

¿Utopíex o no, según el sentido que se le da a una palabra tan polémica, Owen, King, Saint-Simon, Fourier fueron grandes visionarios al percibir con toda claridad que la acción autogestionaria de las masas en defensa de sus propios intereses y del todo la humanidad, era y es una balanza de lucha y de transformación absolutamente imprescindible para la concreción de los grandes ideales de la humanidad en aras de la construcción de una sociedad esencialmente libre, justa y solidaria.

Miguel Ibarlucea, Abogado, ex Subdirector de Auntes Jurídicos y Registro de la Secretaría de Acción Cooperativa; fue asesor y colaborador directo del diputado nacional Ricardo Conzuela en la elaboración del proyecto de Ley de Cooperativas de Trabajo, que sirvió de base para la ley respectiva que cuenta con media sanción de la Cámara de Diputados. Asimismo a cooperativas y federaciones dc cooperativas.

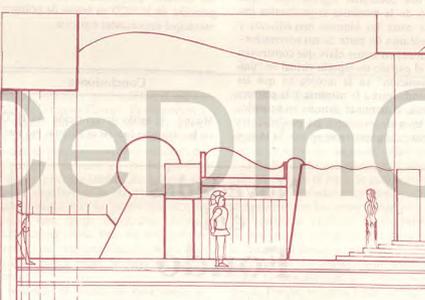
Norberto Lorenzo, Abogado, funcionario de la Secretaría de Acción Cooperativa, es asesor del partido del bloque de diputados del PJ y la Comisión de legislación general de la Cámara de Diputados de la Nación. Es asesorado nacional y vicepresidente primero de la Convención Metropolitana del Partido Intransigente.

Pasos perdidos en política municipal (II)

El Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires

Oscar Grillo

¿Desde qué otro lugar que la institución municipal debería abordarse la cuestión del poder local en una sociedad que, como la argentina, encara la difícil tarea de democratizar su vida nacional. En cinco años de funcionamiento ¿el Concejo Deliberante de la Capital Federal ha demostrado estar a la altura de las exigencias que plantea el gobierno de la ciudad? ¿Cuáles son los obstáculos, no sólo de pobreza presupuestaria sino también y fundamentalmente políticos, que impidieron suturar la discrepancia entre posibilidades ofrecidas por la democratización y realizaciones concretas?



"Mecánicas de la relación" Interbloques

Cuando en los últimos días de diciembre de 1983 asumieron sus funciones, sólo 4 de los 60 concejales electos tenían experiencia en la defensa de la democracia práctica parlamentaria construyeron? ¿Contribuyó esta práctica a conformar un espacio para la expresión de una variedad de intereses? ¿se constituyó en sustento de qué peculiar vínculo interinstitucional con los restantes "órganos de gobierno" del municipio?

Las primeras "jugadas" internas de los respectivos bloques de concejales fueron, indudablemente, conflictos duros y de complicado trámite, porque incluso previamente al inicio de la labor estrictamente legislativa debió resolverse el tema del porcentaje de coparticipación que correspondía a cada sector. Esto fue fundamentalmente a la mayoría y a la primera minoría— en el manejo político y administrativo del cuerpo: los niveles de conducción y las diez comisiones de labor legislativa. Ambos contentientes mostraron, desde el principio, haber llegado cargando un peso desigual. Los "internas" partidarias cuyo resultado estable los de haber terminado en acuerdos, aunque sea temporarios, sobre distribución de cargos y objetivos institucionales, con lo cual cada bloque maximizaba de manera

bastante rígida sus aspiraciones y minimizaba márgenes de negociación. Debe tenerse en cuenta en este aspecto que el radicalismo llevaba al cuerpo legislativo cinco líneas internas y el justicialismo por lo menos tres.

Al entrar la UCR con una holgada mayoría y quorum propio, apareció en condiciones de imponerse dejando poco espacio para la actuación de los restantes bloques. El PJ ensió durante los primeros meses de sesiones disuadir a su adversario amenazando con el retiro de todo apoyo a la gestión radical, mediante el abandono de todas las comisiones legislativas de las que formaba parte. En más de una ocasión el conflicto que se mantuvo latente durante meses estalló en forma de incidentes que tomaron estado público y obviamente, perjudicaron la imagen del Concejo.

La agenda del HCD

Es necesario tener presente que, en rigor, "todos" los temas que constituyen necesidades o demandas ciudadanas figuran en la lista de asuntos en los que puede intervenir el HCD y que, por eso mismo, el registro de aquéllos que son tratados y convertidos en cuestiones de debate en el recinto, de la mano de quienes llegan, con

tes" de disposiciones que por su concepción común y articulación puedan convertirse en potenciales orientaciones políticas de alcance general.

Otro aspecto común es la desproporción de los emisores de proyectos de los aspectos presupuestarios, lo cual permite profusión y superposición de iniciativas y, coincidentemente, disminuye sus posibilidades de efectividad si es que éstas son convertidas en normas sancionadas. Es probable, en este sentido, que la sola presentación de un proyecto sea considerada en sí misma como aceptable de actuación y/o mismo "piso" indicable de respuesta a demandas determinadas, en forma independiente de las probabilidades de tratamiento legislativo posterior. Un indicio de esto es el énfasis que buena parte de los concejales suelen colocar en que la presentación de sus proyectos sea publicada en los diarios; por épocas, días, distintos medios (La Nación, Tiempo) reservaron espacios especiales para la publicación de proyectos, sin que nadie reclamara luego noticias acerca del destino posterior de esas iniciativas.

Los términos en los que se define un problema, cómo se conciben, cómo otros problemas y cuestiones, y el nivel de intervención que se considera posible en el mismo son temas fundamentales en la toma de posición de un organismo como el analizado. En este sentido es significativo el sistemático bloque impuesto en el HCD al tema de la vivienda, que por las demandas originadas en sectores populares. En abril de 1984, mientras el Poder Ejecutivo Nacional enviaba al parlamento un proyecto de ley atendiendo al problema creado por la indexación en compradores de terrenos y viviendas económicas (es decir, se interesaba por los reclamos de una de las franjas de los afectados por el déficit habitacional) el presidente del HCD declaraba que el desalojo de inquilinos (La Razon, 17-4-1984), cuya suspensión pedía un proyecto del PJ, no era competencia del cuerpo deliberativo. El justicialismo, por su parte no insistió demasiado y el tema quedó en manos del pequeño bloque del PJ que, reitratado e infructuosamente insistir para que el estado municipal tome cartas en el asunto.

HCD y Departamento Ejecutivo: construyendo la coordinación. El presupuesto

El Presupuesto de gastos y recursos es el tema de conflicto por excelencia entre el HCD y la Intendencia. Es uno de los pocos asuntos donde los funcionarios electos pueden —teóricamente— tratar de ganar espacios de control de los procesos de intervención dentro de la burocracia municipal y, a la vez, donde ésta genera más trabas tendientes a preservar su autonomía. En consecuencia, los concejales consideran, además, que si un desfasaje presupuestario de la comuna deviene en

aumentos en los impuestos, son ellos los que pagan el mayor costo político, soportando las críticas de los contribuyentes y apareciendo como los únicos responsables de mayores extracciones a la población. Por estas razones es que la cuestión del Presupuesto es una buena vía de investigación de las relaciones entre ambos órganos de gobierno municipal.

El primer año fue de gracia, atento a que los funcionarios del Ejecutivo Municipal justificaran la demora en el tiempo y falta de claridad del proyecto presupuestario presentado en formas de trabajo de mecanismos de información contable heredadas del gobierno anterior; pero en diciembre de 1984 los concejales reaccionaron duramente ante un pedido de incorporación de un gravamen de emergencia sobre los ingresos brutos, para tapan una brecha presupuestaria. Esto preocupó a los funcionarios de la intendencia, en la medida que algunas posiciones aparentemente intransigentes provenían de los concejales del propio partido (UCR), que criticaban el "equivocado rumbo de la gestión económica-financiera del municipio".

En la cosa no llegó a mayores conflictos. La posibilidad de autoconvocatoria del cuerpo quedaba descartada, claro está, porque a entera de la bancada mayoritaria "el uso frecuente de tal recurso podría interpretarse como una manifestación de desacuerdos con el Departamento Ejecutivo" (Clarín, 8-12-1984) y de ninguna manera se quería dar esa impresión; el bloque justicialista no insistir demasiado en esa opción.

1985 fue un año electoral, y por eso, resulta demostrativo del rango de variación alcanzable por este tipo de conflictos. A poco de iniciarse las sesiones ordinarias, el bloque justicialista se lanzó con alaridos sus peticiones de desconformidad con el envío por parte del Poder Ejecutivo Nacional, a instancias de la Intendencia y sin consulta al HCD, de un proyecto de ley que propugnaba recargos impositivos con el fin de constituir un fondo especial destinado a la extensión de los subterráneos portales. Nuevamente la renuncia no se concretó, pero la ocasión sirvió para que parte de la bancada oficialista dejara entrever su propia desconformidad con el hermetismo del Ejecutivo Municipal en cuestiones en las que consideraba tener incumbencia y todos se prepararon para discutir el presupuesto, ante:

La más completa analogía. Incluye *La invención de Morel*, *El sueño de los héroes* y otros textos.

junio el lanzamiento del Plan Austral incluía entre sus principales medidas el congelamiento de tarifas públicas, con lo cual se impidieron los incrementos de impuestos municipales. La situación volvía a fojas cero, debiéndose reducir la estrategia del HCD en el asunto; esa nueva toma de posición no se produjo, el Departamento Ejecutivo recuperó su autonomía de hecho en el tema; y la cuestión volvió a un segundo plano: se acercaban las elecciones de noviembre de 1985 y tanto la UCR como el PJ tenían duras internas por resolver. El bloque de la Unión del Centro Democrático —derecha liberal— no desaprovechó la oportunidad de cerrar el debate publicitando sus críticas a la política presupuestaria municipal, atacando el cálculo efectuado por inaplicable e incluso subrayando la necesidad de adecuar el proyecto municipal a las pautas de austeridad y contención del gasto público emanadas del gobierno nacional (La Nación, 6-7-1985).

Regalando espacio a la derecha

En rigor, no era la primera vez ni el único tema de debate en la bancada mayoritaria "el uso frecuente de tal recurso podría interpretarse como una manifestación de desacuerdos con el Departamento Ejecutivo" (Clarín, 8-12-1984) y de ninguna manera se quería dar esa impresión; el bloque justicialista no insistir demasiado en esa opción.

1985 fue un año electoral, y por eso, resulta demostrativo del rango de variación alcanzable por este tipo de conflictos. A poco de iniciarse las sesiones ordinarias, el bloque justicialista se lanzó con alaridos sus peticiones de desconformidad con el envío por parte del Poder Ejecutivo Nacional, a instancias de la Intendencia y sin consulta al HCD, de un proyecto de ley que propugnaba recargos impositivos con el fin de constituir un fondo especial destinado a la extensión de los subterráneos portales. Nuevamente la renuncia no se concretó, pero la ocasión sirvió para que parte de la bancada oficialista dejara entrever su propia desconformidad con el hermetismo del Ejecutivo Municipal en cuestiones en las que consideraba tener incumbencia y todos se prepararon para discutir el presupuesto, ante:

La más completa analogía. Incluye *La invención de Morel*, *El sueño de los héroes* y otros textos.

Adolfo Bioy Casares. La invención y la trama. Selección de Marcelo Pichon-Riviere

José Bianco. Ficción y reflexión

Una vasta selección de la obra del gran autor de *La pérdida del reino* hace de este libro poco menos que la edición de las Obras completas. Incluye *Las ratas*, *Sombras sudeste*, cuentos, ensayos y entrevistas.

Además

Alain Corbin. El perfume y el miasma. El olfato y el imaginario social

Denis Rolland. América Latina. Guía de las organizaciones internacionales

Ull Hannerz. Exploración de la ciudad

Richard Evans: Los artifices de la psicología y el psicoanálisis

algunos puntos clave de la política municipal y/o de ejercer razonablemente sus funciones formales de control, mantienen de hecho la situación de subordinación institucional del HCD al Departamento Ejecutivo. Este acercamiento temático o puntual de la opacidad de los vínculos establecidos entre los demás actores políticos dentro del escenario del estado municipal se completa con una oportuna intervención en el campo de lo ideológico en relación con la política local, sus horizontes y objetivos.

La derecha liberal parece ser el único partido político local que ha potenciado sus posiciones en el nivel municipal, apoyándose en ellas para obtener una presencia de hecho sumamente visible, además de reduible electoralmente. Ha logrado articular:

* Una adecuada promoción de dirigentes y figuras clave del partido que enfatizan en sus discursos la condición de funcionarios electos municipales. Logran así un contraste con la escasa valoración de las funciones municipales en la carrera política, que es común en las élites de los partidos mayoritarios.

* Mensajes permanentes intentando establecer conexiones de sentido entre los problemas de la ciudad y las "soluciones" propuestas por la ideología liberal.

* Actuación coadivale con la prensa de derecha, que codiga a las tomas de posición de la UCD en temas de política municipal importantes.

Conclusiones

Mirando el estilo de actuación del HCD en las distintas facetas analizadas, no puede

de sino señalarse la discrepancia entre las posibilidades abiertas en cuanto a que la institución sea protagonista de la exploración de nuevos senderos democráticos a nivel local y la actuación concreta del cuerpo.

La consolidación de la democracia a nivel del sistema político global —aun teniendo en cuenta los obstáculos existentes— crea el marco donde es concebible profundizar experiencias locales. Pero para ello es necesario que organismos representativos como el analizado intervengan roles más fuertes y activos dentro de la red interinstitucional donde actúan.

Tal como se señalan los testimonios del comienzo, los distintos bloques de concejales se han movido en base a acuerdos que garantizan la continuidad del funcionamiento legislativo del cuerpo. Pero el alcance de dichos acuerdos no va más allá de permitir el mantenimiento de unas pocas modalidades rituales en cuanto al cumplimiento de las funciones formales del organismo legislativo. Por eso, las contiendas entre la mayoría y la primera minoría o quedan inconclusas o terminan en intercambios de poca monta que ni definen internamente al HCD ni constituyen bases para una acción unificada dirigida al fortalecimiento de su imagen externa.

La solidaridad partidaria entre el Ejecutivo Municipal y el bloque mayoritario actúa, obviamente, como un freno que retrasa el desarrollo de debates que involucran a la intendencia; pero no debería exagerarse el peso de esta coalición puesto que la actuación de la primera minoría —el bloque del PJ— dista de ser pujante en el sentido de impulsar innovaciones institucionales y aparece mucho más poco propicia a emprendimientos políticos importantes. Es decir: ambos bloques de concejales han establecido —entre sí y con el Ejecutivo Municipal— un juego institucional de alcance muy limitado, no basado en un proyecto político que potencie la democracia local, y quedan así notablemente disminuidas las posibilidades de que el HCD intervenga como protagonista de la producción de políticas municipales o ejerza razonablemente sus funciones formales de control.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

Composición del HCD, en 1983, 1985 y 1987

Año	UCR	PJ	UC	UD	PF	PB
1983	38	16	4	2	—	—
1985	34	16	4	5	1	—
1987	28	16	3	10	2	1

De ahí que sea fundamental la comprensión de los partidos políticos mayoritarios para localizar y desalojar cada una de las trabas al fortalecimiento de este parlamento local, para que pueda ocupar su papel de entrenamiento global para la vida democrática de la ciudad, empuje una evolución progresista del poder municipal y acompañe con su función normativa el desarrollo de prácticas democráticas.

Como este proceso se congela y se

de sino señalarse la discrepancia entre las posibilidades abiertas en cuanto a que la institución sea protagonista de la exploración de nuevos senderos democráticos a nivel local y la actuación concreta del cuerpo.

La consolidación de la democracia a nivel del sistema político global —aun teniendo en cuenta los obstáculos existentes— crea el marco donde es concebible profundizar experiencias locales. Pero para ello es necesario que organismos representativos como el analizado intervengan roles más fuertes y activos dentro de la red interinstitucional donde actúan.

Tal como se señalan los testimonios del comienzo, los distintos bloques de concejales se han movido en base a acuerdos que garantizan la continuidad del funcionamiento legislativo del cuerpo. Pero el alcance de dichos acuerdos no va más allá de permitir el mantenimiento de unas pocas modalidades rituales en cuanto al cumplimiento de las funciones formales del organismo legislativo. Por eso, las contiendas entre la mayoría y la primera minoría o quedan inconclusas o terminan en intercambios de poca monta que ni definen internamente al HCD ni constituyen bases para una acción unificada dirigida al fortalecimiento de su imagen externa.

La solidaridad partidaria entre el Ejecutivo Municipal y el bloque mayoritario actúa, obviamente, como un freno que retrasa el desarrollo de debates que involucran a la intendencia; pero no debería exagerarse el peso de esta coalición puesto que la actuación de la primera minoría —el bloque del PJ— dista de ser pujante en el sentido de impulsar innovaciones institucionales y aparece mucho más poco propicia a emprendimientos políticos importantes. Es decir: ambos bloques de concejales han establecido —entre sí y con el Ejecutivo Municipal— un juego institucional de alcance muy limitado, no basado en un proyecto político que potencie la democracia local, y quedan así notablemente disminuidas las posibilidades de que el HCD intervenga como protagonista de la producción de políticas municipales o ejerza razonablemente sus funciones formales de control.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar a cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidista a nivel del HCD portuño, cuyas implicancias empezaron a verse en estos meses.

Dolorosa metáfora de una sociedad lacerada
El retorno de lo siniestro (II)

Alicia Azubel

Las notas de Azubel y Vezzetti prosiguen una reflexión iniciada en *La Ciudad Futura/12* sobre un hecho que desnudó las llagas de la sociedad argentina. Hoy, aquietados en parte los ánimos, podemos recuperar un tema que fue también el síntoma de una escisión que habrá de acompañarnos por un largo tiempo en el azaroso camino de la reconstrucción democrática.

afirman creencias irreducibles, el sujeto enferma. Truman Capote, en referencia a un cuento suyo que produjo repugnancia a un editor dice: "debe haber visto algo que se trata este cuento verdadero: de los peligros, la fatalidad de no percibir o no aceptar los límites de nuestra supuesta identidad, y las clasificaciones impuestas por otros: un pájaro que se cree perro, Van Gogh creyéndose artista, E. Dickinson poeta. Pero sin estos juicios erra al porvenir que es necesario trabajar en su constitución sexual biológica, sus lazos de sangre, sino las funciones y lugares que en el escenario intersubjetivo estos objetos van ocupando en la constitución de cada sujeto en particular. Tal es así, que una función materna bien puede ser ocupada indistintamente por un sujeto de sexo masculino o femenino.

Por cierto no son consecuencias. Las funciones paterna y materna son por lo tanto lugares simbólicos y constituyen el escenario en el que por una trama identificativa el sujeto va adviniendo. Dicho en términos de esa trama intersubjetiva la "identidad" se va constituyendo. Esos lugares pueden ser ocupados por los padres biológicos, pero también por otros sujetos. Sin embargo, una vez constituida esa trama de identificaciones algo queda del sujeto fijado a ellos. Los objetos primarios, y las experiencias que con ellos se atravesaron marcan al sujeto en cuestiones cruciales de su porvenir, que se van plasmando en la "nueva novela" de cada individuo. A su vez esta novela, si bien denota siempre sus marcas de origen, será, en el curso de la vida del sujeto, escrita y reescrita (en el mejor de los casos) influida por las circunstancias históricas sociales en que le toca vivir, confluirá para que esas resacas de la vida se produzcan y lo originario, "natural", vuelva entonces a redimensionarse en su dimensión contingente y no definitiva. Aquellas certezas, tan profundas y sumidas en el tiempo, se van perdiendo ante este tablero las circunstancias políticas y una función simbólica del tiempo que puede o no inscribir intervalos, es decir una discontinuidad que marque

referencias simbólicas entre un antes y un después de los actos determinantes y de los responsables de la vinculación de los sujetos de los padres biológicos. Ubico esta dimensión de responsabilidad fuera del tablero de posiciones a y sólo si, quienes ocupan el lugar de padres sustitutos, no están involucrados directa o indirectamente con los actos y objetivos que provocaron la vacancia, la desaparición de la duda respecto de los orígenes de estos chicos. Y una realidad biológica —ahora sí— se presenta como inapelable para estos adultos.

Es cierto que esa realidad tan traumática, puede disfraczarse. Pero ya está allí circulando.

Liliana Cavani, directora de "Por todo de noche", preguntada respecto de las fuentes a partir de las cuales escribió el *script* de esa película, comentó que analizó muchos documentos y films de la época nazi y principalmente se dedicó a entrevistar a quienes estuvieron detenidos en campos de concentración. Le llamó la atención una observación. Muchas de las víctimas del nazismo, cada verano, regresaban a los lugares donde habían padecido tormentos. La paradoja un rasgo sorprendente y constató que las víctimas eran impulsadas, quien sabe por qué extraños tormentos, a emprender ese camino de retorno. No así los victimarios. No así los torturadores, quienes parecían más propensos al olvido y a la expulsión de todo sentimiento de culpa o responsabilidad sobre los actos cometidos.

Habría quien pueda atribuir dicho camino de retorno a una nostalgia por un goce ya insustituible. Pero ¿podría entenderse como el modo de no dar por consumado, por acontecido, aquello que efectivamente ocurrió? Retorno a una experiencia dolorosa puede ser una de las formas de no darla por consumada. Pero la condición es riesgosa porque se basa en convocar cada vez a los demonios y a la lógica que les conviene. Me parece, que en el caso Juliana, los demonios están fuera. Los torturadores tienden al olvido. No son justamente quienes apagarán la batalla interna. Tomarán partido, echarán leña al fuego de las lógicas pasiones despertadas en los actores. Es nuestra la tarea de recordar y distinguir.

Estoy convencida de que no puede haber una respuesta uniforme para todos

los casos. Algo así, es verdad, sería más tranquilizante. Pero también es verdad que por eludir ciertas realidades complejas e insportables, por simplificar y desembocar en soluciones "fáciles" (que no son precisamente las simples) o disparejas por las más sanas intenciones reparatorias, podemos estar repitiendo, en espejo, un pasado de arbitrariedades inapelables. Es doloroso, pero quizás —no estoy segura— hay que decirnos: los lugares que el terror de la dictadura dejó vacantes no podrán ser ocupados por quienes desaparecieron. Así, como espacios que ya nadie debe ocupar —ni aun con las mejores intenciones— devienen símbolos de una memoria crítica en el horizonte del nunca más. Los abuelos, son los abuelos de estos chicos. O mejor dicho, nosotros los adultos los reconocemos como tales, y en esa medida, los chicos podrán también ir tomándose como una referencia identificatoria recuperada. Los chicos tampoco podrán ser los ocupantes de esos lugares. En el nieto reaparecido me encuentro con la pérdida de mi propio hijo. En el encuentro con los abuelos de sangre, los padres sustitutos pierden el derecho a la duda respecto de los orígenes de estos chicos. Y una realidad biológica —ahora sí— se presenta como inapelable para estos adultos.

Estoy convencida de que no puede haber una respuesta uniforme para todos

los casos. Algo así, es verdad, sería más tranquilizante. Pero también es verdad que por eludir ciertas realidades complejas e insportables, por simplificar y desembocar en soluciones "fáciles" (que no son precisamente las simples) o disparejas por las más sanas intenciones reparatorias, podemos estar repitiendo, en espejo, un pasado de arbitrariedades inapelables. Es doloroso, pero quizás —no estoy segura— hay que decirnos: los lugares que el terror de la dictadura dejó vacantes no podrán ser ocupados por quienes desaparecieron. Así, como espacios que ya nadie debe ocupar —ni aun con las mejores intenciones— devienen símbolos de una memoria crítica en el horizonte del nunca más. Los abuelos, son los abuelos de estos chicos. O mejor dicho, nosotros los adultos los reconocemos como tales, y en esa medida, los chicos podrán también ir tomándose como una referencia identificatoria recuperada. Los chicos tampoco podrán ser los ocupantes de esos lugares. En el nieto reaparecido me encuentro con la pérdida de mi propio hijo. En el encuentro con los abuelos de sangre, los padres sustitutos pierden el derecho a la duda respecto de los orígenes de estos chicos. Y una realidad biológica —ahora sí— se presenta como inapelable para estos adultos.

Doloroso síntoma de una sociedad lacerada

La batalla por Juliana

Hugo Vezzetti

La cuestión de la identidad, en el caso Juliana, ha sido arrastrada al campo de batalla; pero lo ha sido mediante un desplazamiento por el cual la pregunta abierta por el quién es Juliana ha quedado aplastada por una lucha por la apropiación: de quién es.



Cabía esperar en el caso Juliana un trámite que resolviera los aspectos necesariamente conflictivos sobre la base del acuerdo entre las familias, mediado por el prestigio de la institución Abuelas de Plaza de Mayo (APM). Quiero creer que era posible una intervención experta y flexible de la justicia sancionando y guiando ese entendimiento con el debido asesoramiento de conocimientos específicos; jurídicos y psicológicos. Es claro que el caso presentaba aspectos peculiares, bien diferentes de otras restituciones o exilias buscar e inventar sobre la marcha. Pero, en todo caso, el camino de una resolución no traumática era esperable, ante todo, por tratarse de una niña que no fue apropiada ilegalmente, que conocía su condición de adoptada y estaba abierta a la búsqueda de su origen, y por haber sido sus padres adoptivos los que asumieron la iniciativa de ese esclarecimiento.

El curso del acuerdo hubiera significado un encuentro favorable del dispositivo jurídico con la acción ética ineludible de las APM en la realización de la verdad, la justicia y la reparación de las consecuencias del estado de guerra. Pero, a la vez, hubiera mostrado, a través del vínculo nuevo capaz de anudar el destino de esas dos familias, hasta entonces marcadas sólo por la violencia, las formas posibles de una solidaridad presente que vendría, simbólicamente, a superar esa fragmentación y esa existencia en la sociedad que fue, sin lugar a dudas, una condición que hizo posible la instauración del terror como sistema.

Hoy, cuando la posibilidad del entendimiento parece una empresa imposible y la batalla por Juliana se ha desatado de un modo en el que es difícil no sentirse involucrado, cabe preguntarse: ¿qué pasó? ¿Cuáles fueron las formas predominantes de representar y procesar, a niveles colectivos, el conflicto allí planteado? No voy a referirme a las expresiones de los ideólogos del olvido y de la reivindicación de las acciones de la dictadura militar, tampoco a voz o insistir en el tratamiento sensacionalista de algunos medios, siempre dispuestos a lucrar con los valores y los sentimientos de un público que, por otra parte, recibió muy escasos elementos de juicio como para pensar las características y las implicaciones del problema. En todo caso, continuando con la reflexión acerca de lo que cabía esperar, es en la franja del periodismo y la inteligencia enrolada en la causa de las libertades civiles y políticas donde era posible esperar otro tratamiento del problema. Y la distancia con lo efectivamente sucedido no deja de ser una expresión ilustrativa de las formas de los que esos sectores de esta sociedad son capaces de responder a los complejos requerimientos de una realidad postdictatorial que no siempre se presta a la facilidad de los ensillamientos. Lo menos que puede decirse es que, puestos a prueba y ante la exigencia de combinar conceptos de índole más que políticos y éticos, con conocimientos técnicos, han tenido, casi

sin excepciones, a resignar un papel esencial y crítico para expresar la faciosidad presente en la sociedad.

Aun cuando se considere que la polarización crispada de las posiciones por parte de los involucrados más directamente, era prácticamente inevitable, justamente por eso era necesaria allí la intervención de un polo de discurso público que resistiera el embanderamiento y expresara los valores de la reconstrucción democrática; que ayudara a colocar la cuestión de la identidad y la filiación de Juliana en un camino abierto, atento a su deseo y a los requerimientos de las familias y dispuesto a buscar con imaginación las formas que ayudaran a construir una historia personal y familiar que incluyera los trayectos accidentados de su constitución subjetiva. Ello imponía una cuidadosa precaución frente a la tentación negadora de un núcleo trágico irreversible —de pérdida y desencuentro— en esa historia en ciernes. Ya que, justamente, ha sido la operación de supresión de esas zonas incógnitas que ha estado en la base de los diversos pronunciamientos que batallaron por sancionar, de entrada, una identidad ya constituida para Juliana, sea desde la sangre, sea desde la crianza.

Ante el conflicto, los modos de representarlo están amplíamente determinados por el peso de la repetición: cada una de las resoluciones judiciales que determinaron sucesivos cambios de la guarda de Juliana han sido respectivamente caracterizados como el retorno de un pasado ominoso. Mientras los Treviño-Rivarola hablan de la "noche de terror" para referirse a la decisión por

la cual el juez Ramos Padilla dispuso abruptamente que la niña pasara a casa de sus abuelos, del otro lado, la nueva resolución del juez Sañudo que la devolviera a sus padres adoptivos es denunciada como un "secuestro". Las circunstancias traumáticas que rodearon el cumplimiento de segundo traspaso, con la guarda de infantería enfrentando a una manifestación de activistas que —según la prensa— intentaba impedir el cambio, pusieron en escena de modo dramático a los espectros del chupadero.

No voy a insistir aquí —porque ya fue dicho— con los argumentos políticos y jurídicos que vienen a desmentir que las decisiones judiciales —que son opinables y apalables— puedan ser equiparadas a una violencia terrorista o un secuestro. Y sin embargo, el fantasma del secuestro parece instalarse no solo en los protagonistas sino en una parte preponderante de la opinión, e incluso en el parecer de algunos profesionales, peritos y terapeutas. Ese símbolo de encuentro y reparación que Juliana podía haber sido en la conciencia pública se degrada, en el escenario de la guerra, en lo que se dispuso a en bandera cristalizada que condensaba la evocación del horror y del martirio de quienes la engendraron.

¿Cómo empezó la guerra? ¿Con el procedimiento apresurado de Ramos Padilla, que —hay que decirlo— estuvo mal asesorado? ¿Con la determinación de los padres adoptivos de hacer pública la situación, que los llevó incluso al recurso objetable de mezclar su causa con la de algunos notorios integrantes del lobby reivindicativo del accionar dictatorial? Si la lógica de la confrontación impone a cada bando señalar en el otro la responsa-

bilidad por las hostilidades, una consideración intelectual más autónoma, es decir menos identificada con la posición de los protagonistas directos, debería ser capaz de interrogar lo que allí vino a emerger y a repetirse, más allá de la conciencia y las intenciones de los actores, bajo la forma de una definición del conflicto como guerra y escisión.

En ese sentido, encontrar en este caso, como lo hace H. Verbitsky, la ocasión de establecer el *Quién es Quién* en la Argentina (y es claro que no se refiere a un deslinde con los herederos y justificadores del terrorismo de estado, bien conocidos en general, sino a la intención de fijar una diversidad de aguas con sectores meliós, "progres", en sus propios términos) resulta, por lo menos, una intervención prototípica de esa disposición a institucionalizar y cristalizar la figura de la guerra, aplicada a sectores de la sociedad que, teniendo posiciones discrepantes en el conflicto, no son mutuamente enemigos. Por una parte, no puede despreciarse que hay más un desgarramiento íntimo entre los que se han visto empujados a tomar posición. Y no podría no ser así puesto que es esa justamente una marca irreversible de la posición subjetiva de Juliana. Pero, por otra parte, en un conflicto que será largo en el plano jurídico y que puede incluir variantes diferentes a la de un triunfo neto de algunas de las posiciones, con una discusión que —es de desear— seguirá y se profundizará en la esfera pública, ¿por qué descartar la posibilidad de cambios de opinión que llevarían a rehacer más de una vez ese Index lapidario?

La cuestión de la identidad ha sido arrastrada al campo de batalla; pero lo ha sido mediante un desplazamiento por el cual la pregunta abierta por el quién es Juliana, ha quedado aplastada por una lucha por la apropiación: de quién es. Una porción bien destinada de las opiniones evacuadas han insistido en colocar el punto de mira en la dimensión subjetiva. En ese sentido, podrá escribirse bastante sobre los dilatares diversos que acompañaron en los medios de comunicación la gigantesca "psicologización" del problema. Para determinar su "verdadera" identidad y su "verdadero" lugar se han contabilizado en la niña, de un lado y de otro, gestos y emociones, abrazos y preguntas, las amigas de aquí o de allá, la cama en que dormía y los bilfes que comía. Un tratamiento de teatralidad de la tarde vino justamente a obtener la pregunta por la identidad a partir de una toma de posición que la resolvía de antemano.

El consejo psicológico que dictamió, durante el primer cambio de guarda, la interrupción del contacto de Juliana con sus padres adoptivos, se prolongó en una intervención psicoterapéutica que, al parecer, pensaba que la definición de la identidad —a partir de la niña dejara de llamarse "papá" y "mamá" a la pareja Treviño-Rivarola. Es difícil no ver allí hasta qué punto el fantasma en acto del secues-

tro ("psicológico", en este caso) es correlativo de un modo coercitivo de definir la filiación. Nadie expresa mejor que León Roitzchner, la lógica de guerra subyacente. Su análisis parte de la afirmación fuerte de una identidad "solmada desde el origen" que inscribió la vida "socialmente sagrada" de Juliana en el campo de lucha de sus padres naturales. Desde allí, su existencia no está dada al "disfrute privado" (léase "amor familiarista") sino a un destino social que desde el nacimiento se prolonga en la trayectoria combativa encarnada por los abuelos maternos. Es fácil deducir que esta preeminencia se basa menos en la sangre que en una historia de lucha, una "herencia" que paradójicamente, los abuelos —militantes también— reciben de su propia hija. Es claro que el enfoque de Roitzchner desatiende un análisis de la trama conflictiva del caso y borra por completo sus aristas abiertas a la incertidumbre sobre la superposición, sobre la pequeña historia de Juliana, de un escenario universal, dominado por el *vazio* revolucionario. Pero al menos hay que reconocer que eludando el psicologismo como la exaltación de la sangre, dos de las formas que han dominado las posiciones sobre el tema en el campo de la izquierda.

En el reverso —prolamente denotado— de las figuras del horror está la representación de la *fiesta* con que cada bando celebra la inclusión de Juliana en su "verdadero" lugar. Primero están los que describen la fiesta en lo de los Fontana, los abrazos, los juegos y los regalos, en fin, el clima de un encuentro definitivo. En un segundo tiempo, otros vendrán a señalar una atmósfera enteramente homóloga, con sus ritos de celebración, durante el retorno a la casa de sus padres adoptivos. Más allá de los matices, esas representaciones

cruzadas de triunfo y alegría se asientan sobre la exclusión de lo inevitablemente perdido, del encuentro que ya no puede producirse. Ese antagonismo existente apunta, en todo caso, a *borrar el conflicto*, a negar que Juliana es, ante todo, una herida abierta.

La verdad misma —como horizonte de certezas— se ubica en el centro mismo del campo de batalla, despedazada en diferentes discursos: ético y político, jurídico, psicológico. No habría venido más esa proliferación de opiniones —y no es imposible— abuelos biológicos comprometidos directamente con la ideología de los dictadores. ¿Podrían tan fácilmente quienes sostienen en este caso la preeminencia de la sangre sancionar una "restitución" así planteada? No quiero decir que en el caso Juliana el reclamo de los abuelos carezca de fundamento, sino que su legitimidad se asienta más en la historia que en la sangre. Es en el deseo, en la determinación de la búsqueda y en el lugar simbólico que constituyeron para ella durante años donde de las dos familias hoy enfrentadas asientan sus respectivos derechos a integrar ese fruto de sus historias que, al mismo tiempo, ya no puede pertenecerles del todo. Cada una de ellas puede mostrar lo que ha acumulado en ese sentido. Y es ese el drama del caso que el vocinglero amontonamiento de pronunciamientos y consignas viene, ante todo, a encubrir.

La "definición" de la identidad se lleva al plano de la identidad personal, de la filiación y la pertenencia familiar, y allí, la "sangre" y la "crianza" (adopción) dirimen su eventual supremacía para establecer un residuo último de certeza. Vale la pena aclarar que la preeminencia de la "sangre", y los mitos a ella asociados, nunca fue afirmada en el pasado como la simple promoción del vínculo biológico; la sangre definía un modo —típicamente premoderno— de dirimir los conflictos y las líneas de fractura siempre presentes en la institución familiar occidental. En nombre de la sangre se sancionó el derecho de los padrones sobre los hijos, se imponían exclusiones y obligaciones, se arreglaban matrimonios, en fin, se sacralizaba el fundamento del poder. Por el contrario, las formas globalmente "modernas" de la familia pri-

vilegian las alianzas libremente consentidas, los vínculos electivos, el derecho de los hijos y su igualdad jurídica.

Quiénes toman partido —en el fragor de la lucha y sin medir consecuencias— por la sangre como fundamento absoluto, ¿se dan cuenta dónde apoyan los pies? Supongamos que el caso fuera otro, una Juliana criada y adoptada por compañeros de sus padres que es reclamada por abuelos biológicos que en su momento repudiaran la ideología de sus hijos y que nunca hicieron nada por denunciar su desaparición; ni aun, supongamos —y no es imposible— abuelos biológicos comprometidos directamente con la ideología de los dictadores. ¿Podrían tan fácilmente quienes sostienen en este caso la preeminencia de la sangre sancionar una "restitución" así planteada? No quiero decir que en el caso Juliana el reclamo de los abuelos carezca de fundamento, sino que su legitimidad se asienta más en la historia que en la sangre. Es en el deseo, en la determinación de la búsqueda y en el lugar simbólico que constituyeron para ella durante años donde de las dos familias hoy enfrentadas asientan sus respectivos derechos a integrar ese fruto de sus historias que, al mismo tiempo, ya no puede pertenecerles del todo. Cada una de ellas puede mostrar lo que ha acumulado en ese sentido. Y es ese el drama del caso que el vocinglero amontonamiento de pronunciamientos y consignas viene, ante todo, a encubrir.

Cualquiera sea el resultado del pleito por la tenencia de Juliana, hay que reconocer que la posición misma del exiliado de Ramos Padilla ha sido abierta por la existencia, la acción y la presencia moral en la sociedad de las APM. Ese es su mérito mayor y, a la vez, el sustento de su posición proliamente estratégica, que debería ser

preservada del desgaste de la contienda pública. Más allá de las vicisitudes del trámite judicial y del proceso de opinión que se las desate, quienes busquen acompañar ese accionar de más largo aliento y apuntalar esa presencia, deberán orientarse a hacerlo de cara a la sociedad, en una dirección que, sin dejar de denunciar la herencia del proceso militar, exprese la voluntad de reconstruir una trama de solidaridad guiada por una conciencia democrática.

Entre la promoción de la amnesia y la atención declarativa hay más de un camino para enfrentar en la sociedad esa herida abierta, ese verdadero trauma que el caso presente ilustra con todo su dramatismo: la escisión entre la forma sinistral del chupadero y las tentativas colectivas de reparación por la memoria y la solidaridad, entre la denuncia y el castigo de los crímenes y la necesaria autoconciencia de una sociedad reacia a contempársela en el espejo deformado del pasado dictatorial. Esa escisión, que es la nuestra, ha sido proyectada y desplazada sobre el cuerpo, los sentimientos, la identidad y la historia de esa niña. Y si la faciosidad emergente resulta un reflejo defensivo frente a lo intolerable de esa fractura abierta en nosotros, todo parece indicar que sus efectos seguirán acompañando, por un largo tiempo, el azaroso camino de la reconstrucción democrática.

Notas

- 1 H. Verbitsky, "Cambio de domicilio", *Página 12*, 31.8.88, p. 2.
- 2 L. Roitzchner, "Los tiempos", *Página 12*, 4.9.88, p. 10.
- 3 F. Ulloa, "¿Es Juliana un trofeo? No, Juliana es Sandoval", *Fin de siglo*, núm. 16, octubre de 1988, p. 57.

DICIEMBRE EN LA CULTURA

Algunas actividades coordinadas por organismos dependientes de la Secretaría de Cultura de la Nación

MUESTRAS:

- Salas Nacionales de Exposición, Posadas 1725, Capital.
 - Miramar histórico y actual, fotografías. Del 11 al 20.
 - Alumnos de Víctor Chab, pinturas. Desde el 15.
 - Patricia López Escalante, pinturas. Desde el 15.
 - José Carlos Calisyay, pinturas. Desde el 15.
- Universidad Nacional de San Juan: Departamento de Artes Plásticas de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes. Actividad creativa. Desde el 15.
- Colación de grados Promoción 1988 de la Escuela de Bellas Artes P. Pueyrredón. Del 22 al 30

- Museo Histórico del Virrey Liniers, Av. Tajamar y Solares, Alta Gracia, Córdoba
 - Motivos Navideños, pesebres artesanales y arreglos decorativos. Muestra aportada por la comunidad de Alta Gracia. Del 13 al 24.
 - Pintura sobre porcelana, trabajos de los alumnos del primer taller realizado en Alta Gracia. Miércoles 28.

- Museo Casa de Yrurtia, O'Higgins 2390, Capital
 - Arte infantil. Del 17 al 31.
 - Arte de la tercera edad. Del 17 al 31.

CONCIERTOS:

- Ciclo Navideño de la Orquesta Sinfónica Nacional y el Coro Polifónico Nacional:
 - Miércoles 14: Auditorio de Belgrano, Virrey Loreto 2348.
 - Viernes 16: Iglesia del Salvador, Carroll y Tucumán.
 - Miércoles 21: Parrquia Santa Teresita, Monseñor Larumbe y Necochea, Martínez.
 - Viernes 23: Anfiteatro del Parque Centenario.
- Todos los días a las 21 hs. Programa: El Mesías, de Haendel. Director: Antonio Russo. Organista: Adelmá Gómez.

ENCUENTROS:

- Dirección Nacional de Antropología y Folklore, 3 de Febrero 1378, Tel. 783-6554, Capital
 - Cuarta Reunión de responsables de organismos de comercialización de artesanías tradicionales. Los días 15 y 16.
- Museo Nacional de Arte Decorativo, Av. del Libertador 1902, Capital
 - Bahía, Brasil, Ciclo de audiovisuales. Último día: sábado 17 a las 9.30 hs. Entrada libre y gratuita.
 - Bahía, Momentos del Barroco. Exposición de Arte auspiciada por el Instituto Cultural Brasil-Argentina de Sao Paulo y autoridades de ambos países. Hasta el 23, todos los días de 15 a 21 hs.



SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION

Necesidad de una autocrítica

El desencanto político de la juventud

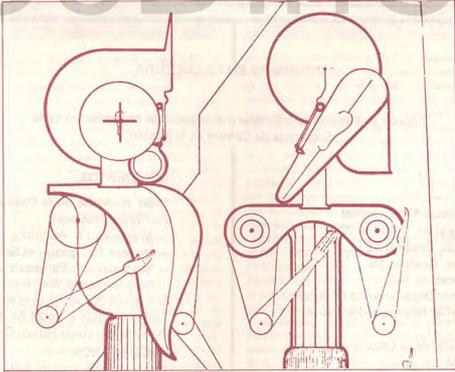
Marcos Novarro

Los cambios producidos en el sistema político argentino desde la reconquista de la democracia estuvieron acompañados en un comienzo por la movilización política de amplios sectores sociales y en primer lugar de la juventud. Pero desde 1985 al entusiasmo inicial le ha sucedido un desencanto inaceptable. Las carencias del sistema son evidentes. ¿Pero no son precisamente éstas las que deberían convocar a un debate profundo sobre las alternativas y sobre las formas de acción política nuevas.

La transición democrática y la militancia juvenil

La transición comienza en un contexto de desarme y desarticulación de la estructura de partidos. No existe una reorganización de los mismos que acompañe, ni mucho menos que impulse el retroceso del aparato militar. El proceso de reorganización institucional se da con un relativo retraso respecto de la retirada militar y de las reacciones y ofensivas populares frente a la misma. De aquí que las expresiones políticas más avanzadas de la temprana transición sean relativamente inorgánicas respecto a estos partidos: el alfonsínismo recibe su adhesión, o al menos parte significativa de ella, entre militantes y sectores no militantes. Su proceso de acumulación desde un comienzo supera la reestructuración institucional interna de la UCR, dándole a esta un contenido de masas sin precedentes. Como identidad política y en cuanto a caudal militante, el alfonsínismo conservará cierta autonomía del partido aún después de ganar su conducción. El caso del PI es más inorgánico aún. Se reúne una fuerza social y militante importante, alrededor de un vacío institucional, constituyéndose una identidad nueva sobre una base y tradiciones muy débiles. Hay que tener en cuenta que ésta, entre las más orgánicas y sólidas de ellas, son las más orgánicas y sólidas en comparación por ejemplo con corporaciones y aun con organizaciones intermedias, para canalizar demandas.

La situación específica, que podemos caracterizar de vacío institucional, es claramente observable durante los años



1982 y 1983, y tendrá consecuencias importantes para la militancia y en general para el desarrollo de la transición. La convocatoria preponderante de líderes con prestigio (Alfonsín, Alende), la ubicación en lugares de conducción de militantes inexpertos, etc., son reflejo de esta ausencia de instituciones sólidas y legítimas.

A nivel social y político el descalabro del poder militar post-Malvinas deja un espacio en el que avanzan, ensanchándolo, un universo muy variado de movimientos sociales de diversa raíz económica, social y política, sin conducción estratégica ni organización sólida, pero dinámicos y disruptivos. Sus carencias, sumadas a las de

los partidos, determinarán que la lucha política se desarrolle casi exclusivamente en un plano táctico, de movimientos, con grandes contradicciones políticas e ideológicas que irán entrando en crisis y debilitando el dinamismo inicial. Tanto el auge de la militancia juvenil como su decadencia se relacionan con estas expresiones sociales de las que se alimentó. Uno de los aspectos no resueltos ni cabalmente comprendidos, es justamente el carácter de la relación entre lo social y lo político en la articulación entre movimientos sociales-militancia juvenil-organizaciones políticas.

Es en estas condiciones en las que amplios sectores de la juventud comien-

zan a canalizar expectativas y voluntades de cambio, a través de la participación en organizaciones de diversa naturaleza, con distintos grados de compromiso e identificación. Una de sus características más marcadas será su movilidad y flexibilidad: son en general las formas de participación inorgánicas o semiorgánicas que logran mayor movilidad. Se trata de voluntades muy heterogéneas, que expandirán nuevos espacios y formas de acción, temáticas reivindicativas nuevas, desbordando las formas clásicas de organización de los partidos tradicionales y su capacidad de contención.

La política como profesión

Se puede hablar de una generación de jóvenes militantes, que hacen sus primeras armas en 1982 y 1983, surgiendo de gestiones no partidarias al terreno más típicamente político, al que se ligán a través de liderazgos personalistas, organizaciones débiles, conducciones inexpertas y flexibles o difusos compromisos ideológicos.

La afirmación sobre un "origen social" de esta militancia no implica que todos, ni siquiera que la mayoría de los militantes, hayan pasado por, o formaran parte de, organizaciones sociales. Pero en el imaginario social, en las representaciones que los actores tenían de la militancia y en las relaciones entre el "nivel" político y lo social, existió una continuidad. Es que la transición suscita en amplios sectores sociales importantes expectativas respecto del sistema político y de la política como forma de práctica colectiva. Se podrían resumir en lo siguiente: se espera un cambio en las condiciones de vida, en las experiencias cotidianas de los individuos a partir del desarrollo de ese sistema y de la asunción de dichas prácticas. Esta vinculación tuvo escasa concreción en la práctica y a medida que esto se veía más y más evidente, la motivación para militar en política se debilitará. O más bien será reemplazada, parcialmente, por otras motivaciones, más asociadas a la "carera" de "político" y a la especialización burocrática.

Fue entre los sectores medios donde la militancia de esta etapa encontró su principal base social, por ser aquellos los que asumen un protagonismo fundamental en las reivindicaciones democráticas. Los trabajadores y los sectores más humildes participan en cambio secundariamente o bien se mantienen al margen respecto de muchas de ellas. Si bien existe una reactivación sindical y reivindicativa importante, ella no está articulada políticamente con la temática y el desarrollo de la transición. Al menos en parte, esto se puede atribuir a la profundidad de la crisis política e ideológica del peronismo. A su vez, en la cultura peronista, el valor democrático, en su forma institucional al menos, estuvo siempre subordinado al papel social del Estado Benefactor. El derrumbe de éste, suma-

da a la crisis ideológica fruto de la derrota de los '70, le impidieron, al menos por varios años, volver a contextualizar en un discurso convincente estos elementos.

La decadencia de esta militancia comienza a esbozarse ya en 1985 y su suerte está ligada a la de la transición. En la medida en que se hagan evidentes algunos límites y coherencias de ésta y se sinceren, luego de la apresurada retirada militar, las reales relaciones de fuerza reinantes en la sociedad y se hagan sentir los errores y limitaciones de las conducciones políticas, el auge inicial de expectativas populares depositadas en la lucha política, y la consecuente ampliación y dinamismo del espacio y el sistema político, comenzarán a debilitarse e incluso retroceder a situaciones previas. Las organizaciones y corrientes que habían convocado mayores contingentes de militantes, son las que más directamente reciben el golpe. La crisis del alfonsínismo y la del PI, si bien tienen entre sí muchas diferencias, en este aspecto son similares y simultáneas.

Por otro lado, se van consolidando al mismo tiempo estructuras partidarias tradicionales, iniciándose en 1985 una fase de estabilización del sistema político; se renuevan las cámaras de diputados, surge el peronismo renovador, y el sistema de partidos en general se fortalece como mecanismo de poder y mediador entre demandas y estado. Todo esto acompañado por un serio reflujo de masas. La militancia juvenil es abandonada a su suerte por parte de las conducciones, que ven en ella escasa utilidad en las formas de acumulación dominantes y "a la moda". A medida que ésta se dispersa o es absorbida en dicha estructura, se van fortaleciendo burocracias más o menos profesionalizadas y especializadas, tanto en los partidos como en muchos organismos de masas. Se consolida entonces un modelo de militante "político" profesional, no vocacional en el sentido que podía serlo el militante de los primeros años, que opera instrumentalizando las expresiones sociales en la acumulación partidaria (o personal), mecanismo que no es nuevo pero se vuelve marcadamente dominante en el distanciamiento de lo social y lo político. Tal vez el rasgo ideológico más típico de esta nueva militancia es un pragmatismo deformado, que implica dependencia de fines determinados sin su participación.

A esta dependencia ideológica suma la dependencia material, a través de relaciones de salario o prebendismo. Las conducciones debían cumplir un papel pedagógico, de difusión y legitimación de formas de actuar, de modelos de pensamiento, de discursos, para el cual no estaban preparadas.

Razones de la decadencia

¿A qué se debe la pérdida de dinamismo de la militancia juvenil? ¿Se trata de un proceso de reemplazo por "políticos de profesión", necesario e inevitable en toda democracia de partidos con cierta estabilidad, que por lo tanto, no debe preocuparnos ni alarmarnos? ¿O es síntoma de la debilidad de una sociedad civil sistemáticamente agredida e históricamente débil? ¿Se puede atribuir a la debilidad de su formación, a su origen de clase o a los errores de las conducciones (y el escepticismo resultante)? Intentaremos a continuación esbozar algunas ideas al respecto.

1 Existe una relación muy estrecha entre la debilidad y la confusión ideológica de la militancia y la reducción de la política a un movimiento de guerra frontal. Durante el enfrentamiento con la dictadura, la lucha política se reducía en general a una serie de movimientos, carenes de hilación estratégica y cuyos sentidos muchas veces no eran comprendidos y menos debatos

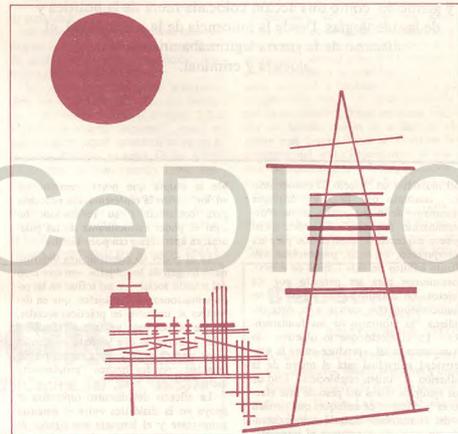
por los militantes. Muchas de estas limitaciones se "solucionaban" en la dinámica propia de los acontecimientos, o sea, que coyunturalmente pasan inadvertidos pero no se superan. En la medida en que los terrenos de enfrentamiento y las contradicciones se fueron complejizando con el avance de la transición, se vuelve necesaria una mayor solidez ideológica y claridad política, mayores cuotas de cohesión y formación militante que la que bastaba para repudiar a la dictadura y sus secuelas. Entonces ya no bastó el pragmatismo coyunturalista.

2 La ausencia de cuadros formados determina que lugares de conducción intermedia y aun superiores, sean ocupados por militantes casi inexpertos forzosamente. A esto se agrega que, en los casos de compañeros con experiencias de los '70, el abismo generacional existente, las actitudes de mistificación o soberbia, etc., vuelven dificultosa la síntesis y el aprendizaje colectivo de bases y conducciones. Esta cuestión tiene suma importancia ya que las con-

diciones que adopten actitudes vacilantes, pasando de una situación de movilización a otra de escepticismo e inmovilidad en corto tiempo. De aquí que existan pocas posibilidades de afirmar compromisos políticos en ellos. A su vez, luego de lograr ciertas garantías democráticas, tienden a canalizar sus demandas económicas (que pasan a ocupar un lugar preferente entre los ejes políticos hacia 1985) desde su situación individual, como consumidores. Estos modos de conducta política no son contemplados cabalmente por las organizaciones progresistas y en cambio sí lo son desde proyectos reaccionarios.

La cuestión es no pretender reducir la cuestión de la militancia a una causa de clase, que en sí, aun cuando opera, no explica la complejidad del proceso político y social.

5 La idea de centralidad de un escenario político único, donde se resolverían el conjunto de las luchas sociales y políticas, corporizado por el



deducciones debían cumplir un papel pedagógico, de difusión y legitimación de formas de actuar, de modelos de pensamiento, de discursos, para el cual no estaban preparadas.

3 En la medida en que lo social y lo político se distancian, y que muchas prácticas sociales pierdan dinamismo, buena parte de los militantes abandonan toda forma de actividad —no sólo la política— retirándose a sus vidas privadas. Estos compañeros no encuentran en organizaciones o movimientos sociales un ámbito para continuar su práctica y formación. Ello se puede atribuir en parte, como dijimos, al deterioro simultáneo de expresiones sociales (centros de estudiantes, movimientos vecinales, derechos humanos) y en parte a que la concepción dominante justifica trabajar en ellos sólo en función de la construcción partidaria, sin la cual carecerían de sentido.

4 Esta militancia, al menos la mayor parte de la del PI y el alfonsínismo, no proviene de los sectores medios. No se puede dejar de tener en cuenta esta pertenencia, ya que en un momento de fuerte crisis económica, que afecta gravemente a amplios sectores medios,

zaciones, junto a la desvalorización de la construcción y la lucha ideológica, condujo a la diversidad y superficialidad de las matrices ideológicas que se adoptan o abandonan según los requerimientos del momento, sin debatirlas y mucho menos sintetizarlas.

El uso abusivo que se hace de discursos y modelos ideológicos permite, al mismo tiempo, justificar políticas opuestas con los mismos argumentos teóricos, o recurriendo a las mismas fuentes.

La combinación de superficialidad de la formación militante y heterogeneidad de modelos de pensamiento acrecenta serios problemas: lo que podría haber favorecido el debate, la pluralidad de perspectivas y por lo tanto la riqueza de análisis, terminó alimentando el pragmatismo, el acomodamiento oportunista a cada circunstancia y la debilidad de los compromisos y la formación.

Hacia un debate profundo

El hecho de que entre 1982 y 1985 se hayan producido importantes transformaciones en el sistema político argentino, en las identidades y culturas políticas, en la organización de partidos, etc., implicó o más bien estuvo acompañado por la activación y movilización política de amplios sectores sociales, que no se producen tal vez con la misma fuerza en un momento de estabilidad. En esa coyuntura, actitudes militantes y genéricamente participativas fueron asumidas en muchos casos con gran rapidez y espontaneidad.

Las condiciones que vivimos hoy son frágiles: además de otras: el escepticismo se extiende en la acumulación de decepciones; salvo momentos y conflictos específicos, el reflujo de participación es generalizado. El sistema político parece cerrarse en torno a una casta profesional, pragmatista y sumamente débil en sus compromisos y responsabilidades. La militancia juvenil, la que no se dispersó todavía, se mueve en su entropía, imitando prácticas y discursos. En las condiciones de crisis crónica que vive el país, con grados crecientes de marginación económica y social para millones de argentinos, las articulaciones de este sistema con la sociedad civil serán necesariamente frágiles: debilidad institucional, mecanismos de cooptación carismática de dudosa duración en el tiempo, amplios sectores liberados a su suerte, excluidos del juego distributivo, son rasgos que se vuelven cada vez más evidentes.

Estas carencias pueden también transformarse en espacios de construcción de una militancia alternativa, profundamente democrática y revolucionaria en sus concepciones y prácticas, capaz de desarrollar formas de acción política nuevas, capaz de construir colectivamente nuevas relaciones sociales hacia una sociedad más justa y libre. Construir esa militancia resulta una tarea muy dura, más ardua y compleja de lo que muchos habían (habíamos) pensado que era, en 1982-1983. Y lo será mucho más en la medida en que no reflexionemos sobre las razones de la crisis, y no se abandone la superficialidad y el oportunismo.

Al igual que en la generación del '70, en la década del '80 existe un externo conjunto de experiencias que deberán ser debatidas y saldadas para que no se sumen a la galería de malentendidos y fantasmáticas de la cultura política argentina.

Marcos Novarro. Estudiante de Sociología. Ex Presidente del Centro de Estudiantes de Sociología de la UBA.

La guerra de Malvinas

La palabra como utopía

Javier Franzé

A caso con tanta indiferencia como habitualidad, nuestra sensibilidad auditiva tropieza con ese dicho que nos recuerda algo así como que "a las palabras se las lleva el viento". Una histórica subestimación del verbo que, por cierto, no deambula solitaria en el universo de la filosofía breve, pues casi de inmediato convoca otro latiguillo que la rubrica: *res non verba*—hechos, no palabras— que a diferencia de su predecesora cuenta con todo ese aire de sabiduría latinamente añeja y concluyente. Sin duda, habrá otras sentencias (por ejemplo, la más criolla "mejor que decir es hacer") y muchas más que la memoria no nos permite fijar ahora en el papel, pero ninguna que vacile en su condena a la letra frente a la impronta de los hechos, esos sitios tangibles de la historia.

Y no deja de ser paradójico esto de servirse de las palabras para deshilachar el status de la palabra, reduciéndola a la impopularidad de lo improbable. Si hasta imperceptiblemente parece tenderse una red donde el cazador será su propia víctima: la frase en sí se desmiente así su prueba en contrario, niega con su existencia aquello que afirma. ¿Acaso el dicho mismo ("a las palabras se las lleva el viento") no ha servido para difundir y fijar la idea que expresa? Entonces, las palabras resisten a los vientos. Resbalan de la circularidad.

Nadie dudará de la materialidad de una silla, de su pertenencia a lo concreto, pero ¿y de la de las palabras, los discursos, el lenguaje? ¿Y si los significados conformaran una argamasa tan sólida como la de los hechos concretos? ¿qué quedaría de la dicotomía palabras-hechos?

Sujetos, lenguaje y acción política

En esta dirección reflexiona Pierre Bourdieu en su trabajo *Describir y prescribir: condiciones de posibilidad y límites de la acción política*,¹ donde indaga las relaciones entre el lenguaje, las representaciones y el accionar político propiamente dicho.

La posibilidad de acción política se funda en el hecho de que los sujetos que conforman el mundo social poseen un conocimiento (de diverso grado y nivel) de ese mundo, y saben a la vez que actuar (políticamente) sobre el todo social implica trabajar sobre ese conocimiento que del mundo social se posee. En otras palabras, la representación que el sujeto tiene de la sociedad actúa como mediación entre ese sujeto y la sociedad que lo contiene. Sobre esa imagen o concepción que el sujeto coloca entre él y la sociedad, trabaja la política, que tendrá como objetivo producir, reproducir o destruir esa representación.

Sin embargo, el sujeto, sus representaciones y el mundo social, no pueden ser concebidos como instancias segmentadas, como tres momentos diferenciados. Por el contrario, el mundo económico-social produce sobre la representación

"Argentinos a vencer" era el slogan que evidenciaba por sí mismo la necesidad de unidad que la guerra de Malvinas reclamaba de un pueblo hasta entonces desmovilizado e inerte. Así, la guerra fue presentada, por un poder despótico y genocida, como una acción colocada fuera de la política y de las ideologías. Desde la inocencia de la neutralidad, el discurso de la guerra legitimaba una aventura alocada y criminal.

del individuo un "efecto de conocimiento", concepto que Bourdieu distingue claramente de lo que podría ser una "determinación mecánica". El orden social genera esquemas de clasificación para ser interpretado, es decir, proporciona mediante hábitos de vida formas de pensar,

mecanismos para ser pensado por los sujetos. En definitiva, una forma de conocimiento que sustraer a la vista cotidiana "el arbitrio de sus fundamentos". En el efecto que lo objetivo—lo económico-social— produce sobre la subjetividad individual está el origen de la adhesión al "orden establecido". Uno de los ejemplos claros del peso de este efecto es la difusión de enfoques que tienden a dar fundamento natural a lo existente, sin más, sin cuestionar ni interrogar sobre el porqué de tal organización.

En este punto de su recorrido reflexivo, Bourdieu precisa el papel de la política como actividad en el seno de esta triada sujeto-representación-mundo social. Y afirma: "la política comienza con la denuncia de ese contrato tácito de adhesión al orden establecido". La política se funda en esa posibilidad de producir un desfase entre las formas de pensamiento incorporadas al sujeto y la estructura objetiva socio-económica. La transformación política arranca con una transformación cognitiva, con la posibilidad de que ésta exista. La conversión de la visión que del mundo social tienen los sujetos es el requisito que la política debe generar en tanto actividad para, a la vez, poder realizarse ella misma.

El discurso crítico instaura una ruptura, que se manifiesta en primera instancia como una "puesta en suspenso de la adhesión primera al orden establecido", y contraponer a los textos hegemónicos una "pre-visión" política alternativa. Esta pre-visión funciona como "pre-dicción", en tanto contribuye prácticamente a la realidad de lo que anuncia por el hecho mismo de enunciarlo. El discurso "herético" torna pre-visible, imaginable y concebi-

ble la utopía que porta, creando así en los sujetos la representación necesaria para contribuir a su realización; he aquí el poder estructurante de las palabras, en apariciones tan poco táctiles.

Es el poder de construir una determinada imagen de los objetos—en este caso del mundo social—, y así influir en las representaciones de los sujetos, que en definitiva se traducen en prácticas sociales, lo que proporciones un status "tangibile" a las palabras, lo que las hace resistentes a los vientos y las coloca en un pie de igualdad con los hechos "propriamente dichos".

La eficacia del discurso rupturista se apoya en la dialéctica entre el lenguaje autorizante y el lenguaje autorizado: es decir, en tanto autoriza lo que designa al mismo tiempo que lo expresa. Nombrando lo innombrable previamente, lleva a la competencia política una visión del mundo social que hasta entonces permanecía como experiencia tácita. Por cierto que el discurso crítico no obtiene sólo beneficios al salir a luz, pues la contrapartida de este emerger será la oposición abierta del discurso hegemónico, el que ve lo social como natural y lucha por la reproducción de ese mundo tal cual es.

Veamos cuáles son los mecanismos de la estrategia defensiva del discurso dominante, según Bourdieu. Básicamente, ésta consta de tres patas: la naturalización de lo social; la autodesplazamiento de su discurso mediante esa naturalización que presenta lo social como transparente y autoevidente; y así prescindiendo de lo político; y finalmente, la negación de las divisiones sociales por la afirmación de una unidad más amplia (nacional, familiar, etc.). De esta manera, el discurso hegemónico se llena de simplicidad, transparencia, buen sentido y evidencia, para presentar el mundo social como necesario, siempre desde una posición imparcial e inocente. Esta "estrategia de la neutralidad" se realiza plenamente en la retórica de la cientificidad, ya que ésta aporta todo el grado de objetividad

que el discurso hegemónico necesita para situarse en la neutralidad imparcial y desde allí justificar científicamente lo necesario del mundo social que defiende.

Hemos recorrido estas líneas con Bourdieu como un paso previo que nos introducirá en un segundo momento, donde buscaremos ejemplificar esta forma que tiene el discurso crítico de transitar y habitar los terrenos de un mundo social marcado por la bendición que reciben las interpretaciones hegemónicas.

La situación elegida a la manera de ejemplo se fecha en abril-junio del '82, en la guerra de Malvinas, donde trataremos de ver cómo se insertó el discurso herético, el que narra la guerra como muesa gratuita, en el interior de una sociedad teñida de adhesiones y tallada por relatos pro-bélicos.

Como pauta del discurso rupturista tomaremos un trabajo que casi con seguridad fue el único que explicitó en ese momento, durante el proceso Malvinas y dentro del país, una posición en contrario. Hablamos de la declaración titulada "La verdad o la mística nacional",² que en aquel abril circuló sin firma (caso un anónimo que simbolizaba la oposición), pero del cual más tarde supimos que Carlos Alberto Brocato había sido su autor.

Cuando se abren espacios de tiempo signados por situaciones como la guerra de Malvinas, los hechos parecen adueñarse de una contundencia inflexible: lo recubren todo con su espesura y aparecen, ensombreciendo el perfil de las palabras. Sobreviene el vértigo bélico y nos aseguran que el decir se diluye en el hacer. Los acontecimientos "escriben la historia", se repite sin tregua. Y, sin embargo, casi como nunca las palabras se desdoblaron en múltiples direcciones, tejiendo esos arzones donde los sucesos encuentran "su" sentido, donde se reclinan o se derrumban.

Los discursos no son un segundo momento de los hechos, su complemento, algo que cobra sentido sólo en la medida en que sirve—parásitariamente— a una primera instancia: la fortaleza de la interacción entre lo textual y lo fáctico borra *per se* la diferenciación, la subsidiariedad de la propia instancia respecto de la obra (en apariencia "esencial"). Porque a tal punto un núcleo apartado de significados se constituye como un hecho en sí, podemos interrogar: ¿caso hubiera sido posible el despliegue de hechos tan "fuertes" como los de la guerra sin la circulación del slogan "Argentinos, a vencer"?

La puesta en escena

Escribe Pierre Bourdieu que las situaciones de crisis o "textos rupturistas" (en nuestro ejemplo, la guerra) permiten ver en toda su dimensión el poder estructurante del lenguaje, su capacidad para otorgar o sustraer sentidos a las cosas.

La crisis requiere del discurso hege-

mónico todo su potencial argumentativo, a fin de responder adecuadamente a esa circunstancia extra-ordinaria. Pero también es el momento del discurso herético, en tanto puede apropiarse de la situación crítica para desnudar la lógica hegemónica, descubriéndola en sus supuestos, desentramarla y designarla, en definitiva, como visión ideológica sectorial. Para guiando así una nueva puesta en suspenso de la adhesión tácita que el sentido común profesa al orden establecido. La crisis, para el discurso hegemónico, es el momento de reoblar fuerzas con el objetivo de producir sentidos que justifiquen ese carácter inédito o extraordinario. Para el discurso rupturista, es, en cambio, la posibilidad de iniciar la transformación política a partir de la transformación cognitiva, actuando sobre las representaciones que los sujetos poseen, o más bien, que el mundo social les proporcione acerca de esa circunstancia crítica.

La crisis, en última instancia, produce tanto la posibilidad de generar un refuerzo al orden establecido como su negación, en la medida en que la confluencia de crisis objetiva y discurso herético desde una doble perspectiva (afirmación o negación) no implica una igualdad de posibilidades, porque la disparidad en las ubicaciones estructurales de ambos discursos (dominante y crítico) condiciona las respectivas eficacias argumentales. La eficiencia de los textos, su éxito o fracaso, está determinada en buena parte por lo social.

Para el ejemplo que tomamos, el éxito del discurso pro-bélico se apoyó, entre otros motivos, en el beneficio que su ubicación dentro de la estructura social le otorgaba. Esto es, en el peso de lo institucional: la visión de la guerra como hecho institucional-estructural. La bélica se constituyó un acto de autoridad, lo que la dotaba de esa particular legitimidad

que por sí mismo adquiere lo institucional ante los ojos de los sujetos sociales. Esta legitimidad previa, pre-atribuida, que cuenta una institución al realizar "su" tarea—la fuerza militar y la guerra, en este caso—se desplazó también, por consecuencia, a quien enunciaba ese hacer. Galtieri, entonces, fue el receptor de una autoridad dada por su función. Si la guerra era legítima, también lo era su portador. Así, Galtieri fue depositario, de pronto, de un mandato, una representatividad, una delegación. Porque cuando la ciudadanía legitimaba la convención de lo institucional, no hacía más que manifestar la creencia, la aceptación previa y serilítica de esa convención. Esta creencia posibilitó la legitimación del hecho—la guerra en sí—y del personaje—Galtieri—como portador del consenso. No extraño, entonces, que Galtieri gozara de los beneficios reservados únicamente a los líderes populares, a los grandes representantes sociales: la Plaza de Mayo se colmó de 200 mil personas, en una tenerosa legitimación de su autoridad. De ahí en más, este anunciador bélico vio aumentada la efectividad de su discurso, transformado por mandato en discurso de autoridad.

Si estas eran las condiciones que rodeaban la posición estructural desde donde partió el discurso hegemónico, veamos cuáles eran las del crítico.

Ya en la primera parte aclaramos que, como ejemplo del discurso herético, tomaríamos el trabajo titulado "La verdad o la mística nacional", quizá el único que en aquel momento se opuso a la guerra. Por esto, su autor, Carlos Alberto Brocato, lo hizo circular como anónimo.

De por sí, los cotidianos riesgos que implicaba adoptar cualquier posición en contrario al régimen militar, convertían la lectura por la interpretación de la guerra en una competencia por lo menos desal-

Y ese anonimato que signó el tránsito de la ciudadanía, influido por el espacio social, fue tal vez el mejor símbolo, una suerte de además impotente, de esa desventaja. Tanto como el renglón con que el autor terminaba el trabajo: "anulice esta declaración, crítica/lea, hágala circular, reproduzca por cualquier medio. En algún lugar de este país mañana tal vez nos encontraremos".

La oposición a lo tan macizos hechos bélicos parecía condenada a tomar la forma de "frágiles" palabras.

La argumentación herética

El texto crítico iniciaba su ruptura con el no a la guerra, y a partir de este dato se proponía desmontar la representación que la ciudadanía, influida por el discurso dominante, tenía de la situación. Esta mirada crítica interpretaba esa representación pro-bélica como una mistificación de lo nacional que se apoyaba en tres falacias, construidas y difundidas a gusto por el discurso dominante: la identificación del concepto de soberanía con el de integridad territorial y no con el de soberanía popular; presentar la usurpación colonial sobre Malvinas como una usurpación a la totalidad de la soberanía nacional; y finalmente, justificar la recuperación como un acto inevitable por imprescindible. Estas imágenes basadas en falacias tenían su anclaje en el punto más fuerte donde se mostraba la presencia del texto hegemónico: la concepción sustancialista de la idea de nación, presentada como entidad ahistoriada y su-praindividual.

Esta concepción nacionalista (antidemocrática) estructuralizó todo el discurso dominante, que hacía de las demandas de "unión nacional" otra de sus claves argu-

mentales. Las diferencias si todo nivel existentes dentro de la sociedad quedaban postergadas: había que unirse para hacer la guerra contra el "enemigo", y si alguien consideraba que su enemigo principal era la dictadura, no sin prisas sería rotulado de "anti-patria". Otra vez, la afirmación de una categoría de pertenencia más amplia (la nación) servía para diluir las contradicciones de la pluralidad societaria.

"Argentinos, a vencer" era el slogan que autoevidenciaba el signo del momento, el que transparentaba esa "necesidad" que la guerra reclamaba de unión. Esta disolución de las diferencias suponía la despolitización de la renombrada "unión nacional", en tanto lo político, para la dictadura, encarnaba los riesgos de la pluralidad. La guerra era presentada como apolítica, y obviamente ideológica, porque se trataba "simplemente" de reconquistar algo también político por natural: el territorio, la soberanía nacional, elementos sobre los cuales el discurso hegemónico no admite sino la unanimidad de la adhesión. Así, en definitiva, desde la inocencia de la neutralidad, los textos dominantes exhibieron la guerra como la tarea natural que por sentido común debía llevarse adelante.

Fuentes

- ¹ Pierre Bourdieu, *Ce que parler veut dire*, París, Fayard, 1982.
- ² "La verdad o la mística nacional", Agencia Periodística CID, Buenos Aires, abril de 1982 (original andino).

CATALOGO EDITORA

Av. Independencia 1860 (1225)Capital. Tel. 38-5708/5787

Representante de Siglo XXI Editores (México y España)

TEXTOS CON IDEOLOGIA

- LA ECONOMÍA DEL SOCIALISMO FACTIBLE, por Alec Nove.
LA IDEOLOGIA DEL PODER Y EL PODER DE LA IDEOLOGIA, por Góran Therborn.
EL CAPITALISMO HISTORICO, por Immanuel Wallerstein.
¿SALTAR AL REINO DE LA LIBERTAD? Crítica de la transición al comunismo, por Mario Salazar Valiente.
MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA, por Peter Gloor, con prólogo de Felipe González.
EL FIN DE LAS DIVISAS CLAVE, por Aglietta.
COMBATIENDO POR LA PAZ, por Daniel Ortega Saavedra, con prólogo de Carlos Fuente.
DIARIO DE SUDAFRICA, por Verónica Volkow.
LA TRANSICION DIFICIL. La autodemocración de los pequeños países periféricos, por José Luis Coraggio y Carmen Diana Deere (comp.).
CRECIMIENTO Y CRISIS, por André Gauron y Bernard Billoudot.
RACIONALIDAD. Ensayos sobre la racionalidad en ética y política, ciencia y tecnología, por León Olivé (comp.).
HEGEMONIA Y ESTRATEGIA SOCIALISTA, por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

PROXIMAMENTE:

- DICCIONARIO DE POLITICA III, por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci.
TODO LO SOLIDO SE DESVANECEN EN EL AIRE. La experiencia de la modernidad, por Marshall Merlan.

clasco Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales Secretaría Ejecutiva, Casco 8750, piso 3º, 1023 Buenos Aires, Argentina - Telefonos: 44-8459 41-6588 - Casco CLACSO - Teléfax: 1827 CLACSO

COLECCION BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

- Schuster, Félix G., Explicación y predicción
Varios autores, Medio ambiente y urbanización
Munizaga, Giselle, El discurso público de Pinochet
Buxedam, Martín, La industria frigorífica en el Río de la Plata del Campo, Hago, Sindicalismo y peronismo
Varios autores, Medio ambiente y turismo
Varios autores, Sectores populares y vida urbana
Alayón, Norberto, Manual bibliográfico de trabajo social. América Latina y España
Caviglia de Villar, María J., Inmigración ultramarina en Bahía Blanca
Astori, Danilo, Controversias sobre el agro latinoamericano
Velasco, Ramiro, La democracia subversiva
Colombes, Adolfo (comp.), Cine, antropología y colonialismo
Morse, Richard y Hardoy, Jorge Enrique (comps.), Cultura urbana latinoamericana
Ansaldo, Waldo (comp.), La ética de la democracia
Varios autores, Los límites de la democracia, 2 volúmenes
Calderón, Fernando (comp.), Los movimientos sociales ante la crisis
Gautier Mayorca, Carmen, Rivera Ortiz, Angel y Alegría Ortega, Ilda E. (comps.), Puerto Rico en el Caribe hoy
Calderón, Fernando y dos Santos, Mario (comps.), Los conflictos por la constitución de un nuevo orden
Calderón, Fernando y dos Santos, Mario (comps.), Latinoamérica: lo político y lo social en la crisis

DAVID Y GOLIATH, Revista semestral de CLACSO

- David y Goliath número 48, "Reclamando utopías"
David y Goliath número 49, "Las ideas son cárceles de larga duración"
David y Goliath número 50, "La alquimia de los '80"
David y Goliath número 51, "Input: Pachamama; output: unknown"
David y Goliath número 52, "Identidad latinoamericana, premodernidad, modernidad y postmodernidad"
David y Goliath número 53, "Construir democracia desde la precariedad y el cambio"

Debate sobre socialismo

Radicalismo, peronismo, socialdemocracia

Juan Carlos Rubinstein

Continúa el debate sobre la izquierda iniciado en el número 6 y proseguido en los números subsiguientes. Hoy Rubinstein

polémiza con las posiciones defendidas por Torcuato S. Di Tella en un artículo publicado en la revista socialista madrileña *Leviatán* y reiterado, con algunos cambios, en *La Ciudad Futura*/12 ("Hacia un partido socialista de masas")

En un reciente trabajo publicado en la revista española *Leviatán*, Torcuato Di Tella perfila una estrategia para la socialdemocracia en la Argentina que se lleva a concluir que el camino de ésta, como superestructura ideológica —valga provisionalmente la conceptualización— de un movimiento político de gravitación en la Argentina surgirá desde el peronismo, en virtud de que éste, conformado cuantitativamente en su mayoría por el movimiento obrero, se encuentra mejor dotado que el radicalismo para una aventura de esa naturaleza y habida cuenta que en el campo de la izquierda tradicional y sobre todo en aquella que ha guardado una relación con los partidos socialistas europeos, su mínima significación política torna imposible una relevancia pasiva de tenerla en cuenta en un futuro a mediano plazo.

No es nueva en Di Tella esa conclusión. Hace más de veinte años que la viene sosteniendo¹ a pesar de que la realidad fáctica hasta ahora ha demostrado lo contrario. Es posible que esa posición haya reverdecido en función del proceso de renovación que se dio en el peronismo en sus últimos años. Sin embargo, como veremos, aún el sector renovador si bien adoptó en su discurso connotaciones que podrían estimarse como socialdemócratas—incluso en la reciente contienda interna que concluyó con la nominación de Carlos Menem como candidato a la Presidencia, el ataque de este sector a su oponente renovador fue precisamente el que estos últimos aparecen como socialdemócratas—, la ideología que los articula dista bastante de la teoría que perfirió el pensamiento europeo en su ya larga evolución de más de un siglo.

El planteo que formula Di Tella mucho se parece al que articularon algunos partidos socialistas europeos, quienes a través del Congreso Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), intentaron penetrar indirectamente al peronismo mediante la incorporación de sus sindicatos en aquél. Tal táctica, iniciada a mediados de los años sesenta, encuentra fundamento en un criterio mecanicista que asimila, sin mayor investigación en profundidad, clase trabajadora a socialismo. Y este es el criterio básico sostenido por Di Tella.

El razonamiento conclusivo de Di Tella —descartamiento de las indudables contradicciones fácticas que éste mismo reconoce, existen— más parece el desarrollo de un sofisma que la articulación de un sílogismo.

En efecto, como premisa mayor pone el acento en la adhesión de la gran mayoría de la clase trabajadora a las posturas socialistas europeas. La respuesta, por un lado, a la configuración específica de la estructura socioeconómica y, por otro, a las condiciones de producción del proceso histórico, tanto en su aspecto temporal como en el desarrollo del discurso común y la ideología justificadora.

Desde esta puntuación, Europa, América Latina o la Argentina concuerdan la

existencia de formaciones políticas que han participado o participan de connotaciones de tipo populista o clientelista y esa existencia en el pasado o su persistencia en el presente es fruto del proceso de desarrollo del modelo capitalista, de su inserción tardía o retardada o de su presencia marginal en el contexto de la sociedad que se analiza.

El fenómeno de aparente diferenciación entre el proceso político europeo y el que se da en la periferia latinoamericana responde, entonces, a las modalidades de tiempo y espacio en que se insertaron los países europeos y los latinoamericanos en lo que se ha dado en llamar la formación económica capitalista como resultado de la coexistencia de diferentes modos de producción subordinados a la hegemonía prevalente del modo de producción capitalista.

Sin embargo, y más allá de las similitudes señaladas, se da en el caso argentino una situación diferenciada que los resulta necesario destacar para comprender la peculiar evolución de su proceso político.

En primer lugar, circunstancia histórica que reconoce Di Tella, el conubio entre sectores sociales e intereses contradictorios e incongruentes que se conformaron como "extrañas alianzas" bajo patrones de conducción política paternalista —articulaciones que en diferentes períodos se perfilaron a lo largo y ancho de nuestro subcontinente— en la Argentina se fundamentaron en patrones de conducta autoritarios.

Resulta indispensable hacer hincapié en este punto, porque el mismo, aunque en apariencia no sea esencial para la conclusión, juega, no obstante, de modo que su existencia incide en el resultado de la inferencia que sostenemos. Podríamos decir, adelantándonos un tanto a la misma, que la connotación autoritaria constituye un *factor crítico* —en el sentido con que se utiliza el concepto de masa crítica— que distorsiona o desvia la deducción.

No es que los movimientos populistas o clientelistas europeos de los primeros tiempos de la formación populista no hayan sido, en alguna medida, autoritarios. Muy por el contrario, el bonapartismo, que fuera analizado en su tiempo por Marx, el boulangierismo a comienzos de la III República Francesa o el bismarckismo en Alemania conllevaban en su entraña connotaciones autoritarias indudables.

En América Latina también se dieron esas situaciones, contemporáneamente con la emergencia del fascismo en Europa. Pero, la diferencia tanto en los casos europeos como latinoamericanos con el argentino, radica en el hecho de que aquí no solamente la connotación autoritaria existió como trasfondo en ese tipo de movimientos políticos, sino que ha constituido una parte importante de lo que podríamos denominar *cultura autoritaria* como expresión de formas de conducta atribuibles tanto a la masa o clientela de los movimientos populistas o de los viejos partidos de cuadros, cuanto a su dirigencia.

En Europa y en América Latina el "paternalismo" de los viejos partidos que apelaba a adhesiones emocionales e irracionales, por tanto proclives a cierta dosis de autoritarismo, no se daba a nivel de concepción por sus dirigencias. Es decir, si bien en la masa adherente podían existir formas de conducta reveladoras de una connotación autoritaria, ésta no jugaba en la élite dirigente. Por el contrario, la misma se sentía parte de un proyecto que fincaba su legitimidad en la aplicación al pueblo como soberano, reconociendo en las reglas de juego demoliberales la articulación que estructuraba esa legitimación.

En Argentina, en cambio, la divisoria entre autoritarios y liberales se produjo desde el comienzo de nuestro proceso independiente. El carácter del rosismo no fue —como afirma Di Tella— la unión de los "restos del federalismo populista liberal de Dorrego con los más concubios estancieros y católicos ultramontanos" (p. 63), dado que en la otra facción política —los llamados unitarios— también se produjo un interés contradictorio e incongruente que se conformaron como "extrañas alianzas" bajo patrones de conducción política paternalista —articulaciones que en diferentes períodos se perfilaron a lo largo y ancho de nuestro subcontinente— en la Argentina se fundamentaron en patrones de conducta autoritarios.

Resulta indispensable hacer hincapié en este punto, porque el mismo, aunque en apariencia no sea esencial para la conclusión, juega, no obstante, de modo que su existencia incide en el resultado de la inferencia que sostenemos. Podríamos decir, adelantándonos un tanto a la misma, que la connotación autoritaria constituye un *factor crítico* —en el sentido con que se utiliza el concepto de masa crítica— que distorsiona o desvia la deducción.

No es que los movimientos populistas o clientelistas europeos de los primeros tiempos de la formación populista no hayan sido, en alguna medida, autoritarios. Muy por el contrario, el bonapartismo, que fuera analizado en su tiempo por Marx, el boulangierismo a comienzos de la III República Francesa o el bismarckismo en Alemania conllevaban en su entraña connotaciones autoritarias indudables.

principalmente en el Litoral de nuestro país, se refugió en las provincias llanadas del Interior.

El fenómeno migratorio que puebla la Argentina y se asienta principalmente en la región oriental de la "pampa húmeda", coincidió con una brusca expansión del modelo democrático liberal, el cual se traduce primariamente en el proceso de formación de nuevos partidos mas o menos orgánicos, como el radicalismo, o expresiones de intereses clasistas en un país donde la formación económica participaba, todavía en gran medida, de una articulación precapitalista esencialmente mercantil en las ciudades agropecuarias sobre bases "parafeudales" en la explotación ganadera y de arrendamiento precario en cuanto al cultivo de cereales y donde una industria con poco valor agregado al proceso productivo final se nutría con contingentes extranjeros poco o nada insertos en la problemática nacional.

La expansión económica argentina, atendida por una relación de términos de intercambio favorables sobrevenida en la primera década de este siglo, permitió el establecimiento de formas democráticas sostenidas por el radicalismo.

En tanto, los viejos núcleos autoritarios se abroquelaron en las estructuras políticas tradicionales del Interior esperando el tiempo de su revancha.

El partido radical que coincidió con la Argentina liberal en gran medida legítima cuando fue gobierno el país (1916-1930) su derecho a hacerlo. Habiendo adquirido —especialmente en 1928 con la elección de Hipólito Yrigoyen como presidente por un segundo período— características de partido hegemónico, su oponente principal, compuesto de distintas fuerzas conservadoras provinciales, jamás reconoció como materialmente auténticos los resultados comiciales ocurridos a partir de 1916.

Si, como dice Lipset, "la legitimidad implica la capacidad del sistema para engendrar y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad", en la Argentina —durante el período que estamos refiriendo— lo que se estaba produciendo políticamente era el juego formal de las instituciones (elecciones, sufragio efectivo, representatividad de los partidos, etc.), pero no un proceso de legitimación del sistema.

En efecto, la legitimidad presupone necesariamente que este "creencia" a la que alude Lipset se articule y sostenga en una suerte de pacto o contrato tácito entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. Pacto tácito que se formaliza independientemente del hecho de que la convicción que alimenta la creencia resulte de una realidad voluntaria y conscientemente consentida o descance en una conducta inducida mediante el ejercicio de una ideología justificadora y a través de un discurso específico y conducente a ese fin.

Si, como hemos señalado, la minoría conservadora cuestionó el derecho del radicalismo a dirigir, desde el gobierno, los destinos del país, uno de los términos del pacto legítimamente se borra y el funcionamiento del sistema, no obstante su aparente aceptación en lo formal, quedaba cojo.

El golpe de estado de 1930, con la aparición de las fuerzas armadas como factor político decisivo y el fraude electoral complicó el panorama. Quiénes gobernaban no se encontraban ni formal ni materialmente legitimados; quienes aparecían gobernados —la mayoría política del país— se sentían marginados del sistema.

Por otra parte, gobierno y oposición, en lo que concierne a sus dirigencias

no se reconocían como oponentes capacitados para el ejercicio alternativo del poder.

Además, por debajo de estas circunstancias, el *substructure* material que configuraba al país como resultado de una relación de fuerzas sufría profundas modificaciones.

Di Tella, en descripción que coincide, nos señala, por lo que no abundaremos en las mismas.

Sin embargo, entiendo necesario puntualizar algunos aspectos de ese proceso de transformación, dado que los mismos constituyen, en cierta forma, hilos conductores de nuestra conclusión.

En primer lugar, el gobierno conservador, sostenido fundamentalmente por las oligarquías provincianas, al deslegitimar expresamente el sistema democrático como fuente de poder —deslegitimación concretada en el ejercicio del fraude electoral—, en lo esencial de su conducta —pensamiento reivindicó el acervo histórico autoritario que había quedado arriado durante el período de bonanza económica, sobrevenida en la década del 80 del siglo pasado.

En segundo lugar, la intervención militar en el gobierno, en forma directa o indirecta durante ese período, fortaleció el principio autoritario de conducción política.

Esta circunstancia se veía alimentada por el hecho de que, contemporáneamente, los países europeos y también algunos de América Latina, vgr. el Brasil y Chile, que desde 1943 y reconstruyendo el fascismo como ideología.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.



timar expresamente el sistema democrático como fuente de poder —deslegitimación concretada en el ejercicio del fraude electoral—, en lo esencial de su conducta —pensamiento reivindicó el acervo histórico autoritario que había quedado arriado durante el período de bonanza económica, sobrevenida en la década del 80 del siglo pasado.

En segundo lugar, la intervención militar en el gobierno, en forma directa o indirecta durante ese período, fortaleció el principio autoritario de conducción política.

Esta circunstancia se veía alimentada por el hecho de que, contemporáneamente, los países europeos y también algunos de América Latina, vgr. el Brasil y Chile, que desde 1943 y reconstruyendo el fascismo como ideología.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el Interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones— que se incorporaron como clase obrera, portan consigo una tradición de relaciones socioeconómicas "parafeudales", en las que el "patrón de estancia" como padre protector, ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que, en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba al triunfo de los países del Eje en esa contienda.

¿VUELVE MAFALDA?



EDICIONES DE LA FLOR

Tiras y dibujos nunca antes recopilados en libro

En venta en kioscos y librerías

Ediciones de la Flor

ejército con lo que debía ser la organización sindical.

Instituto en este aspecto. Fueron las condiciones emergentes del panorama resultante del contexto internacional — la caída del fascismo en Europa junto con la crisis económica interna a partir de 1952, el agotamiento de la fase de industrialización sustitutiva, la relación de fuerzas con la oposición y el propio poder militar, celoso de su oponente sindical, lo que camufló en parte su estrategia; pero, de una cosa podíamos estar seguros: su pensamiento no participó nunca de las ideas liberal-democráticas.

Tampoco participaron de las mismas quines, como dirigentes, se formaron a su vera o se incorporaron a las filas de su movimiento.

La forma como se exteriorizó la lucha por el poder entre 1973 y 1976 entre la facción "montonera" y el resto del movimiento peronista —incluida su rama sindical— indica claramente el contenido autoritario que tinte la conducta de sus miembros.

Ese modo de dirimir los conflictos, la sangrienta experiencia sufrida por los argentinos en el período del llamado Proceso y la imagen de un peronismo incapaz de ofrecer al país una alternativa viable y, sobre todo estable, en relación con posturas creíbles del lado radical, fue la determinante del triunfo de Alfonsín en 1983.

5 Nos encontramos a mediados de 1988. La Argentina, en estos cinco años de gobierno democrático, se ha permitido el juego de las instituciones e incluso pudo superar las crisis militares más temidas de Saranay Sáenz y Monte Caseros, y ministerios que dejaron a la vera del camino a gran número de generales.

El gobierno radical ha soportado el desgaste de estos cinco años. La derrota del 6 de setiembre de 1987, si bien comenzó un mazazo para muchos, no importó ningún tipo de fractura.

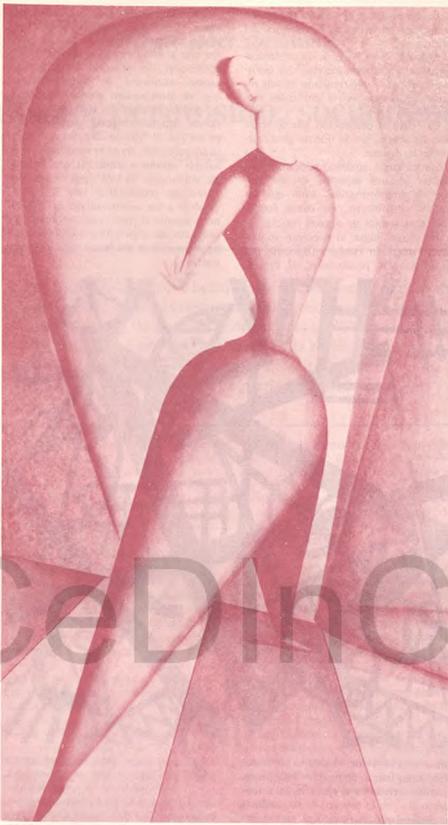
Por su parte el peronismo, que luego del fracaso electoral de 1983 y 1985 pareció iniciar un período de cambio, pasible de integrarse al sistema democrático, conservando, ciertamente, connotaciones autoritarias, incluyó en la llamada dirigencia renovadora, en 1987 pudo alzarse con la mayor parte de los gobiernos provinciales.

Pero sobre ese cuadro, el 9 de julio de 1988 ha impuesto un nuevo hecho. La derrota del elenco renovador en el peronismo retrotrae la situación, en lo esencial, a las condiciones de 1983.

En efecto, de Menem como candidato a la Presidencia por el peronismo resulta de un doble fenómeno que, en su conjunto, comporta un retorno a modos emocionales, y también porque no, irracionales de conducta, encauzables a través de una articulación autoritaria.

En efecto, en la coalición que determinó en definitiva la derrota del llamado castiferismo —polo de atracción de quienes postulan determinados cambios para integrar al peronismo dentro del sistema— aparece, por un lado, una repulsa generalizada contra el aparato político, estructural de poder que los renovadores manejan desde 1986. Se reivindica el movimiento nacional contemplándolo al partido, con lo cual se desdibujan las fronteras que marcan los límites posibles de garantía para la existencia del pluralismo y la alternancia de los partidos como reaseguro de la democracia.

Por otro, la hegemonía sindical tradicional, contrastada con la concepción movimientista omnicompreensiva y totalizadora, se constituye en el aparato articulador del menemismo.



Y aquí vale la pena, para evitar confusiones, aclarar la significación de movimiento, cuando a él se refieren los peronistas y el sentido con que fue utilizado por los radicales durante estos años, especialmente a través de los dirigentes de la llamada Junta Coordinadora (Storani, Beerra, Laferriere, Cáceres o Nospiglia).

En tanto los peronistas apalan al movimiento —tercer movimiento histórico denominaron al alfonsinismo— como un fenómeno histórico, por tal ubicado en un tiempo y espacio dado, que podía resultar, como lo fue el yrigoyenismo o el peronismo en su momento, la cobertura articulada de una coalición de fuerzas sociales y políticas confluyentes a un objetivo concreto, pero sin afectar la independencia de otras coaliciones.

En otros términos, para el peronismo, la concepción del movimiento supone un aparato totalizador, para la Coordinadora radical, el reconocimiento de la existencia del movimiento como encauzadora de una doctrina nacional que deberá servir como discurso ideológico común para todo el país —lo cierto es que esa inyectiva lanzada por el menemismo, comporta una definición de actitudes que debe conjugarse con otras dos de igual envergadura.

Estas son, el rechazo del "sistema" y la proclamación de que no desean integrarse a él, sin perjuicio de aceptar, por ahora, sus reglas de juego, y la reivindicación de una posición occidental-cristiana que, tanto en nuestra sufrida América Latina como en los países europeos de cultura originariamente de preeminencia católica, conlleva en su esencia un encuadramiento autoritario y preconciliar de raíz socializadora.

6 Desenvuello el cuadro de situación en lo que hace al contenido y significación política del radicalismo y el peronismo, bueno resulta referirnos, ahora, a la ideología socialdemócrata como discurso unificador de una parte de la sociedad global.

Di Tella, como señalamos más arriba, apunta a caracterizar a la socialdemocracia como el resultado del accionar de la clase obrera y de un sector intelectual capaz de formular un modelo de sociedad que apunte a una redistribución de la riqueza en base a patrones de justicia social, pero conservando y fortaleciendo las reglas de juego democrático.

Reconoce que ese sector intelectual —"inteligentista" se ha incorporado al alfonsinismo— por lo menos esa fue la realidad en 1983 —pero subraya la incapacidad de aquél para hacer lo mismo con el sindicalismo. Su conclusión en pro del peronismo se sustenta en que faltándole al alfonsinismo apoyo sindical, no le parece "que el esquema alfonsinista sea el modelo adecuado para una fuerza socialdemócrata en la Argentina" (p. 68).

Hemos afirmado antes que la socialdemocracia en lo que concierne a sus objetivos, el recomandamiento de sus componentes y la reelaboración de su discurso se encuentra ante una crisis de identidad que respecta a los sectores operados en la sociedad civil y asimismo en la estructura del Estado.

Más aún, quienes dentro de la militancia socialdemócrata participan del enfoque neomarxista para el análisis de la sociedad, también enfrentan una crisis de identidad, no solamente derivada de lo ocurrido en los países llamados socialistas, sino en razón de las insuficiencias que presenta la estructura argumental —por lo menos del marxismo vulgar— para comprender la sociedad postindustrial.

En ambos casos, nos encontramos ante una revisión de gran parte de los contenidos conceptuales que, durante más de un siglo, guardaron vigencia en los partidos socialistas.

Por qué ha sobrevenido esa crisis de identidad? La respuesta concreta excede el marco del presente trabajo, sin embargo conviene señalar alguno de sus aspectos principales.

El mundo postindustrial enfrenta sustanciales modificaciones en la estructura social como resultado de las ocurridas en gran parte del utillaje industrial y en las formas como se interrelaciona productivamente con el utillaje. La automatización y la robotización, por un lado, la revolución informática, por otro, la paulatina pero constante desconcentración de los establecimientos fabriles y la transnacionalización empresarial merced a las innovaciones en materia de comunicaciones determinan, al par de nuevos modos de gestión, una clase trabajadora diferente, menos especializada, más dotada intelectualmente e integrada social y técnicamente para adaptarse a la velocidad que ha impuesto el cambio tecnológico.

Esa situación, destacada por Serge Mallet en recientes años ha y visualizada por André Gorz en un nostálgico "adiós al proletariado", debe traducirse en la práctica en nuevas formas de combate.

Esas nuevas formas de combate son las que bullen por concretarse hoy día a lo largo y ancho de la socialdemocracia. No se trata solamente del ejercicio de una práctica política puntual —requisito de contingentes progresistas que militan en movimientos sociales de distinta naturaleza— sino de plantearse una ideología que como discurso articule una concepción del mundo comprensiva de esa nueva realidad.

Como expresara Vargas Machuca, lo que está tratándose de construir es un edificio cuya textura no esté compuesta, como en la era industrial, por "una cultura política de resistencia y para la resistencia que se define, generalmente, como negociación", sino por otro que opere como contestación a las nuevas formas alienantes que se desprenden del sistema de relaciones postindustriales.

En estas últimas, la pérdida de peso relativo de la vieja clase obrera industrial —el fenómeno político del comunismo francés y del laborismo inglés dan cuenta de ello— ha dado paso a una estructura labral de nueva mano, con rígido crecimiento de un sector de cuaternario —el dedicado a la implementación informática o integrado a las tecnologías de punta— y el de servicios, necesitados ambos de un discurso diferente.

En cambio, la estructura que da contenido al diagrama de fuerzas que comprende la formación social argentina, como reflejo de la involución de su formación económica, se revela a través de una pérdida en el peso político de la vieja clase obrera y el incremento de un trabajador no vinculado al sistema de relaciones emergente de una conexión de subordinación, la participación y la ética de la solidaridad.

En cambio, la estructura que da contenido al diagrama de fuerzas que comprende la formación social argentina, como reflejo de la involución de su formación económica, se revela a través de una pérdida en el peso político de la vieja clase obrera y el incremento de un trabajador no vinculado al sistema de relaciones emergente de una conexión de subordinación, la participación y la ética de la solidaridad.

Y ésta no dista de las postulaciones que la socialdemocracia europea abriga como estrategia a proponer para sus propias sociedades.

Es por ello que se presente al radicalismo —en sus formas adheridas a las realidades de juego democráticas— como la herramienta idónea para el cambio, en la medida que ese cambio busca un objetivo de futuro, una puerta de salida y una aventura heroica.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

7 No obstante lo recién planteado, persiste una duda en cuanto a la pertinencia de lo que hemos venido desarrollando, toda vez que Di Tella analizó la concepción clásica de la socialdemocracia para la sociedad industrial y quien escribe lo ha hecho sobre la base de los desafíos que se dan a nivel postindustrial en las sociedades desarrolladas del Primer Mundo.

Evidentemente, una primera aproximación a la realidad en cuestión —nuestra realidad argentina— donde la formación económica recientemente capitalista en su interior ha sufrido transformaciones de tipo involutivo, con el proceso de desindustrialización soportado en los últimos diez años y la preeminencia de lo que se ha dado en llamar "economía de renta" —compada a una diferenciación sustancial con las formaciones económicas postindustriales.

En estas últimas, la pérdida de peso relativo de la vieja clase obrera industrial —el fenómeno político del comunismo francés y del laborismo inglés dan cuenta de ello— ha dado paso a una estructura labral de nueva mano, con rígido crecimiento de un sector de cuaternario —el dedicado a la implementación informática o integrado a las tecnologías de punta— y el de servicios, necesitados ambos de un discurso diferente.

En cambio, la estructura que da contenido al diagrama de fuerzas que comprende la formación social argentina, como reflejo de la involución de su formación económica, se revela a través de una pérdida en el peso político de la vieja clase obrera y el incremento de un trabajador no vinculado al sistema de relaciones emergente de una conexión de subordinación, la participación y la ética de la solidaridad.

Y ésta no dista de las postulaciones que la socialdemocracia europea abriga como estrategia a proponer para sus propias sociedades.

Es por ello que se presente al radicalismo —en sus formas adheridas a las realidades de juego democráticas— como la herramienta idónea para el cambio, en la medida que ese cambio busca un objetivo de futuro, una puerta de salida y una aventura heroica.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia impore la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitad más justo y más bello en el siglo que vendrá.



Joan Miró

BERNARDI: TODO LO QUE ES SÓLO SE DESDOLUCE EN EL AIRE

OFFE: PARTIDOS POLITICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

ARAU: ENSAYOS FARIADOS

KATZENSTEIN: COOPERATIVISMO Y CAMBIO

SABEL: TRABAJO Y POLITICA

SALTEO: PRODUCTIVIDAD

SIDDENS: HABERMAS Y LA MODERNIDAD

HABERMAS: LA LOGICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA TEORIA DE PARTIDOS POLITICOS

ARAU: NUEVOS SISTEMAS DE PRODUCCION

JAY: ADORNO

THEOROD: LA IDEOLOGIA DEL PODER

VON DRUMME: LOS PARTIDOS POLITICOS EN LA DEMOCRACIA OCCIDENTAL

BATTIMO: EL PENSAAMIENTO DEBIL

D'ONNO: CRISIS DE ACUMULACION

LAZLO: HEGEMONIA Y ESTRATEGIA SOCIALISTA

AGROCOMBE: DICCIONARIO DE SOCIOLOGIA

BÜRGER: TEORIA DE LA UNANIMIDAD

ARAU: EL ESTADO PROTECTOR DEL CRISIS

ARAU: EVOLUCION Y CRISIS DE LA IDEOLOGIA DE TRABAJADOR

ARAU: EL FIN DE LA HISTORIA DEL TRABAJO

ARAU: NUEVOS HORIZONTES TEOROD DEL SOCIALISMO

REUSTA: LEVANTAR LETRA INTERNAZIONALE DEBATTI ZOLA AMERICA

... LA CIUDAD FUTURA ...

Libros Café Foro Cultural

gandhi

Montevideo 453 46-1994 - (019) Cap. Fed

Dos compañeros de lo absoluto

El filósofo y el hombre

Dos ediciones recientes han roto el muro de silencio que desde la tragedia de 1980 se construyó en torno de Louis Althusser, el filósofo francés que más vinculado estuvo a la última gran estación del marxismo europeo en los incandescentes años 60 y 70. Se acaban de editar en París las memorias del filósofo cristiano Jean Guittou, *Un siècle, une vie* (Robert Laffont, 1988). A sus 87 años de edad, Guittou sigue comovedidamente fiel a la amistad que mantiene con quien fue su alumno allá por los lejanos tiempos que precedieron a la segunda guerra mundial. En un capítulo de su libro, del que transcribimos un fragmento, reconstruye apelando a textos tan reveladores como su correspondencia personal con Althusser era singular línea de sombra entre el filósofo y el hombre que la tragedia impiadosamente vino a cortar.

A la vez la editorial Siglo XXI de México, responsable de la publicación en español de la mayor parte de las obras del filósofo marxista francés, ha lanzado

¿Filosofía marxista o materialismo aleatorio?

Louis Althusser

Con respecto a sus críticas y cuestionamientos, ¿tenía usted entonces [en los años setenta] alguna propuesta alternativa?

En aquel tiempo no, ahora sí. Pienso que el "verdadero" materialismo, el que mejor conviene al marxismo, es el *materialismo aleatorio*, inscrito en la línea de Epicuro y Demócrito. Preciso más: este materialismo no es una filosofía que debiera ser elaborada en sistema para merecer tal nombre. Aunque no sería imposible, no es necesario convertirla en sistema; lo que sí es decisivo en el marxismo es que represente una posición en filosofía.

¿Cuando habla de sistema, ¿lo entiende como una totalidad cerrada donde todo está pensado con anterioridad y donde nada puede ser cuestionado de nuevo sin trastornar el conjunto?

Sí. Pero insisto: lo que constituye una filosofía no es su discurso de demostración ni su discurso de legitimación. Lo que la define es su posición (*thesis*, en griego) en el campo de batalla filosófico (el *Kampfpplatz* de Kant) por o contra tal posición filosófica existente o en defensa de una posición filosófica nueva.

¿Podría hablamos de Demócrito y de los mundos de Epicuro para comprender mejor su propuesta del materialismo aleatorio?

Sí, pero antes quisiera decir lo que ha sido de motivo de mi reflexión en los últimos años, justamente sobre la filosofía marxista. Efectivamente, no pensado que resulta muy difícil hablar de una filosofía marxista, de la misma manera que sería difícil hablar de una filosofía matemática o física; si consideramos que lo esencial del descubrimiento de Marx es de carácter científico: el haber sacado a la luz el modo de funcionamiento del régimen capitalista.

Para ello, Marx se apoyó en una filosofía —la de Hegel— que nosotros podemos considerar que no fue la que mejor correspondía a su objetivo... y para seguir pensando. Pero de todos modos, no se pueden extrapolar sus descubrimientos científicos a la filosofía. Nosotros pedimos a Hegel que en realidad no profeso la filosofía que está presente en su investigación. Es lo que nosotros tratamos de hacer cuando intentamos dar una filosofía a Marx, para permitir su inteligencia, la de *El capital*, la de su pensamiento económico, político e histórico.

En este punto creo que, de alguna manera, erramos el blanco, en tanto que no le dimos a Marx la mejor filosofía que convenía a su obra. Le dimos una filosofía dominada por "el aire del tiempo", de inspiración bacheleriana y estructuralista que, aunque sí da cuenta de una serie de aspectos del pensamiento de Marx, no creo que pueda ser llamada una filosofía marxista. Objetivamente, esta filosofía permitía una inteligencia coherente del pensamiento de Marx pero hay demasiados textos suyos que la contradicen como para poder considerar la su filosofía. [...]

En paralelo a una filosofía marxista radicaba en que habiendo recibido Marx una formación de filósofo, se rehusa a escribir filosofía; no obstante hizo tambalear a toda la filosofía tradicional al escribir en la Tesis XI sobre Feuerbach la palabra "práctica". Así fue como él *practicó* la filosofía, su obra escribió, al escribir *El capital*, su obra científica, crítica y política.

Recordando lo anterior, podemos insistir en que la tarea actual no es elaborar una filosofía marxista sino una filosofía PARA el marxismo. Es en este sentido que se dirigen mis últimas reflexiones y que intento buscar en la historia de la filosofía los elementos que permitan dar cuenta de lo que Marx pensó, de la forma en que lo pensó.

Una última aclaración: cuando digo que es difícil hablar de una filosofía marxista no debe entenderse en sentido negativo. No tiene por qué haber siempre una filosofía para cada época; tampoco considero que sea lo más urgente ni esencial. Si queremos filósofos, ahí están Plán, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel y tantos otros, a cuyo pensamiento podemos recurrir para pensar y analizar nuestro tiempo, "traduciéndolos" y actualizándolos.

¿Considera al materialismo aleatorio como una posible filosofía PARA el marxismo?

Sí, va en esa dirección. Ahora ya podemos remontarnos a Demócrito y a los mundos de Epicuro. Recordemos la tesis principal: que antes de la formación del mundo, una infinidad de átomos caía en el vacío, en forma paralela. Las implicaciones de esta afirmación son fuertes: 1) que antes de que hubiera mundo, no existía absolutamente nada *formado*, y, al mismo tiempo, 2) que todos los elementos del mundo existían ya aislados, desde siempre, desde toda la eternidad, antes de que hubiera mundo. Lo anterior implica que antes de la formación del mundo no existían ningún origen, sentido, causa, razón ni fin. Ninguna teleología: sea racional, moral, política o estética. Añadiré que este materialismo no es el de un sujeto (sea Dios o el proletariado) sino el de un proceso —sin sujeto— que domina el orden de su desarrollo, sin un fin asignable.

Esta no-antioridad del sentido es una tesis fundamental de Epicuro, en lo cual se opone a Platón y Aristóteles.

Así es. Después sobrevino el *climax*: una desviación infinitesimal que ocurre sin saberse cómo, ni cuándo, ni dónde. Lo importante es que al *climax* provoca la desviación de un átomo en su caída en el vacío y ocasiona un *encuentro* con otro átomo... y de *encuentro* en *encuentro* —siempre y cuando sean duraderos, no fugaces— nace un mundo.

De lo que se deduce que el origen de

todo mundo o realidad, de toda necesidad y sentido se debe a una desviación aleatoria.

Justamente. Lo que plantea Epicuro es que es la desviación aleatoria y no la *fin* o la *causa* la primera, el origen del mundo. Pero hay que tener claro que el *encuentro* no crea nada por sí mismo, ninguna realidad. Lo que sí hace es darle realidad a los átomos mismos que, sin la desviación y el *encuentro*, no serían nada más que elementos abstractos y aislados, sin consistencia ni existencia. Ahora bien, si fue constituido el mundo, se instauro desde ese momento, el reino de la razón, la necesidad y el sentido.

¿Se puede pensar en alguna filosofía posterior que haya retomado estas tesis y que rehace la cuestión del origen?

Pienso en Heidegger. Si bien no es ni epicuro ni atomista, hay en él un movimiento de pensamiento análogo. Su rechazo de toda cuestión de origen, causa y fin del mundo es bien conocido; pero hay, además, una serie de desarrollos en torno a las expresiones *es gibt*, o sea "hay" (*hay mundo*, hay materia, hay hombres), "así es" y "ser-ahí" (*da-Sein*), que recogen la inspiración de Epicuro. Esta filosofía se abre hacia una visión que restituye una especie de contingencia trascendental del mundo, al cual hemos sido "arrojados", así como del sentido del mundo, que nos orienta hacia la apertura del Ser, más allá del mundo ya nada que buscar ni nada que donar. De esta manera, el mundo es un "poner" para nosotros.

Unos que no hemos pedido ni elegido pero que se abre frente a nosotros en toda su facticidad y contingencia. Sí, pero en lugar de pensar la contingencia como modalidad o excepción de la necesidad, hay que pensar la necesidad como el *devenir-necesario* del *encuentro* de los contingentes.

Mi intención, aquí, es recalcar la existencia de una tradición marxista no reconocida por la historia de la filosofía. Me refiero a la de Demócrito, Epicuro,

Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Marx, Heidegger, así como a las categorías que han sostenido, tales como el vacío, el límite, el margen, la ausencia de centro, el desplazamiento del centro al margen (y viceversa) y la libertad. Se trata del materialismo del *encuentro*, de la contingencia, en suma, de lo *aleatorio*, que se opone insistentemente a los *tránsitos* ya trazados, incluyendo al comúnmente atribuido a Marx, Engels y Lenin, que, como todo materialismo de la tradición racionalista, es un materialismo de la necesidad y de la teleología, es decir, de una forma distanzada de idealismo.

Justamente por representar un peligro, la tradición filosófica lo interpretó y lo desvió hacia un *idealismo de la libertad*. Si los átomos de Epicuro que caen en el vacío en la lluvia paralela se encuentran, es para que se reconozca —en la desviación producida por el *climax*— la existencia de la libertad humana en el mundo mismo de la necesidad.

¿Podría concluirse entonces que esta filosofía, al rechazar todo origen, tendría como punto de partida... la nada?

Justamente. Se trata de una filosofía del vacío, que no *sólo* dice que el vacío preexiste a los átomos que caen sobre él, sino una filosofía que postula y "hace", "crea" el vacío filosófico para darse existencia: una filosofía que en vez de partir de los famosos "problemas filosóficos" comienza por eliminarlos y por rehusarse a dársele a sí misma un "objeto" (la filosofía no tiene un objeto), para partir de la nada. Se da pues el primero de la nada sobre toda forma, el primado de la ausencia (no hay origen) sobre la presencia. ¿Puede pensarse en una crítica más radical de toda filosofía en su pretensión de decir la verdad sobre las cosas?

No. Nos habíamos vuelto lo más opuestos posible en el plano filosófico, y en el plano político consideraba al marxismo de Mácchara como un marxismo burgués. Quería llevar al marxismo a lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía pensar a veces en la Madre Teresa.

He guardado en un cajón secreto las cartas de Althusser, 1988 la que me envió el 1 de julio de 1993.

Querido maestro, he recibido esta mañana un paquete que bajo su influencia y siguiendo su ejemplo, él se había transformado a la vez en ateo y comunista, que en adelante estaríamos separados por las ideas, pero no por el afecto, la devoción, el corazón. Me confío que, a partir del castaivero, tu otro trastorno nervioso muy reciente y me pides que te escriba un poco. Transcurrieron treinta años.

La promesa fue mantenida tanto por uno como por el otro.

Me habíamos vuelto lo más opuestos posible en el plano filosófico, y en el plano político consideraba al marxismo de Mácchara como un marxismo burgués. Quería llevar al marxismo a lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía pensar a veces en la Madre Teresa.

He guardado en un cajón secreto las cartas de Althusser, 1988 la que me envió el 1 de julio de 1993. Querido maestro, he recibido esta mañana un paquete que bajo su influencia y siguiendo su ejemplo, él se había transformado a la vez en ateo y comunista, que en adelante estaríamos separados por las ideas, pero no por el afecto, la devoción, el corazón. Me confío que, a partir del castaivero, tu otro trastorno nervioso muy reciente y me pides que te escriba un poco. Transcurrieron treinta años.

La promesa fue mantenida tanto por uno como por el otro. Me habíamos vuelto lo más opuestos posible en el plano filosófico, y en el plano político consideraba al marxismo de Mácchara como un marxismo burgués. Quería llevar al marxismo a lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía pensar a veces en la Madre Teresa.

He guardado en un cajón secreto las cartas de Althusser, 1988 la que me envió el 1 de julio de 1993. Querido maestro, he recibido esta mañana un paquete que bajo su influencia y siguiendo su ejemplo, él se había transformado a la vez en ateo y comunista, que en adelante estaríamos separados por las ideas, pero no por el afecto, la devoción, el corazón. Me confío que, a partir del castaivero, tu otro trastorno nervioso muy reciente y me pides que te escriba un poco. Transcurrieron treinta años.

La promesa fue mantenida tanto por uno como por el otro. Me habíamos vuelto lo más opuestos posible en el plano filosófico, y en el plano político consideraba al marxismo de Mácchara como un marxismo burgués. Quería llevar al marxismo a lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía pensar a veces en la Madre Teresa.

"lo ficticio y lo real" a la que puse la mejor nota. Era el más dotado de los alumnos de preparatoria de Lyon. Su inteligencia era vasta, lógica, rigurosa (se proponía escribir conmigo un tratado de "lógica formal") Pero Louis era también un ser delicado, sensible particularmente tierno. ¿Cuán raro es encontrar esta alianza del espíritu y de la emoción, de la razón y de la sensibilidad! Entré en Althusser un discípulo privilegiado. Fui recibido en su casa y yo lo recibí en la mía.

La filosofía que enseñaba en Lyon era el realismo espiritualista de Bergson, del que Ravaisson había anunciado que sería el futuro de la filosofía. Althusser, que por ese entonces era un celoso creyente, participaba en la Acción Católica.

Sobrevino la guerra y Althusser estuvo prisionero durante cinco años al igual que yo. Yo volví a ver en Avignon en 1947. Había cambiado.

Me presentó a una muchacha llamada Hélène que me dio bajo su influencia y siguiendo su ejemplo, él se había transformado a la vez en ateo y comunista, que en adelante estaríamos separados por las ideas, pero no por el afecto, la devoción, el corazón. Me confío que, a partir del castaivero, tu otro trastorno nervioso muy reciente y me pides que te escriba un poco. Transcurrieron treinta años.

La promesa fue mantenida tanto por uno como por el otro.

Me habíamos vuelto lo más opuestos posible en el plano filosófico, y en el plano político consideraba al marxismo de Mácchara como un marxismo burgués. Quería llevar al marxismo a lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía pensar a veces en la Madre Teresa.

He guardado en un cajón secreto las cartas de Althusser, 1988 la que me envió el 1 de julio de 1993.

Querido maestro, he recibido esta mañana un paquete que bajo su influencia y siguiendo su ejemplo, él se había transformado a la vez en ateo y comunista, que en adelante estaríamos separados por las ideas, pero no por el afecto, la devoción, el corazón. Me confío que, a partir del castaivero, tu otro trastorno nervioso muy reciente y me pides que te escriba un poco. Transcurrieron treinta años.

La promesa fue mantenida tanto por uno como por el otro.

Me habíamos vuelto lo más opuestos posible en el plano filosófico, y en el plano político consideraba al marxismo de Mácchara como un marxismo burgués. Quería llevar al marxismo a lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía pensar a veces en la Madre Teresa.

He guardado en un cajón secreto las cartas de Althusser, 1988 la que me envió el 1 de julio de 1993. Querido maestro, he recibido esta mañana un paquete que bajo su influencia y siguiendo su ejemplo, él se había transformado a la vez en ateo y comunista, que en adelante estaríamos separados por las ideas, pero no por el afecto, la devoción, el corazón. Me confío que, a partir del castaivero, tu otro trastorno nervioso muy reciente y me pides que te escriba un poco. Transcurrieron treinta años.

La promesa fue mantenida tanto por uno como por el otro.

Me habíamos vuelto lo más opuestos posible en el plano filosófico, y en el plano político consideraba al marxismo de Mácchara como un marxismo burgués. Quería llevar al marxismo a lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía pensar a veces en la Madre Teresa.

personas que no podría nunca olvidar. ¿Por qué puede usted sentirse próximo a mí? No lo sé. ¿Por qué puede yo sentirme próximo a usted? Creo saberlo. Cuando en 1936 llegó a Lyon, para hacer mi preparatoria, yo no era nadie y lo sabía; un viajero sin equipaje, un adolescente sin pasado, un estudiante sin cultura. Mis abuelos eran campesinos pobres del Morvan; mi abuelo, en la época de Jules Ferry, había partido para Argelia como guardia forestal en sus bosques más salvajes. Mis padres, procedentes de allí, hicieron lo que pudieron. Mi madre había sido institutriz seis meses antes de su casamiento. Mi padre, que se fue de su casa a los trece años, trabajaba en un banco. Creyendo hacernos un bien, mi madre nos hizo tomar a mi hermana y a mí clases de piano y de violín, y nos llevaba todos los domingos a escuchar "conciertos clásicos". Eso no "funcionaba". Yo no era un "heredero" en clase con frecuencia al piano, pero nunca creí en eso. En Lyon, luego me encontré a usted y me ocurrió algo muy singular, un verdadero *encuentro*. Usted no me enseñó gran cosa (sin reproche alguno). J. Lacroix me enseñó mucho menos que usted y por una razón profunda: él había podido enseñar a usted, pero usted le había sabido nada, siempre está en lo mismo, pero usted me dio las "claves". Me enseñó a relacionarme con un concepto, o con dos, a combinarlos, operarlos, unirlos, separarlos, a darlos vuelta como crepas en la sartén y a "servirlos", para que fueran comestibles. Esto yo lo comprendí, o sea, lo reconocí. Había "aunque" en su arte, y sin duda es por eso que yo reconocí allí algo así como una ligazón conmigo mismo: una suerte de trabajo artesanal de la materia-pensamiento con las herramientas forjadas a mano —un tratamiento muy próximo al que yo aprendí en el taller de Curatone, al lado de los bosques del Morvan cuando trabajaba su materia-materia. Usted confirmaba y reafirmaba en mí algo así como una vieja tendencia materialista, surgida de mis orígenes y de mis relaciones anteriores con el mundo de la "cultura", mi certidumbre acerca de los sucesos, y me enseñó, entonces, a ser *críptico* y salvación. A partir de ello, la salvación entró en la evidencia. [...]

Y en otra carta datada en 1974: " [...] Dice usted que nuestros "pensamientos" son del todo opuestos, lo que puede unirlos, pero que usted manifiesta dudas al respecto. No puedo estar de acuerdo —lo cual no me separa. Esto tal vez tenga que ver con la idea que nos hacemos del "teatro". Es comprensible que se diga que soy un "dogmático"; yo dejo que se diga. Simplemente observo que las filosofías que han tenido mayor efecto en la historia de la filosofía en los siglos XIX y XX, no son, por ejemplo, las "críticas" lo tuvieron mucho menos (salvo en la tradición filosófica, a la que atiborraron con sus comentarios); me refiero, claro está, a los efectos fuera de la filosofía. Créa que es hacerse una idea bastante singular de la filosofía, en tanto que los siglos XIX y XX, la crítica a la idea; me parece que sólo Dios (si suponemos que esta palabra tiene un sentido), si hablara, podría abarcar en la "verdad" de lo que elija la hipótesis de la "falsedad" de sus propios "dogmas". Como ustedes saben, puedo equivocarme, sólo puede inscribirse en una filosofía de Dios. [...] De todo esto puede usted deducir que soy irresolublemente spinosista, y tendrí a razón. Yo sé, en verdad, muy pocas cosas en filosofía, pero creo haber comprendido, y bastante bien comprendido, que Spinoza es realmente, de todos y sin comparación, el más grande.

En 1974, Louis fue internado en una clínica psiquiátrica del Vézinet. Yo pasé largas horas con él. Atravesaba por ese

momento que no podría nunca olvidar. ¿Por qué puede usted sentirse próximo a mí? No lo sé. ¿Por qué puede yo sentirme próximo a usted? Creo saberlo. Cuando en 1936 llegó a Lyon, para hacer mi preparatoria, yo no era nadie y lo sabía; un viajero sin equipaje, un adolescente sin pasado, un estudiante sin cultura. Mis abuelos eran campesinos pobres del Morvan; mi abuelo, en la época de Jules Ferry, había partido para Argelia como guardia forestal en sus bosques más salvajes. Mis padres, procedentes de allí, hicieron lo que pudieron. Mi madre había sido institutriz seis meses antes de su casamiento. Mi padre, que se fue de su casa a los trece años, trabajaba en un banco. Creyendo hacernos un bien, mi madre nos hizo tomar a mi hermana y a mí clases de piano y de violín, y nos llevaba todos los domingos a escuchar "conciertos clásicos". Eso no "funcionaba". Yo no era un "heredero" en clase con frecuencia al piano, pero nunca creí en eso. En Lyon, luego me encontré a usted y me ocurrió algo muy singular, un verdadero *encuentro*. Usted no me enseñó gran cosa (sin reproche alguno). J. Lacroix me enseñó mucho menos que usted y por una razón profunda: él había podido enseñar a usted, pero usted le había sabido nada, siempre está en lo mismo, pero usted me dio las "claves". Me enseñó a relacionarme con un concepto, o con dos, a combinarlos, operarlos, unirlos, separarlos, a darlos vuelta como crepas en la sartén y a "servirlos", para que fueran comestibles. Esto yo lo comprendí, o sea, lo reconocí. Había "aunque" en su arte, y sin duda es por eso que yo reconocí allí algo así como una ligazón conmigo mismo: una suerte de trabajo artesanal de la materia-pensamiento con las herramientas forjadas a mano —un tratamiento muy próximo al que yo aprendí en el taller de Curatone, al lado de los bosques del Morvan cuando trabajaba su materia-materia. Usted confirmaba y reafirmaba en mí algo así como una vieja tendencia materialista, surgida de mis orígenes y de mis relaciones anteriores con el mundo de la "cultura", mi certidumbre acerca de los sucesos, y me enseñó, entonces, a ser *críptico* y salvación. A partir de ello, la salvación entró en la evidencia. [...]

Y en otra carta datada en 1974: " [...] Dice usted que nuestros "pensamientos" son del todo opuestos, lo que puede unirlos, pero que usted manifiesta dudas al respecto. No puedo estar de acuerdo —lo cual no me separa. Esto tal vez tenga que ver con la idea que nos hacemos del "teatro". Es comprensible que se diga que soy un "dogmático"; yo dejo que se diga. Simplemente observo que las filosofías que han tenido mayor efecto en la historia de la filosofía en los siglos XIX y XX, no son, por ejemplo, las "críticas" lo tuvieron mucho menos (salvo en la tradición filosófica, a la que atiborraron con sus comentarios); me refiero, claro está, a los efectos fuera de la filosofía. Créa que es hacerse una idea bastante singular de la filosofía, en tanto que los siglos XIX y XX, la crítica a la idea; me parece que sólo Dios (si suponemos que esta palabra tiene un sentido), si hablara, podría abarcar en la "verdad" de lo que elija la hipótesis de la "falsedad" de sus propios "dogmas". Como ustedes saben, puedo equivocarme, sólo puede inscribirse en una filosofía de Dios. [...] De todo esto puede usted deducir que soy irresolublemente spinosista, y tendrí a razón. Yo sé, en verdad, muy pocas cosas en filosofía, pero creo haber comprendido, y bastante bien comprendido, que Spinoza es realmente, de todos y sin comparación, el más grande.

En una de sus últimas conversaciones, Althusser me dijo: "Escriba la historia de su vida. Yo ya he escrito docenas de páginas que son la historia de mis espantosos traumatismos." Y agregó: "Jamas podré usted deducir que soy irresolublemente spinosista, y tendrí a razón. Yo sé, en verdad, muy pocas cosas en filosofía, pero creo haber comprendido, y bastante bien comprendido, que Spinoza es realmente, de todos y sin comparación, el más grande.

En 1974, Louis fue internado en una clínica psiquiátrica del Vézinet. Yo pasé largas horas con él. Atravesaba por ese

entonces una especie de angustia metafísica de la que se restableció.

En 1980 me invitó a almorzar en la Ecole Normale. Tenía el sentimiento de que la humanidad estaba entrando en una crisis sin precedente. Conversé con Hélène a solas, quien me contó su vida de obrera pobre. Ella decía que tanto los católicos como los comunistas se habían vuelto *burgueses*, incapaces de llegar hasta el renunciamiento total de sí mismos. Hélène y Louis se habían unido para consagrarse al Alcohol, abandonando todo deseo de carrera, todo honor humano. Habían establecido relaciones estrechas con las Hermanitas del Padre de Foucault, que tenían una sede al lado de la Ecole Normale.

Una de nuestras últimas conversaciones fue dramática. Vino a verme junto con Hélène para decirme que los dos tenían la impresión que la humanidad había entrado en una fase definitiva, que ella estaba en sola lucha con la cultura. Yo podía ser resuelta: ese lugar era Moscú; pero, más allá de Moscú, estaba Roma. Dicho de otro modo, ambos consideraban que la salvación del mundo dependía de un acuerdo entre Roma y Moscú. Y Althusser me pidió que le dejara a Juan Pablo II. "Si usted me da un informe que los barrones últimos, pues usted el único que en este momento tiene una autoridad moral sobre la humanidad".

Althusser fue a Roma y mantuvo una conversación de varias horas con el cardenal Garrone, a quien yo lo había referido. Él me dio un informe a través de Juan Pablo II pidiéndole al Papa que recibiera a Althusser. Yo mismo vi al Santo Padre y me dijo: "Conozco a su amigo; es todo un lógico que va hasta el fondo de sus pensamientos. Con mucho gusto lo recibiré."

El drama sobrevino al mes siguiente. Ayudé a Bernard Charbonnet, director de gabinete de Jacques Chirac en la alcaldía de París, hice algunas gestiones para que Althusser, que había sido sustraído a la justicia por considerarse irresponsable, pudiera abandonar el hospital Santa Ana y ser admitido en una clínica en París. Así fue como me reclutó en el Santa Ana en un principio, pudo luego residir en una clínica de los alrededores de París llamada "les Eaux vives".

El 3 de diciembre de 1978 me había escrito: "Mi universo de pensamiento está abarcado. No puedo pensar más. Hablando en lenguaje tala", le pido que rece por mí [...]."

El médico del Santa Ana me dijo que era por un delirio de amor que había sido arrastrado a matar a quien amaba.

Por lo demás, ¿hay una distancia tan grande entre un criminal y un santo? Franco, por ejemplo, ¿era un criminal o pensaba. Hay criminales que son santos en potencia, como el buen ladrón. Hay también santos que saben que si la gracia hubieran podido convertirse en criminales. Teresa del Niño Jesús lo había sabido, y por eso no se consideraba diferente del asesino Pranzani, a quien había acompañado en pensamiento a la guillotina.

En una de sus últimas conversaciones, Althusser me dijo: "Escriba la historia de su vida. Yo ya he escrito docenas de páginas que son la historia de mis espantosos traumatismos." Y agregó: "Jamas podré usted deducir que soy irresolublemente spinosista, y tendrí a razón. Yo sé, en verdad, muy pocas cosas en filosofía, pero creo haber comprendido, y bastante bien comprendido, que Spinoza es realmente, de todos y sin comparación, el más grande.

En 1974, Louis fue internado en una clínica psiquiátrica del Vézinet. Yo pasé largas horas con él. Atravesaba por ese

* Abstracción a la época en la que los estudiantes católicos eran llamados "tala" (los que van a la misa) por los otros.

© Robert Laffont, 1988.

Antes y después del plebiscito en Chile

Ardiente paciencia

Javier Arigues

Augusto Pinochet siempre soñó con que su régimen clubfeyera como el de Francisco Franco, con la consumación físcica del dictador. El ejercicio de la memoria colectiva se lo impidió. Hoy, los artifices de la victoria opositora centran sus esfuerzos en abrir los caminos por donde transite el Chile democrático que se acerca.

Recientes expresiones de quien otrora manifestara que en Chile nada se movía sin su voluntad, son harto indicativas del nerviosismo que domina ya sin disimulo a la cúspide del régimen a partir del pasado 5 de octubre. Fecha en que por primera vez en largos 15 años, el ciudadano chileno pudo expresarse a través del sufragio. La demodora verdad que los números iban marcando a la finalización del escrutinio hacia su impacto sobre el elenco estable de la dictadura. Basta recordar como ejemplo, la tardanza oficial en reconocer la derrota, hecho que admitiera el jefe de campaña del candidato y ministro del Interior, Sergio Fernández, recién a las 2,30 de la madrugada del jueves 6, momento en que pudieron respirar tranquilos los demócratas de todo el mundo.

Ni el férreo control de los media, ni la presuntuosa utilización de fondos públicos, ni finis proelitistas sirvieron para atraerse la voluntad popular. La oposición, en tanto, debió luchar en condiciones sumamente dispares; tuvo solamente un mes para efectuar su campaña, sin acceso práctico a los medios audiovisuales (solo 15 minutos diarios de TV), con la prensa afín perseguida, como los casos de Juan Pablo Cárdenas (*Andrés*) o de Francisco Herrera (*Cauce*), con dirigentes políticos y sindicales encarcelados o confinados, casos del socialista Clodomiro Almeyda o de Oscar Guillermo Garréon, del MAPU, o de Manuel Barros y la enajenada voces televisivas y vice de la Central Única de Trabajadores (CUT). Así las cosas, para los sostenedores del No a Pinochet, el único instrumento efectivo a utilizar fue el de siempre: la movilización. Calles, plazas y parques se fueron cubriendo con los rostros del otro Chile, el que para *El Mercurio* y la enajenada voces televisivas no existe. Claro, en las cañolitas donde los peroneros del régimen asientan los logros del "milagro", no se pueden incluir a los sectores de la población que sobreviven a puro té con hallullas (pancuellos). Lógico, para esta economía a escala taiwanesa, esa gente no cuenta.

Casa por casa, pueblo por pueblo, los activistas de la oposición fueron llevando su mensaje sin contar con más recursos que el de sus propias fuerzas, que el de sus voces. Y bastó ese simple llamado a la conciencia para que resurgiera, potente, la expresión incoherente de todos aquellos que estaban sedientos de libertad. Cuando el 1 de octubre un millón y medio de almas se congregó en el cierre de Santiago, ya podía vislumbrarse la victoria.

Mapa del No y del No

De las doce regiones en que administrativamente se divide el país desde 1973, sólo en dos el Sí aventajó al No: Arica y Aysén. Ambas en el sur, se caracteriza la primera por ser asiento de tra-

dicionales latifundios, y la segunda, por la escasez de población y de vías de comunicación. En las restantes diez regiones se impuso, entonces, el No con guarnición que van desde un apretado triunfo en la sureña región de Los Lagos (No 48,96%, Sí 48,76%) hasta el más holgado en la noroeste Antofagasta (No 58,51%, Sí 38,15%).

Ya a nivel de provincias los computos van deliriosamente variados. Los perfiles de una otra opción. El Sí obtuvo sus mejores votaciones en Parícuta (Sí 85,32%, No 10,97%) y en Palena (Sí 68,06%, No 28,8%). En los dos casos se trata de provincias periféricas, aun dentro de sus respectivas regiones, Tarapacá y Los Lagos, donde gana el No. Parícuta, reúne a pequeños villorrios diseminados por el altiplano vecino a Bolivia, con habitantes cuyo principal sustento estriba en los rebanos de auquénidos. Palena, en el antiguo Chileo continental, es una despoblada comarca vecina al norte de la provincia argentina del Chubut, que cuenta todavía con un estado de insularidad. Ello sin contar con los resultados de la esporádica isla de Pascua (Sí 81,06%, No 18,48%) y de la Antártida (Sí 84,77%, No 13,55%) poblada casi exclusivamente por personal militar. Frente a este cuadro, el No pudo exhibir los derrotos de Santiago y su área metropolitana —cerca del 40% del país— (No 57,74%, Sí 40,25%) Concepción (No 63,53%, Sí 34,25%) Valparaíso (No 56,14%, Sí 41,53%) y Antofagasta —provincia— (No 59,49%, Sí 37,72%), áreas que concentran el grueso de la población urbana, la producción industrial y las actividades comerciales y educativas. Cabe señalar que en los distritos mineros, la victoria opositora fue rotunda, como por ejemplo, la registrada en Chañaral (región de Atacama), con un 63,20% de los votos para el No (72% en varones y 66,8% en mujeres).

De estas cifras surge que el No alcanzó los más elevados porcentajes a su favor en zonas de elevada población urbana, con menor grado de analfabetismo que la media nacional, y fundamentalmente entre las capas medias y el sector obrero, en la población minera y en las comarcas rurales donde predomina la agricultura inercial. Los bastiones del Sí, empero,

se ubican en áreas de baja densidad demográfica, mayor porcentaje de analfabetismo que la media nacional, y de predominio de la ganadería extensiva. A las que hay que agregar los núcleos donde reside la alta y pequeña burguesía, como ser los barrios altos de Santiago.

Si bien algunos observadores han magnificado su sorpresa por los guarnidos del Sí (43%) frente al No (54%), es preciso tener presente que el 43% engloba a sectores que no necesariamente adscriben al régimen. Hay que incluir aquí a aquellos que no tuvieron acceso cierto a la información, tal lo ocurrido en comarcas aisladas geográficamente donde la opción no pudo llegar con su prédica durante el estrechísimo lapso de un mes con que contara. Nótese además la supervivencia de instituciones de carácter medieval y paternalista como el cohco, tan desarrollado en los campos, gracias al latifundio y a la escasa y controlada población electoral. Asimismo, añádasen un segmento bastante considerable de pequeños propietarios y de informales que fueron permeables a la propaganda oficial que durante un año machacó con toda clase de infundios respecto de quienes estaban detrás del No, distorsión de imagen que quizá tuvo también su efecto entre las electoras mujeres, renegadas de la propaganda oficial por un margen menor al registrado entre los electores varones.

Adiós general, adiós carnaval

Como es dable suponer, todas esas falsas imágenes e infundios corrieron la misma suerte que el resto de la estantería gubernista. Hoy puede asegurarse con certeza que buena parte del voto Sí ha cruzado hacia la orilla de la oposición democrática. Y ésto el régimen lo sabe, es consciente que día a día pierde adhesiones con la misma rapidez con que la arena abandona las manos. Muchos que hasta ayer semejaban fervientes partidarios hoy se muestran díscolos a las directivas oficiales. Es más, no pocos de ellos parecen seguir en la actualidad líneas políticas independientes a la estrategia posi-

blebiscito, si la hay, del régimen.

Como que aquí detenerse en el fenómeno que representó la constitución del Comando del No, conglomerado político de la oposición donde confluyeron 16 partidos, desde el MIR y el PCC, antes renuente, hasta el Partido Nacional (Riesco), expresión de la derecha tradicional, pasando desde luego por los que desde 1985 se enrolaron en la Alianza Democrática —Democracia Cristiana, Partido Radical, Partido Socialista (Núñez) y agrupaciones menores—, Abanico multipartidario sin precedentes en la historia de Chile, que tras el trágico de octubre ha logrado un enconamiento grado de cohesión interna para lo que es hoy, sin duda, el más serio referente político a considerar en esta etapa transicional.

Con la cercana victoria sobre el régimen en su haber, el acto democrático chileno está firmemente empeñado en conseguir la reforma a la Constitución vigente, pese al estrechísimo lapso de un mes que se dictara la dictadura en 1980 luego de un plebiscito viciado de fraude, le permite al actual régimen prolongar su estructura de poder más allá de 1989, ya que, de acuerdo a su articulado, la jerarquía militar conserva potestades como el nombramiento de los ministros, y los jueces que eventualmente pudieran dictaminar las instituciones clásicas de la República, y Pinochet, en particular, la facultad de continuar al frente del ejército por varios años más. Díscolos que no merecen más comentario. Al mismo tiempo, la oposición brega por obtener un acortamiento de los plazos trazados en el calendario electoral, donde se fijan comicios presidenciales y parlamentarios recién para diciembre de 1989.

La mesura y la constante apelación al diálogo y a la negociación que distingue a la acción opositora abre un espacio donde el discurso del suero no es en vano roto. Las ante efectistas arengas ante un auditorio emudecido hoy parecen chocar frente a un universo donde la sociedad civil va afirmándose, al ensancharse simultáneamente la actividad de las asociaciones intermedias y de los partidos políticos.

Es así como se entienden los desgastados alaridos del dictador que quiso que su régimen terminara como el de Franco, en una cama. De ahí su amenaza en el sentido de que la pasada consulta "querida anulada" si la oposición insiste en no reconocer la Constitución y en mantener a Pinochet en el poder. En esta ocasión, a su vez, en un informal encuentro haya confiado a un pequeño grupo de prosélitos que "la gente que nos apoya tiene que ponerse de acuerdo porque, si no lo hace, nos van a hacer pedradas". Aprovechando la ocasión para amonestar a aquellas "madres que en la jornada del 5 de octubre no explicaron a sus hijos las razones por las que las fuerzas armadas llegaron al poder". Lo que el usurpador de la Moneda no puede comprender es que las madres en su casa, las maestras en la escuela, enseñan que Chile fue y será una tierra de hombres y mujeres libres y solidarios.

Santiago era una fiesta. Ese viernes 7 de octubre, dos días después de haber ganado el No, era imposible imaginar cuántos chilenos celebraban en el Parque O'Higgins. Los discursos ahí eran lo de menos; lo principal era la desbordada alegría de domingo más medalla de oro en un campeonato mundial, que atravesaba las clases sociales. Y si bien es cierto que los más eran los pobres, las proporciones corresponden —acaso no matemáticamente— a las del conjunto del país.

Bajamos del metro con Pery, Yvye y las chicas, para entrar de inmediato en apreturas de multitud, casi levantados del piso, rodeados de consignas masivas: "Que se vaya, que se vaya", y luego en el tono festivo de esa tarde: "Que se vaya en bicicleta". Imaginamos entonces lo duras que serían esas horas para el opositor general de esos quince largos años. Y sin embargo, las horas no serían tan duras como fueron los años millo de chilenos, en el temor, en el exilio o en la pobreza.

El plebiscito se había efectuado con orden y tranquilidad. El acto de paciencia por parte de los ciudadanos. Un excesivo número de sufragantes por mesa y la impericia de quienes estaban a cargo en cada una habían producido esperas de hasta cinco horas para depositar el voto. Nadie protestaba bajo el sol primaveral. Las mujeres por un lado, y los hombres por otro, esperaban con tranquilidad.

Peri no quiz de indiferencia. Por algo se había inscrito el 92,5% de quienes podían hacerlo, pese a que no había obligación legal para ello. Y de los inscritos voto el 97%, ejemplo de participación democrática, pese al largo invierno autoritario. Una sorpresa estadística más: los votos en blanco fueron apenas uno por ciento y los nulos, uno y fracción.

En alguna medida, tan pocos votos nulos fueron fruto de una campaña que de parte de la oposición, tuvo mucho de pedagógica: enseñaba cómo votar. A las mujeres, el diario democristiano *La Epoca* aconsejó no pintarse los labios en la mañana del plebiscito, para evitar que al humedecer la cédula para pegarla antes de ponerla en el sobre, se pudiese ocasionar manchas que dieran pretexto para pedir nulidades. Junto a eso, los llamados sistemáticos a la corteza y la manteca, provocaron un acto plebiscitario ejemplar.

De otra parte, el diseño del plebiscito mismo —con escrutinio en mesa y apodador de ambas partes— lo hacía transparente. Burlar el resultado pasaba por interrumpir su curso —hipótesis que se temió en la noche de la consulta, cuando el gobierno no dio resultados durante cuatro horas— a diferencia de México, aquí era imposible fraguar resultados. Tal seguridad también estaba dada por el impresionante conjunto de recursos con que contó la oposición. No sólo las computadoras, también una red de comunicación que incluía telefax para enviar copia de

Antes y después del plebiscito en Chile

El camino de la democracia

Luis Pádua

las actas de mesa a Santiago, la convirtieron en un celoso guardián de resultados. Antes, en agosto, la oposición había demostrado cuán bien sabía usar los recursos disponibles. Tramposamente, el gobierno dispuso la apertura de dos espacios diarios de 15 minutos cada uno en la televisión, para ser utilizados por ambas opciones. La norma que aparecía equitativa era groseramente desvirtuada por el control gubernamental de la televisión, que difundió permanentemente "spots" en favor de la opción Sí, y además, convirtió los espacios informativos en vehículos de propaganda oficial. Contra esos vientos la oposición usó brillantemente sus angostos 15 minutos, transmitidos a las 10:45 o las 11 de la noche, como para que medio Chile estuviera durmiendo. No lo estaba.

La campaña del Sí intentó servirse del arma que permitió a Pinochet permanecer 15 años: el miedo. Se buscó atomizar al ciudadano con una posible vuelta a las dificultades de la Unidad Popular, que se exageraron al punto de casi construir un pasado diferente. Esta estrategia partía de un hecho real: según una encuesta de la oposición, 47,9% de los preguntados guardaba "recuerdos malos" de la Unidad Popular. Aléjese, contra 23,9% de "positivos" y un porcentaje similar de indiferentes, probablemente quienes eran menores de diez años en 1973, un 28% de los actuales sufragantes. La abundancia del Sí buscaba revivir esos malos recuerdos de una mitad de la ciudadanía.

La propaganda oficial prohibió la propaganda, en los días inmediatamente previos al plebiscito, la televisora del Estado emitió un documental sobre el período 1970-1973, que pintó negro. Pero el mensaje no entró. En la encuesta ya citada —hecha por el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea, vinculada al No— dos de cada tres entrevistados dijeron esperar de la oposición un enfoque diferente al de la Unidad Popular. El miedo se había roto.

Eran cuando menos dos los miedos roto. Uno, el miedo a Pinochet, al poder militar que se había impuesto arbitrariamente por encima de opiniones y deseos, durante un largo período, el miedo a la omnipotencia de la dictadura. Y el otro, el miedo al pasado, con el cual el gobierno amenazaba en el caso de que ganara la oposición. Al triunfar el No, quedó roto ese juego de polarización Allende vs. Pinochet, que el gobierno intentaba mantener. El miedo a Pinochet, el miedo al pasado y el presente, la opción No escogió el futuro. Y, que esto problemáticamente no sea sólo una buena frase lo intuyeron quienes fueron a la concentración final por el No y escucharon de las viudas de Frei y Allende —los irreconciliables adversarios de la Unidad Popular desde 1973— el discurso de Frei declaraba: "que después de la separación de dolor cuyos lecciones hemos aprendido", acaso en discreta alusión al apoyo democristiano al golpe. Y el de la señora Allende proponía: "dejemos de lado las renallas y divisiones del pasado".

El miedo al poder autoritario se había

empezado a perder a fines de abril. El gobierno entonces acababa de autorizar en la TV la apertura de programas políticos en los cuales periodistas programadamente se permitían invitar a algunos opositores. En la segunda semana comparó Ricardo Lagos, el líder socialista que esa noche se hizo estrella de primera magnitud cuando, aprovechando lo que sería la última emisión en directo, se dirigió a la cámara y encaráo al propio Pinochet sin intermediarios. Estos intentaron una interrupción que fue atajada por Lagos: "Hablo por 15 años de silencio" y prosiguió. En fila de la oposición se sucedieron significativamente el número de inscritos en el registro electoral, que hasta entonces crecía lentamente, en alguna medida gracias a que el Partido Comunista y otros grupos de extrema izquierda denunciaban al plebiscito como una farsa.

El miedo al pasado fue vencido, en buena medida, gracias a la habilitada campaña del No. Sus espacios ofrecían alegría y esperanza, negaban de antemano cualquier revancha y promovían la solidaridad. Al ofrecer, con éxito, un producto distinto al pasado, la campaña del No resultó imponiendo esta línea a quienes, en las elecciones de 1980, votaron con la vuelta a los términos políticos de 1973. Como si fuera posible.

El No ganó, expresando un rechazo global al régimen y no sólo a Pinochet. Las razones son dos y resulta difícil separarlas de las causas separadamente. Una es el autoritarismo; desde la URSS hasta Corea está demostrado que, aunque se eficiente, un gobierno autoritario no puede pervivir para siempre. Y si además no es eficiente, menos.

La eficiencia del gobierno es motivo de debate interminable en Chile. Los participantes de ambos lados reconocen el éxito de las exportaciones y un buen balance global, en términos de las variables macroeconómicas. Donde difieren es respecto a las condiciones de vida de los chilenos. El economista democristiano Alejandro Foxley lanzó a comienzos de este año el tema de "los cinco millones de pobres" y puso al gobierno a la defensiva, regateando la cifra.

Pero hay indicadores precisos de que la situación personal de los chilenos dista del bienestar. En la encuesta del CERCA ya citada, un 8,3% admitió que sus ingresos habían disminuido desde el momento de haber empezado a ahorrar; el 36,4% sostiene que les "alcanza justo"; y la mayoría (55%) declara que no les son suficientes, en grados que van desde las dificultades hasta las penurias. En otra encuesta, de FLACSO, mientras un 27,5% sostenía que sus ingresos habían mejorado desde 1973, el 40% declaró que había empeorado y el resto, que se mantenía igual. Las gentes del gobierno pensaron que el buen funcionamiento en el conjunto de la economía era trasladable al voto por el Sí; dejaron de preguntarse por la percepción de bienestar o de falta de él. Esta última seguramente ha sido la

segunda y acaso decisiva razón para votar por el No.

Pero el 43% que votó Sí es varias veces mayor al porcentaje que declara poder ahorrar y casi dobla a quienes admitieron haber mejorado durante la dictadura. Y si sólo un 6% de los votantes eran militares, policías o familiares directos, ¿cómo explicar esos más de tres millones que votaron por el opción de mantener a Pinochet? No hay respuesta fácil. Pero algunos elementos pueden ayudar.

La inflación se ha rebajado a 10% anual, luego de que los tres últimos gobiernos civiles —el conservador de Alessandri, el democristiano de Frei y el socialista de Allende— la llevarán a la estratosfera. La mortalidad infantil bajó de 82 a 19 por mil. Se construyeron miles de casas que los más pobres amortizan mensualmente con cuotas insignificantes. El producto interno bruto creció en un 9,6% en 1988, lo que es un 10% mayor al de 1981 y marcando un progreso que en América Latina es excepcional. Otro éxito en términos comparativos: las exportaciones superarán este año a las importaciones en 1.865 millones de dólares. Más aún, el desempleo se redujo en 1988 a 7%, mientras que los salarios reales se incrementaban en la misma cifra. Y, simultáneamente, la tasa de ahorro nacional pasó de 12,6 en 1987 a 14,8 en 1988. En suma, a diferencia de sus vecinos, Chile avanza económicamente.

Pero no avanzan todos los chilenos. Con base en una serie de datos se ven los dos países, aproximadamente iguales en habitantes. Uno es el de quienes se benefician del progreso económico y el, por ejemplo, con uno o más cuartos nuevos por familia, han hecho de Santiago la segunda capital latinoamericana en contaminación ambiental, lanzada a la persecución de México. El otro Chile es el de quienes no participan de la abundancia. El sociólogo Eugenio Tironi sostiene que los salarios reales del obrero son inferiores, en 15%, a los de 1970 y que el 80% de los pobladores marginales no ingiere el mínimo de calorías.

El sociólogo Manuel Antonio Garréon, asesor del Comando del No y especialista en cuestiones de transición democrática, nos dijo a un grupo de observadores 48 horas antes del plebiscito: "El triunfo será no el comienzo de la insurrección, sino la aceptación". Así luce después del triunfo del No. Y no ha sido fácil.

La otra versión —la insurreccional— existía y, aunque derrotada objetivamente en el plebiscito, no está liquidada. A ella juega ambiguamente el Partido comunista, en el cual partecan en la víspera de la insurrección los que se despatrocina al Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Ellos, sin criterio, repiten que el buen funcionamiento en el conjunto de la economía era trasladable al voto por el Sí; dejaron de preguntarse por la percepción de bienestar o de falta de él. Esta última seguramente ha sido la

El poder también, podría replicarse la oposición que tan cautelosa y prudentemente ha logrado "aislar" a Pinochet,

a sus 72 años, con este resultado plebiscitario. Tal posibilidad fue siempre negada por los ultras, bajo el argumento de que los resultados serían fraguados o ignorados por la dictadura. Intentando autocomplacir la profecía, llamaron una y otra vez a la insurrección como vía alternativa de las urnas, con lo cual incurrieron en una flagrante provocación a los militares. Estos, en más de una ocasión debieron sentir que los violentistas les daban el pretexto para, por ejemplo, suspender el plebiscito por falta de seguridad.

Que lo consideraran parece ser un hecho, si nos atenemos a la declaración del Departamento de Estado, el día anterior al plebiscito, mostrando su preocupación por esa posibilidad y reafirmando su interés en que el plebiscito se realizara. Claro es que una posición así de Washington tampoco era algo que entrara fácilmente en los brevísimos esquemas de modo que la relación abierta por el embajador Michael Barnes con la oposición - y la significativa financiación de fuentes norteamericanas a la campaña por el No - nos llamó, más bien, a reforzar sus sospechas. Su manifiesta incapacidad para entender la importancia que tendría el extremistas la audiencia de los sectores más desposeídos y desesperados de la población, donde la fuerza del Frente Manuel Rodríguez no parece ser despreciable, aunque electoralmente sea menor.

Al fin y al cabo, quien agrava un fuíl no está en el juego de mayorías y minorías. De que los resultados sean malos no debe preocupar demasiado que, según la encuesta de FLACSO, 39% se declare dispuesto a votar por la Democracia Cristiana, 27,9% por el Partido por la Democracia, 16% por el Partido Socialista y sólo 7,3% manifieste inclinación por el Partido Comunista. En cambio, los partidos de izquierda se ven reducidos a votar por su baja confiabilidad: según la encuesta de FLACSO, cuatro de cada cinco chilenos tienen poca o ninguna confianza en los partidos políticos. Esta secuela no es de la dictadura sino de la incapacidad con que la clase política, al permanecer en silencio, permitió que se volvieran a aquella hasta 1988. Secuela que la democracia tendrá que superar, para consolidarse.

Las elecciones tendrán lugar dentro de un año, el 14 de diciembre de 1989. ¿La oposición irá a ellas unida? ¿Logrará el sector empresarial sector democrático en los gremios empresariales se convierten en hegemonico? ¿Alcanzará a asegurar una cuña entre Pinochet y las fuerzas armadas? Son preguntas demasiado difíciles para ser respondidas aquí con certeza. Pero son las preguntas de cuyas respuestas depende el curso de este año, y de la consecuencia, el de muchos años venideros.

Los partidos políticos chilenos son numerosos y seguir al día los vericuetos de sus fraccionamientos y sus alianzas, es algo sumamente complejo para quienes no viven la realidad política chilena. Simplifiquemos.

En febrero de 1988 se constituyó el Acuerdo por el No, al cual adhirió 16 partidos; entre ellos, el principal es la Democracia Cristiana; directa e indirectamente, también están allí las dos principales fracciones del Partido Socialista.

A la derecha están dos grupos principalmente por que se juegan por el Sí: Avanzada Nacional, que parece ser el núcleo de los "duros" y profesa una suerte de fascismo, y Renovación Nacionalista, que representa a los "blandos". Su líder Sergio Onofre Jarpa fue ministro de Pinochet, pero la noche misma del plebiscito se adelantó a reconocer el triunfo del No e incorporó a su programa sobre el futuro de Chile en democracia.

A la izquierda hay una gama de parti-

dos reunidos en Izquierda Unida -etiqueta de exportación peruana-, algunas armas de los cuales están en el Acuerdo por el No y otros no. El PC y el MIR están aquí, con el Partido Socialista de Clodomiro Almeyda, representando no solo las posturas de izquierda sino la imagen de la Unidad Popular de Allende. Nada asegura que esta pluralidad calque, con ocasión de las elecciones, el esquema gobierno vs. oposición en torno al cual giró el plebiscito. Se pueden hacer muchas especulaciones, desde que el Comando del No se mantenga, como ha anunciado, y lleve un candidato, hasta que la DC patee un candidato no de la derecha moderada de Jarpa y las izquierdas se aglutinen tras una candidatura propia. En parte, el juego depende de lo que hagan Pinochet y las fuerzas armadas.

No parece ser que las fuerzas armadas -que, nueva rúbrica de cliché, lucen hoy bastante antinorteamericanas- continúen expandiéndose sólo a través de Pinochet. Mientras éste aún procura reponerse del desconcierto que le provocaron los resultados -los rumores indican que esta- ba con general mal humor en las elecciones, lo convocó el mismo día del 11-11, el general Matthei primero y el almirante Merino después, tomaron distancia de la figura perdedora en la consulta.

El aviador lo hizo la noche misma del plebiscito, al reconocer la victoria del No cuando el gobierno no lo había hecho, y unos días después admitió la posibilidad de cambios en la Constitución, terreno sacrosanto para los fieles al dictador y reclamo fundamental de la oposición ganadora. El marino marcó sus distancias a la semana de la derrota, cuando declaró a los periodistas que Pinochet no podía ser candidato en las elecciones, cuestión que los periodistas no quisieron discutir, pareció así quedar zanjada. Si tales distancias se mantienen es porque las fuerzas armadas entienden que han sido suficientemente leños y no pueden arriesgar más su futuro institucional en el país, bajo

la ambición de quien ya fue derrotado. A la negociación con las fuerzas armadas, la oposición lleva su mejor disposición y un par de propuestas de fondo. La disposición se lee en el lenguaje: en la noche del plebiscito el líder DC Patricio Aylwin declaró: "Que no haya vuelta de tortilla", y al día siguiente el socialista Ricardo Lagos interpretó: "Las fuerzas armadas no han sido derrotadas". Los victoriosos procuran restablecer la tradición política chilena, interrumpida seguramente desde algún momento entre 1970 y 1973, para volver al respeto a la legalidad que estuvo siempre de Chile un caso singular en América Latina.

Las propuestas son varias pero hay dos que el Comando del No anuncia intratables y que, por implicar cambios en la Constitución que los militares impusieron en 1980, requieren ser aprobadas por la junta militar y ser sometidas a plebiscito antes de las elecciones. Una es que no haya senadores "digitados" por el gobierno saliente como dispone la actual Constitución, sino que todos los parlamentarios provengan de elección directa. La otra es que el congreso elegido pueda tener una función de control a la manera razonable, sin las varias cortapisas previstas en el texto actual. Sólo uno de cada cinco chilenos considera que la Constitución de 1980 debe mantenerse, anuncian las encuestas, y parecería que los militares están abiertos a una negociación para introducir cambios.

Debe anotarse al margen que la salida de Pinochet -reclamada en las calles- no es seriamente exigida por el Comando del No. "Crearé un peligroso vacío de poder", advierte un asesor del Comando. Tampoco la cuestión de los derechos humanos -que en Argentina alcanzó una dimensión popular de juicio a nivel central, aunque en Chile las cifras de las atrocidades fueron menores o porque ha pasado más tiempo.

Quedan por ver los empresarios. Agra-

dos economistas del No juzgan con demasiada facilidad que el capital se atendrá a los resultados. Ven en los empresarios más oportunismo que ideología. Y eso puede ser un error, no sólo por la experiencia durante Allende sino por el comportamiento en la reciente campaña.

Si bien es verdad que hubo empresarios por el No, los grandes gremios se inclinaron inequívocamente por el Sí. La Sociedad de Fomento Fabril no vaciló en lanzar dos días antes del plebiscito los resultados de un estudio de difícil hechura, según el cual un eventual triunfo del No equivalía a medio millón menos de empleos en los cinco años siguientes. La clasificación suena con un nivel de precisión que pretendía verosimilitud y fue presentada, también, como noticia cuando ya la propaganda electoral estaba prohibida. Ricardo Claro, un empresario que preside el Instituto Cultural Chileno-Norteamericano, en el día siguiente al plebiscito apuntó a sus colegas a "perder el miedo". El futuro de la democracia chilena requiere que lo pierdan.

4 Algunas de las democracias reinstaladas hace poco en América Latina pasan por dificultades económicas y políticas tan serias, que el fanatismo de un golpe parece ser el horizonte. Y reaparece no sólo por aquello de la presunta conciencia que sufrimos a un movimiento pendular entre gobiernos civiles y militares, sino debido a que algunos sectores lo proponen. Así ocurre, cuando menos, en dos de los vecinos de Chile: la Argentina y Perú.

Los economistas por el No, un grupo de alto nivel profesional que jugó un rol importante con ocasión del plebiscito, afirman: "Cualquier modernización de la economía y política requiere un marco de una moderada ruptura con el carácter arbitrario de la inseguridad, el temor, la arbitrariedad y la represión que han caracterizado al actual gobierno". No parecen entenderlo así quienes en Lima comparan las performances de Pinochet y García, y se maravillan de los rigores chilenos. En parte, el miedo a la política como hegemonía y articulación, por ejemplo, es algo que ha acompañado la totalidad de mi trayectoria política.

En tal sentido yo nunca fui un marxista "total", alguien que buscara en el marxismo una "patria", una visión completa y armónica del mundo para usar los términos de Plejánov. Los "marxistas de la izquierda" que jugué con el marxismo fueron siempre más complicados y siempre trataron de articular el marxismo a alguna otra cosa. En mis primeros trabajos publicados en Inglaterra -las críticas a Poulantzas y Gunder Frank, por ejemplo- la gente tendió a ver una reformulación más rigurosa de la ortodoxia marxista, pero no creo que haya sido ésta una visión adecuada. En el caso de la crítica de Frank, por ejemplo, si se trata de definir al capitalismo como modo de producción para evitar que el concepto pierda todo valor analítico, por otro lado se afirma también que los modos de producción no son un sustrato o fundamento, sino que aparecen articulados en totalidades más amplias que son los sistemas económicos -y en aquella época muchos observaron que la categoría de "sistema económico" no es una categoría marxista. Y no creo que pueda entenderse en mis escritos de ninguna época la reducción de los componentes no-clasistas

También en el Franco se hablaba de Chile. Y no por simple curiosidad, el país siguió la noche del plebiscito mediante un enlace directo con la televisión del país vecino: se intentó que en él se jugaba no sólo el futuro de Chile.

Que en Perú y en la Argentina ciertos grupos económicos se jugaron el futuro a un país "rival", muestra en qué medida el régimen autoritario chileno resultó indispensable en el debate político de ambos países, agobiados no sólo por sus prolongadas crisis económicas sino por el fracaso de sus líderes políticos. En ese contexto, el plebiscito era una oportunidad singular para los defensores de la vía chilena.

Antes de preguntarte por la utilización que haces de la noción de posmarxismo querriamos que nos hablaras de la genealogía de estas ideas. En sus anteriores ensayos publicados en Política e ideología en la teoría marxista queda claro que aborδας los distintos temas -feudalismo y capitalismo en América Latina, la especificidad de lo político, los orígenes del fascismo, la idea de populismo- partiendo de la idea de que tales temas han sido casi siempre abordados con "terrorismo teórico", si puede usarse esta expresión. Lo que parece sostener es que, en nombre de la claridad paradigmática y la consistencia lógica, se tendió a ignorar la especificidad histórica de los fenómenos abordados. Esta estrategia parece apuntar ya hacia la crítica más general de los discursos esencialistas que se desarrollan en la actualidad. Incluso en la introducción de Política e ideología planteas el problema del "reduccionismo de clase", tema de importancia central en tu reciente trabajo en colaboración con Chantal Mouffe. Al mismo tiempo, aquellos escritos se sitúan aún en el interior de los parámetros de la tradición marxista - el homenaje a la riqueza teórica y práctica de Althusser y Della Volpe nos parece un ejemplo de esa postura.

¿Cuál es la historia intelectual que subyace detrás de tu postura teórica actual? ¿Cuál fue el camino que te llevó de estos primeros pasos hesitantes a tu concepción ulterior del posmarxismo? Déjame decirte, en primer lugar, que yo no pienso que haya una tal radical discontinuidad en mi evolución intelectual. De algún modo creo que esa evolución no ha sido sino un proceso de profundización de intuiciones que estaban allí desde el comienzo. La idea de la política como hegemonía y articulación, por ejemplo, es algo que ha acompañado la totalidad de mi trayectoria política.

En tal sentido yo nunca fui un marxista "total", alguien que buscara en el marxismo una "patria", una visión completa y armónica del mundo para usar los términos de Plejánov. Los "marxistas de la izquierda" que jugué con el marxismo fueron siempre más complicados y siempre trataron de articular el marxismo a alguna otra cosa. En mis primeros trabajos publicados en Inglaterra -las críticas a Poulantzas y Gunder Frank, por ejemplo- la gente tendió a ver una reformulación más rigurosa de la ortodoxia marxista, pero no creo que haya sido ésta una visión adecuada. En el caso de la crítica de Frank, por ejemplo, si se trata de definir al capitalismo como modo de producción para evitar que el concepto pierda todo valor analítico, por otro lado se afirma también que los modos de producción no son un sustrato o fundamento, sino que aparecen articulados en totalidades más amplias que son los sistemas económicos -y en aquella época muchos observaron que la categoría de "sistema económico" no es una categoría marxista. Y no creo que pueda entenderse en mis escritos de ninguna época la reducción de los componentes no-clasistas

Sobre "Hegemonía y estrategia socialista"

Hacia una radicalización de la democracia

Ernesto Laclau

Traducimos aquí, con acuerdo de su autor, el reportaje que la revista Strategies de la Universidad de California hizo recientemente a Ernesto Laclau con motivo de la publicación de su libro, escrito en colaboración con Chantal Mouffe, Hegemonía y estrategia socialista (Londres, 1985). La edición española de una obra que desde su aparición ha provocado encendidas polémicas vuelve pertinente dar a conocer estas reflexiones que tienen la virtud no sólo de introducir a los temas del libro, sino también de ampliar ideas allí enunciadas y que resultan de plena vigencia para el examen de problemáticas propias.

al papel de superestructuras de las clases. Mi crítica a la concepción del fascismo en Poulantzas se basó, precisamente, en afirmar la irreductibilidad de lo "nacional-popular" a las clases.

En cuanto a la influencia que tuvieron sobre mí pensadores como Della Volpe y Althusser la respuesta es similar: fue la necesidad de pensar la dirección y el carácter moderado rupturista con el carácter totalizante del discurso marxista -la contradicción sobredeterminada en Althusser, la tendencia antiideológica del pensamiento de Della Volpe- que me sentí atraído por sus obras. En el caso de Della Volpe, creo que observé toda una obra, en un cierto momento, fue considerablemente exagerado. Su reducción del historicismo a teleología, su insistencia en la validez de las categorías abstractas del marxismo frente a su articulación a las tradiciones concretas, su incompreensión del pensamiento de Gramsci, van exactamente en la dirección opuesta a lo que he intentado hacer en los últimos años. Pero en el caso de Althusser creo que una buena parte de mis trabajos posteriores pueden ser vistos como una radicalización de muchos temas que estaban ya insinuados en *Pour Marx* (mucho más que en *Fragmentos de un discurso*). Creo que la súbita desaparición de la escuela althusseriana se explica, en buena medida, por dos factores: en primer lugar, porque tuvo poco tiempo para madurar intelectualmente en una dirección posmarxista. La ola del 68 creó un nuevo clima histórico de los que observé toda una elucubración a multico-interpretativa alrededor de los textos sagrados de Marx; pero, en segundo lugar, y esto está conectado con lo anterior, es también necesario recordar que el proyecto althusseriano fue concebido como un intento de renovación teórica dentro del Partido Comunista Francés, lo cual fue progresivamente perdiendo sentido en el curso de los años setenta.

En todo caso, en lo que a mí respecta, la deconstrucción de la tradición marxista, no su simple abandono, es lo que resulta importante. La pérdida de la esencia del marxismo no puede prepararse; es siempre un hecho traumático y un empobrecimiento. Uno sólo piensa desde

una tradición. Claro que la relación con la tradición no debe ser en relación de sumisión y de repetición sino de transformación y de crítica. Uno debe construir su discurso como diferencia en relación con esa tradición y esto implica, a la vez, continuidades y discontinuidades. Si una tradición deja de ser el terreno cultural en el que la creatividad y la inscripción de nuevos problemas tiene lugar y pasa, al contrario, a ser un obstáculo a esa creatividad y a esa inscripción, ella se vuelve silenciosa y progresivamente abandonada. Porque todo traducción puede morir. En este sentido, el destino del marxismo como tradición no debe ser en un sentido, o bien es inscripto como momento histórico, parcial y limitado dentro de una línea histórica más amplia que es la tradición radical de Occidente, o bien será apropiado por los boyoscutos de las pequeñas sectas trotskistas, que seguirán repitiendo un lenguaje totalmente permitido; por lo cual, en 20 años, ya nadie se acordará del marxismo.

Permítenos que continuemos por este camino: parece claro que tu postura teórica refleja de algún modo los desarrollos concretos y prácticos de las luchas políticas "radicalizadas" en las democracias occidentales después del '68. En tu trabajo se percibe no sólo una conciencia de la importancia de las luchas ligadas a los derechos de la mujer, de los homosexuales, al desarme nuclear, a la ecología, sino también la "presencia" de los movimientos "anti-capitalistas" (como por ejemplo la "autonomía" en Italia), movimientos inspirados en Marx pero opuestos a los discursos y a las prácticas marxistas convencionales. ¿De qué manera influyeron estos -a otros- desarrollos políticos en sus posturas teóricas?

En el sentido de que ellos crearon el terreno histórico y político que me permitió profundizar ciertas intuiciones que, hasta ese momento, yo sólo había podido fundar en mi experiencia argentina. Los años sesenta en Argentina habían sido un período de rápida desintegración del tejido social. Después del golpe de estado de 1966 tuvo lugar una proliferación de nuevos antagonismos y una rápida

politicización de las relaciones sociales. Todo lo que he tratado de pensar teóricamente más tarde - la dispersión de las posiciones del sujeto, la recomposición hegemónica de las identidades fragmentadas, la reconstrucción de las identidades sociales a través del imaginario político - es algo que aprendí en esos años en el curso de la militancia práctica. Era evidente para todos nosotros que un planteo estrechamente clasista resultaba insuficiente. Las raíces de mi posmarxismo se remontan a ese período. Fue bien, en estas circunstancias las movilizaciones de 1968 en Francia, Alemania y USA parecieron confirmar esas intuiciones y permitieron ponerlas en un terreno histórico y político más amplio. Más tarde ya en Europa, el estudio de los nuevos movimientos sociales a que te refieres me permitieron avanzar teóricamente en la dirección que tú conoces a través de *Hegemonía y estrategia socialista*. En ese sentido fue también decisiva mi colaboración con Chantal Mouffe, que hizo contribuciones sumamente importantes a la problemática que estábamos tratando de elaborar conjuntamente (la formulación de una política en términos de "democracia radical", que figura en la parte final del libro es fundamentalmente una contribución suya).

En los dos primeros capítulos de *Hegemonía y estrategia socialista*, Chantal Mouffe y tú construyen una genealogía del concepto de hegemonía tal como se desarrolla dentro de la tradición marxista a partir de la *Introducción*. Uno de los puntos salientes de este relato es que la "nueva lógica política" de la hegemonía no podía ser teorizada -ni siquiera por Gramsci- debido al predominio de categorías esencialistas. ¿Cuáles son las limitaciones discursivas inherentes a la tradición marxista que implican que ésta pueda incorporar esa nueva lógica?

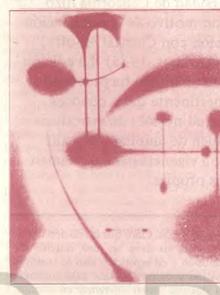
Más que hablar de una "limitación discursiva" inherente a la tradición marxista, yo hablaría de limitaciones que el marxismo comparte con el conjunto de la tradición sociológica del siglo XIX. La principal limitación a este respecto es el "objetivismo" en la comprensión de las relaciones sociales, que se reduce únicamente a la "metafísica de la presencia" que está implícita en las categorías sociológicas; es decir, el supuesto de que la sociedad puede entenderse como un conjunto objetivo y coherente a partir de un fundamento o de leyes de movimiento que pueden ser apprehendidos conceptualmente. Frente a ésto, la perspectiva que defendemos afirma el carácter contingente y "primordial" de la negatividad. Todo orden social surge, por lo tanto, sólo a partir de un movimiento que reprime un "exterior constitutivo" que lo niega -que es Jo mismo que decir que el orden social no logra nunca constituirse enteramente como orden objetivo. Es en tal sentido que hemos sostenido el caso del orden social antagonista: lo que en el antagonismo se muestra es la imposibilidad última de

la objetividad social. Ahora bien, el marxismo se constituyó como concepción esencialmente objetivista, como afirmación de la racionalidad de lo real, en la mejor tradición hegeliana. La historia racionalmente coherente constituida por el desarrollo de las fuerzas productivas y su combinación con diversos tipos de relaciones de producción es una historia sin "afuera". Esta clara que, desde el comienzo, esta historia tuvo que postular un suplemento no integrable fácilmente a sus categorías: este suplemento es la lucha de clases, es decir, el elemento de negatividad y antagonismo en la historia y en el proceso objetivo, la negatividad no puede ocupar en el lugar alguno; por otro lado, sin negatividad no hay ni teoría ni acción revolucionaria. La "lucha de clases" juega así en la teoría marxista el papel de lo que Derrida ha llamado un "hymen": la teoría a la vez la requiere y la hace imposible. Pero no tenemos que lamentarnos de esta inconsistencia: es gracias a ella que ha habido una historia del marxismo. Y esta historia ha consistido en la progresiva erosión inintegrable. Lo que es positivo y rescatable en el marxismo es el conjunto de categorías—hegemonía, en primer término—que elaboró en el curso de su distanciamiento del objetivismo originario. En cuanto a este último, es necesario relegarlo a donde corresponde: al museo de las antigüedades.

Si bien eres bastante convincente cuando discutes el tema de la "doble ausencia" en el marxismo posterior a la Segunda Internacional, no te has dedicado con la misma fuerza a la teoría de Marx propiamente dicha. Dada esta omisión, el comentario inevitable desde el campo del marxismo sería que si bien has demostrado la necesidad de ir más allá de superar el marxismo, no has demostrado la necesidad de ir más allá de Marx—La guerra civil en Francia, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, incluso la Crítica del Programa de Gotha—para encontrar una apertura teórica que si bien lea de la ideología, etc. En consecuencia, tus argumentos, en vez de conducirnos al posmarxismo, podrían conducirnos a estudiar a Marx más a fondo, a volvernos más marxistas. ¿Cómo responderías a este comentario?

Deciendo que la conclusión es demasiado optimista. Es cierto que en nuestro libro hemos tratado a la obra de Marx sólo marginalmente; el motivo es que la trayectoria del marxismo que allí presentamos, a partir de la II Internacional, es concebida no como una historia "general" sino como una genealogía del concepto de hegemonía. La historia de toda la objetividad de esa manera: el sentido dúo erróneo suponer que Plejánov o Kautsky, que dedicaron una parte considerable de sus vidas al estudio de la obra de Marx—y que sin duda no eran meros escritores—, han simplemente leído mal a Marx. Finalmente, quien afirma que los países más avanzados muestran un "fuerza" que no someten al espejo de su propio porvenir, o quien escribió el Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política, no es ningún comentarista economista de la II Internacional sino el propio Marx. Que esa dualidad entre una historia "racional" y una "fuerza" que no someten al espejo entre fuerzas productivas y relaciones de producción—, y una historia dominada por la negatividad y la contingencia—fundada, por tanto, en el carácter constitutivo de la lucha de clases—puede ser rastreada hasta en la obra del mismo Marx, es algo de lo que soy bien consciente. Pero el punto es que los escritos históricos y políticos donde el segundo momento tenderá naturalmente a estar más presente. Yo nunca he dicho que la

obra de Marx haya que abandonarla en bloques sino deconstruirla, que es algo muy distinto. Pero precisamente porque esa dualidad domina el conjunto de la obra de Marx, y porque de lo que se trata naturalmente es de eliminarla afirmando la negatividad y el antagonismo en el punto del antagonismo, es por lo que este último impide adoptar una posición posmarxista y no "volverse más marxista", como tú dices. Es necesario acabar con la tendencia a travestir nuestras ideas presentándolas como si fueran de Marx, y proclamando *ubi est ibi* cada diez años que uno ha descubierto al "verdadero" Marx. En alguna parte Paul M. Sweezy dice, muy sensatamente, que en lugar de descubrir lo que Marx quiso decir, el partir de la presunción simplificada de que quisó decir lo que dijo.



En el capítulo tres de Hegemonía y estrategia socialista tú intentan llenar el espacio teórico abierto por su deconstrucción del marxismo. En esta reconstrucción teórica la noción de "imposibilidad de lo social" y los conceptos de "articulación" y "antagonismo" ocupan un lugar central. ¿Cuál es la significación exacta de estos términos, y de qué modo pueden servir de base para una teoría de la lógica política de la hegemonía?

Los tres conceptos están interrelacionados. Por "imposibilidad de lo social" entiendo aquello a lo que me referí antes: la imposibilidad última de toda "objetividad". Algo es objetivo en la medida en que su "ser" está presente y plenamente constituido. En esta perspectiva las cosas "son" algo determinado, las relaciones "son" y en tal sentido están dadas de objetividad. Ahora bien, en nuestra teoría la afirmación nunca experimentamos la objetividad de esa manera: el sentido dúo erróneo suponer que Plejánov o Kautsky, que dedicaron una parte considerable de sus vidas al estudio de la obra de Marx—y que sin duda no eran meros escritores—, han simplemente leído mal a Marx. Finalmente, quien afirma que los países más avanzados muestran un "fuerza" que no someten al espejo de su propio porvenir, o quien escribió el Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política, no es ningún comentarista economista de la II Internacional sino el propio Marx. Que esa dualidad entre una historia "racional" y una "fuerza" que no someten al espejo entre fuerzas productivas y relaciones de producción—, y una historia dominada por la negatividad y la contingencia—fundada, por tanto, en el carácter constitutivo de la lucha de clases—puede ser rastreada hasta en la obra del mismo Marx, es algo de lo que soy bien consciente. Pero el punto es que los escritos históricos y políticos donde el segundo momento tenderá naturalmente a estar más presente. Yo nunca he dicho que la

objetividad es mera apariencia ya que, por detrás de sus formas fenoménicas, una racionalidad más profunda está siempre operando. En tal sentido, el progreso del conocimiento es el descubrimiento de estados cada vez más profundos de objetividad y por lo tanto de la objetividad como tal está en cuestión.

Es éste el punto en que nuestro enfoque difiere (o no solamente el nuestro: él no es sino la continuación de una tradición intelectual múltiple que encuentra su expresión, por ejemplo, en una filosofía como la de Nietzsche). El momento de fracaso de la objetividad es, para nosotros, el "exterior constitutivo" de esta última. El movimiento hacia estratos más profundos no revela formas más altas de objetividad sino una contingencia cada vez más radical. El ser de los objetos es,

por consiguiente, radicalmente histórico, y la "objetividad" es una construcción social. Es en tal sentido que la sociedad no existe: en la medida en que la objetividad, como sistema de diferencias que establece el ser de entidades, muestran siempre las huellas de su arbitrariedad última y sólo existe en el movimiento pragmático y por tanto siempre incompleto—de su afirmación. La contingencia radical de lo social se muestra, según hemos afirmado, en la experiencia del antagonismo. Si la fuerza que me antagoniza niega mi identidad, el mantenimiento de esa identidad depende del resultado de una lucha; y si el desenlace de esa lucha no está garantizado por ninguna ley a priori de la historia, en ese caso toda identidad tiene carácter contingente. Ahora bien, si como lo hemos mostrado, el antagonismo es el "exterior constitutivo" que acompaña la afirmación de toda identidad, toda práctica social será, en alguna de sus dimensiones, articuladora. Por articulación entendemos la creación de algo fundamentalmente nuevo a partir de una dispersión de elementos. Si la sociedad tuviera una objetividad última, las prácticas sociales, incluidas las más innovadoras, serían esencialmente repetitivas: la explicación o reiteración de algo que estaba allí desde el comienzo. Y esto se aplica, desde luego, a toda ideología: si el "para sí" no estuviera ya contenido en el "en sí", el tránsito de uno a otro no sería teleológico. Pero si la contingencia penetra toda identidad y "límite", por tanto, toda objetividad, no hay objetividad que pueda constituir un "origen"; el momento de creación es radical—*creatio ex nihilo*—y ninguna práctica social, ni siquiera los más humildes actos de nuestra vida cotidiana, es enteramente repetitiva. La "articulación" en tal sentido, es el nivel ontológico primario de constitución de lo real. Y esto te hace ver por qué la categoría de "hegemonía" es algo así como el punto de partida de un discurso "posmarxista" en el interior

del marxismo. Porque el marxismo estaba bien enraizado en la metafísica tradicional de Occidente; era una filosofía de la historia. El desenlace de la historia era el resultado de "leyes objetivas" que podían ser apprehendidas racionales y que eran independientes de la voluntad y de la conciencia de los agentes. La concepción stalinista del "sentido objetivo" de las acciones no es sino la expresión burda y la *reductio ad absurdum* de algo que estaba implícito en el proyecto teórico de Marx. Pero "hegemonía" significa algo más distinto: significa la articulación contingente de elementos en torno a ciertas configuraciones sociales—los bloques históricos—que no puede ser predeterminedada por ninguna filosofía de la historia y que está esencialmente ligada a las luchas concretas de los agentes sociales. Por consiguiente, el concepto de "hegemonía" significa, en toda su humildad e individualidad y materialidad, no en tanto encarnan el sueño de los intelectuales acerca de una "clase universal". El posmarxismo es, en tal sentido, una radicalización de aquellos efectos subversivos del discurso esencialista que estaban implícitos desde el comienzo en la lógica de la hegemonía.

Volviendo a tus primeros trabajos, en ellos se nota claramente la influencia de Althusser. Por ejemplo, en tus ensayos sobre el fascismo y el populismo subrayas la importancia de la concepción althusseriana de la ideología, en particular de su noción de "interpelación ideológica", para la comprensión de la especificidad de dichos fenómenos sociales. Es interesante observar que esta concepción parece estar comparatada con la noción de "discurso" en Hegemonía y estrategia socialista. ¿Cuáles son las características centrales de tu noción de "discurso", y de qué manera se diferencian del concepto de "ideología" de Althusser? Para plantearlo en términos más generales, ¿puedes evitar que la noción de "discurso" sea reducida al estatus de una categoría esencialista?

El concepto de "discurso" en dicho libro no guarda relación alguna con la categoría de "ideología" tal como fuera formulada por Althusser. Para ser más exactos: el concepto de "ideología" del terreno en el que Althusser comenzó a reconocer algunos de los problemas que han pasado a ser centrales en nuestro enfoque, pero que él no podía radicalizar más allá de la distinción base/superestructura. Esto establece ya una línea de demarcación clara entre las dos perspectivas. Para el terreno de la ideología, lo importante todo el reconocimiento de su "materialidad", es una superestructura, una categoría regional de la totalidad social; un concepto, por tanto, esencialmente topográfico. Para nosotros, "discurso" no es un concepto topográfico sino el horizonte de constitución de un carácter. Este carácter es utilizado en mis trabajos, es un instrumento valioso para entender la construcción de las identidades sociales y políticas; pero, por las mismas razones que he señalado antes, sólo podía producir efectos limitados en la medida en que se permaneciera en la problemática althusseriana. Detrás de la categoría de "interpelación" está el fenómeno de la "identificación", que Freud ha descrito en varios puntos de sus obras, especialmente en *Psicología de las masas y análisis del Yo*. En su reformulación "laciana", él presupone la centralidad de "falla". En mis propios análisis, lo importante es, en cambio, la reconstrucción de identidades políticas y sociales a través de nuevas formas de identificación. Los límites de lo simbólico son, por tanto, las limitaciones que lo social encuen-

tradas (en Marx); o, b) considerar que esas estructuras práctico-discursivas no encubren ninguna objetividad más profunda que las trascienda y, a la vez, las explique sino que son formas sin misterio, intentos pragmáticos de subsistir lo "real" en el cuadro de una objetividad simbólica que será siempre finalmente desbordada. La primera solución sólo tiene sentido en el marco de la metafísica tradicional, que en la medida en que afirmaba la capacidad radical del concepto de apprehender lo real, era esencialmente idealista. La segunda solución, por el contrario, implica sostener que entre lo real y el concepto hay una asimetría insuperable y que lo real, por tanto, sólo se mostrará en la distorsión de lo conceptual.

Esta vía que es, en mi opinión, la vía de un materialismo correctamente entendido, implica afirmar el carácter discursivo de toda objetividad: si lo real fuera transparente al concepto, en ese caso entre la objetividad de lo conceptual y la objetividad de lo real no habría distinción posible, y el discursivo sería el medium neutro de presentación de esa objetividad a la conciencia. Pero si la objetividad es discursiva, si todo objeto que objeto se constituye como objeto de discurso, en ese caso habrá siempre un "exterior", un margen que no se deja aprehender, que limita y distorsiona lo "objetivo" y que es, precisamente, lo real. Esto he hecho verdaderamente, espero, por qué una categoría como la de "ideología", en su sentido tradicional, no tiene lugar en nuestra perspectiva teórica. Toda topografía supone un espacio dentro del cual tiene lugar la distinción entre regiones y niveles; esto implica, por tanto, un cierre de la totalidad. Pero si el concepto de "discurso" a esta ser apprehendida como estructura intermitente, y que asigna identidades precisas a sus regiones y niveles. Pero si toda objetividad es sistemáticamente desbordada por un exterior constitutivo, en ese caso cualquier forma de unidad, articulación y jerarquía no podrá existir. En consecuencia, las diversas regiones y niveles será el resultado de una construcción contingente y pragmática, y no una conexión esencial que deba ser reconocida. En tal sentido, es imposible determinar a priori que algo es la "superestructura" de ninguna otra. El concepto de ideología puede sin embargo mantenerse, incluso en su sentido de "falsa conciencia", si por esta última se entiende esa ilusión de "cierre", de "clausura", que es el horizonte imaginario que acompaña la instauración de toda objetividad. Esto también te muestra que nuestro concepto de "discurso" no tiene nada que ver con la idea esencialista de que es precisamente el concepto que, al afirmar la presencia del "exterior constitutivo" que acompaña la institución de toda identidad, señala la limitación y contingencia de toda esencia.

Finalmente, déjame remarcar que el concepto de "interpelación" en Althusser, que tú te refieres, es el que he utilizado en mis trabajos, es un instrumento valioso para entender la construcción de las identidades sociales y políticas; pero, por las mismas razones que he señalado antes, sólo podía producir efectos limitados en la medida en que se permaneciera en la problemática althusseriana. Detrás de la categoría de "interpelación" está el fenómeno de la "identificación", que Freud ha descrito en varios puntos de sus obras, especialmente en *Psicología de las masas y análisis del Yo*. En su reformulación "laciana", él presupone la centralidad de "falla". En mis propios análisis, lo importante es, en cambio, la reconstrucción de identidades políticas y sociales a través de nuevas formas de identificación. Los límites de lo simbólico son, por tanto, las limitaciones que lo social encuen-



tra para constituirse plenamente como tal. Pero en la formulación althusseriana, con todo su spinozismo insuperado, lo central es la producción del "efecto sujeto" como momento del proceso de reproducción de la totalidad social. En lugar de ver en la "identificación" un proceso ambiguo que muestra los límites de la objetividad, aquella pasa a ser exactamente lo contrario: un requerimiento interno de la objetividad en el proceso de su autoconstitución. (En términos spinozianos: el sujeto es sustancia).

En el último capítulo sostienes que lo que subyace a las luchas políticas por una democracia radicalizada es el "imaginario democrático". Del empleo de este concepto surgen una serie de interrogantes: en primer lugar, ¿el término simbólico no se torna una categoría esencialista en el relato que *Uds. hacen de la historia de la democracia radicalizada*. En segundo lugar, ¿podría pensarse que al situar los orígenes del imaginario democrático en la Revolución francesa están prestando un flanco a la acusación de "occidentalocentrismo". ¿Consistían que este discurso democrático es universal, y en caso afirmativo, por qué. En caso negativo, ¿cuál es el imaginario en acción en las sociedades no-occidentales?

No, el imaginario democrático es lo opuesto a toda forma de esencialismo. Afirmar la existencia de algo consiste en afirmar su identidad positiva y en la medida en que toda identidad es relacional, la identidad positiva consiste en señalar sus diferencias con otras identidades. Es sólo en la medida en que el señor es diferente de siervo que su identidad como señor se constituye. Pero en el caso del imaginario democrático lo que ocurre es distinto: lo que se afirma no son identidades positivas y diferenciales sino, al contrario, la equivalencia entre las mismas. El imaginario democrático no se constituye al nivel de la positividad (diferencial) de lo social, sino como transgresión y subversión de la misma. No hay, por tanto, ninguna afirmación esencialista. Una sociedad es democrática, no en la medida en que postula la validez de un cierto tipo de organización social y de ciertos valores frente a otros, sino en la medida en que se niega a dar a su propia organización y a sus propios valores el estatus de un *fundamentum inconvincum*. Hay democracia en la medida en que existe la posibilidad de un cuestionamiento ilimitado, pero esto equivale a decir que la democracia no

es un sistema de valores y un sistema de organización social, sino una cierta inflexión, un cierto debilitamiento del tipo de validez que se atribuye a toda organización y a todo valor.

No hay aquí ningún escepticismo: "dehilitar" los fundamentos de valores y de formas de organización significa también ampliar el área de los juegos estratégicos que es posible jugar con ellas y ampliar, por consiguiente, el campo de la libertad. Esto me conduce a tu segunda pregunta. La universalidad de los valores de la Revolución francesa reside, no en el hecho de haber propuesto un cierto tipo de ordenamiento social fundado en los Derechos del hombre y del ciudadano, sino en el hecho de que estos derechos son concebidos como aquellos de una universalidad abstracta que puede expandirse en las direcciones más diversas. Afirmar los derechos de los pueblos en su auto-determinación supone la legitimidad de los discursos de la igualdad en la esfera internacional, y éstos no son discursos "naturales", sino que tienen condiciones de posibilidad y una génesis específica. Por eso pienso que es ilegítimo oponer el "universalismo" de los valores occidentales a la especificidad propia de las diversas culturas y tradiciones nacionales, ya que afirmar la legitimidad de estas últimas en términos distintos que los de una xenofobia irrestricta supone aceptar la validez de discursos acerca de—volviendo al ejemplo—los derechos de las naciones a la autodeterminación, que sólo puede plantearse en términos "universalistas". El problema del "etnocentrismo" se presenta, por tanto, de modo considerablemente más complejo que en el pasado. Por un lado, hay una "universalización" de la historia y de la experiencia política que es irreversible. La interdependencia económica, tecnológica, cultural, etc., entre las naciones, implica que toda identidad, aun la más nacionalista o regionalista que se quiera, tiene que construirse como especificidad o alternativa en un terreno que es internacional y que está penetrado, en buena medida, por valores y tendencias universalistas. La afirmación de una identidad nacional, regional o cultural en términos de simple "retiro" o existencia segregada es, hoy día, una posición simplemente absurda. Pero, por otro lado, esa misma pluridimensionalidad del mundo en que vivimos implica que, por consiguiente, el vínculo entre las técnicas productivas y los complejos socio-culturales en las que fueron originariamente desarrolladas no es necesario; que

puede haber formas de articulación absolutamente originales que construyan nuevas identidades colectivas sobre la base de hegemonizar elementos tecnológicos, jurídicos, científicos, etc., diversos, por parte de complejos nacionales/culturales muy distintos. Que ha habido durante los dos últimos siglos una "occidentalización" del mundo a través de una revolución tecnológica, económica y cultural que comenzó en Europa, es un hecho evidente; que esas transformaciones sean intrínsecamente occidentales y que los otros pueblos sólo puedan oponer una resistencia puramente externa y defensiva como modo de defensa de su identidad nacional y cultural, me parece esencialmente falso y reaccionario. El verdadero etnocentrismo no reside en afirmar que la universalización de valores, técnicas, control científico del medio ambiente, etc., son procesos irreversibles, sino en sostener que estos procesos están ligados por un vínculo esencial e inamovible a la etnia "occidental".

El posmodernismo es sin duda uno de los tópicos centrales de la producción crítica de los últimos tiempos. ¿Consideras que es un tema importante? De ser así, ¿cómo definirías esa constelación de discursos y prácticas? ¿De qué modo sientes que tu propia teoría está relacionada con la lógica de la posmodernidad?

El debate en torno a la posmodernidad ha abarcado un conjunto de temas no necesariamente muy integrados unos con otros, y no todos ellos son relevantes para nuestro proyecto teórico-político. Hay, sin embargo, un aspecto central, común a los diversos enfoques caracterizados como posmodernos con el que nuestra perspectiva teórica está ciertamente emparentada, y es la cuestión de la desmontadura crítica al fundamentalismo de los proyectos emancipatorios de la modernidad. Desde mi punto de vista esto no implica un abandono de los valores humanos o políticos del proyecto de la Ilustración, sino una modulación distinta de sus términos y es la afirmación de una modernidad eran esenciales absolutas. En consecuencia, construcciones pragmáticas y contingentes. La entrada en la posmodernidad puede, en tal sentido, ser concebida como el logro de una múltiple conciencia: *conciencia epistemológica*, en la medida en que el progreso científico se nos presenta como una construcción contingente y una transformación y remplazo que no se funda en ninguna certeza apodictica; *conciencia ética*, en tanto que la defensa y afirmación de valores se funda en movimientos argumentativos que no conducen a ningún fundamento absoluto; *conciencia política*, en la medida en que los logros históricos se nos presentan como el producto de articulaciones hegemónicas contingentes—y, como tales, siempre reversibles—y no como el resultante de leyes inmanentes de la historia. Las posibilidades de construcción práctica a partir del presente se enriquecen como consecuencia directa de la dismutación de esas articulaciones epistemológicas. Estamos entrando en un mundo que es más consciente que cualquier otro momento del pasado de sus peligros y de la vulnerabilidad de sus valores, pero que, por eso mismo, no se siente limitado en sus posibilidades por ninguna fatalidad de la historia. Ya no nos encontramos como las sucesivas encarnaciones del Espíritu Absoluto—la Ciencia, la Clase, el Partido—sino como simples hombres y mujeres que pensamos y actuamos en un presente que es siempre transitorio y limitado; pero esa misma limitación es la condición de nuestra fuerza: podemos ser nosotros mismos y considerarnos nosotros mismos como las sucesivas encarnaciones del mundo sólo en la medida en que los

dioses hayan muerto. Ya no hay un Logos, externo a nosotros, cuyo mensaje debamos desmenuar en los intersticios de un mundo opaco.

Teniendo en cuenta que ustedes describen a un mundo en el que, como en el mundo de las autoridades, los antagonismos que se organizan alrededor de diversos puntos nodales, se podría suponer que las luchas culturales deberían ocupar un lugar de suma importancia en la teoría. Sin embargo, prácticamente todos los ejemplos de luchas ideológicas que utilizan son ejemplos específicamente políticos. ¿Qué lugar ocupa la lucha en las artes? ¿Cuál crees que es el papel de las formas culturales de masas?

Si, tienes razón. El campo de las luchas culturales tiene un papel fundamental en la construcción de las identidades políticas. La hegemonía no es un tipo de articulación limitado al campo de la política en sentido estricto sino que implica la construcción de una nueva cultura — y esto afecta todos los niveles en que los seres humanos moldean su identidad y sus relaciones. Así, el campo de la cultura, la construcción de lo privado, las formas de esparcimiento, el placer estético, etc.). Concedida de este modo la hegemonía no es, desde luego, hegemonía de un partido o de un sujeto, sino un vasto conjunto de operaciones e intervenciones diferentes que cristalizan, sin embargo, en un único tipo de cultura. Este punto crucial llama un dispositivo. Y en una era en que los medios de difusión de masas juegan un papel capital en la conformación de las identidades culturales, toda ofensiva hegemónica debe incluir, como uno de sus elementos centrales, una estrategia de lucha por la cultura.

Permíteme volver en este punto, a propósito de las estrategias culturales, a ciertos aspectos que se vinculan a la cuestión de la posmodernidad. La dimensión estética — la dimensión del deseo que se realiza en la experiencia estética — es fundamental en la configuración de un mundo. Platón ya había entendido la belleza es el esplendor de la verdad. Y su proyecto estético consistía en mostrar, por detrás de las imperfecciones del mundo de la experiencia sensible, las formas o paradigmas que constituían su esencia. Hay aquí un mecanismo de identificación bien claro: la experiencia estética es un mundo que se abre en este pasaje de la identificación, de la imperfección, a aquello que es concebido como forma pura o esencial. Pero esta forma esencial es también lo universal, y si en la experiencia estética el individuo se identifica con lo universal, la identidad se logra a través de la repetición de un acto que es en mí idéntico a otros individuos.

Creo que esto es importante para el tema de que estamos hablando, porque la cultura de la izquierda se ha construido de una manera muy similar.

Ha sido, en gran medida, una cultura de la eliminación de las especificidades, de la búsqueda de acción que, por detrás de estas últimas, era considerado como lo universal. Detrás de las diversas clases obrera concretas estaba la clase obrera, cuyo destino histórico se establecía al margen de toda especificidad: la revolución de 1917 no era una revolución rusa sino un paradigma general de acción revolucionaria; el militante debía reproducir, en su conducta, todos los automatismos imitativos de un "cuadro".

Como en tantas otras cosas, Gramsci representa, a este respecto, una excepción y un nuevo comienzo que tuvo pocos continuadores. Pues bien, pienso que la tarea principal de una nueva cultura — de una cultura posmoderna, si tú quieres — es transformar las formas de identificación y

de construcción de la subjetividad que existen en nuestra civilización. Es necesario pasar de formas culturales que se construyen como búsqueda de lo universal en lo contingente, a otras que se orientan en una dirección diametralmente opuesta, es decir, que intentan mostrar la contingencia esencial de toda universalidad, que construyan la belleza de lo específico, de lo irrepetible, de lo que transgrede la norma. Hay que reducir al mundo a su "escala humana". Desde Freud sabemos que ésta no es una tarea imposible, que el deseo a partir del cual esta empresa — o más bien esta constelación de empresas culturales pueda emprenderse, está allí, muy presente, distorsionando la prolijidad esencialista de nuestro mundo. Es necesario pasar de una cultura centrada en lo absoluto — que niega por tanto la dignidad de lo específico — a una cultura de la irreversibilidad sistemática: "Genealogía", "deconstrucción" y otras estrategias similares, son formas de poner en cuestión la dignidad de la "presencia", de los "orígenes", de la forma.

Quisieramos hacerle unas preguntas sobre el papel del postestructuralismo en los trabajos de Foucault y sobre la política del postestructuralismo en general. Algunos de las ideas de su último libro con Chantal Mouffe presentan una afinidad evidente con ciertos planteos postestructuralistas, en particular de Foucault y de Derrida. Ahora bien, las concepciones postestructuralistas de la política que usted ha desarrollado en sus últimos libros, han sido más de una vez tachadas de implícitamente nihilistas y apolíticas; y cuando se las considera políticas, se las acusa de anarquistas o autoritarias. Si bien es una suma de acusaciones parece difícilmente creíble, es verdad, en cambio, que plantea algunas ideas políticas interesantes sobre el postestructuralismo. A partir de su propio compromiso con la democracia radicalizada, ¿cuáles crees que son las posibilidades

de los límites del postestructuralismo (de la deconstrucción en particular) para la prosecución de ese proyecto?

En primer término, seamos claros acerca de un punto: no hay algo que se pueda llamar una política del postestructuralismo. Lo ideal de que los enfoques teóricos constituyen "sistemas" filosóficos, con una continuidad ininterrompida que va desde la metafísica a la política, es una idea del pasado, que corresponde a una concepción racionalista y, en última instancia, idealista del conocimiento. En el punto más alto de la metafísica occidental se afirmó, como sabes, que "la verdad es el sistema". Hoy sabemos, por el contrario, que no hay "sistemas", que los que se presentan como tales sólo lo hacen hacerlo al precio de ocultar sus discontinuidades, de contrabandear en su estructura todo tipo de articulaciones pragmáticas y de supuestos no explícitas. Es este juego de conexiones ambiguas — no el descubrimiento de sistemáticas subyacentes — el que constituye el verdadero terreno de una historia intelectual. Las corrientes que han sido denominadas postestructuralistas, pues están lejos de constituir una tendencia unificada coherente, han creado un cierto clima intelectual, un cierto horizonte que hace posible un conjunto de operaciones teórico-discursivas a partir de la inestabilidad intrínseca de la relación significante/significado. La pregunta, por consiguiente, no es tanto cuál es la política del postestructuralismo, sino más bien, qué posibilidades abre una perspectiva teórica postestructuralista para la profundización de aquellas prácticas políticas que se mueven en la dirección de una democracia radicalizada. (Y aquí, en rigor, no habría que limitarse al postestructuralismo en sentido estricto: la filosofía posnialista a partir de la obra del último Wittgenstein, la radicalización del

proyecto fenomenológico en la obra de Heidegger, se mueven en una dirección esencialmente similar).

Si nos centramos, pues, no en una supuesta — y mía — conexión esencial entre postestructuralismo y democracia radicalizada, sino en el modo en que el postestructuralismo abre posibilidades de acción, en las posibilidades que el postestructuralismo abre para pensar y profundizar el proyecto de una democracia radicalizada, creo que debemos mencionar fundamentalmente cuatro aspectos. **Primero**, la posibilidad de pensar, en toda su plenitud, el carácter indeterminado de la democracia, que ha sido señalado en numerosas discusiones recientes, especialmente en los trabajos de Claude Lefort. Si en una sociedad jerárquica el carácter diferencial de las posiciones de los agentes tiende a establecer una fijación estricta entre significantes y significados sociales, en una sociedad democrática en el lugar del poder se transforma en un lugar vacío. La lógica democrática de la igualdad, por tanto, al no adherirse a ningún contenido concreto, tiende a tornarse una lógica pura de la circulación de significantes. Esta es la función esencial de la indeterminación lacianiana — está íntimamente ligada a la politización creciente de lo social, que es el rasgo más característico de las sociedades democráticas. Pero el pensar esta indeterminación y contingencia democrática como constitutivas, implica poner en cuestión la metafísica de la presencia, y así como convertir la crítica postestructuralista de la metafísica de la presencia, en una crítica del presunto carácter cerrado de cualquier objetividad.

Segundo, pasando más estrictamente al problema de la deconstrucción al que te refieres, la posibilidad de construir toda identidad es la construcción de una diferencia. Deconstruir una identidad significa mostrar el exterior constitutivo que la habita — es decir, exterior que constituye esa identidad y, a la vez, la pone en cuestión —. Pero eso no es otra cosa que afirmar su contingencia — es decir, su radical historicidad —. Ahora bien, si algo es esencialmente contingente, entonces, esto significa que puede ser siempre radicalmente puesto en cuestión. Y significa también que, en tal caso, no hay una fuente de lo social distinta de las decisiones de los hombres en el proceso de construcción social de sus propias identidades y de su propia existencia. Si la historia fuera el resultado de una tradición radicalmente puesta en marcha al margen de las decisiones contingentes de los hombres — la voluntad de Dios, un mundo fijo de formas esenciales, leyes históricas necesarias —, esto significaría que la democracia no puede ser radical, ya que lo social no se construiría políticamente sino desde un fundamento de una lógica immanente de lo social, sobreimpuesta a, o expresada a través de, toda voluntad política. Pero si el caso es el opuesto, entonces la de construcción, al mostrar el carácter contingente de toda identidad, muestra también su carácter político y entonces la democracia radical, cuando se funda en la necesidad de su carácter originario de lo social, es decir, su carácter político, más allá de sus formas sedimentadas, pasa a ser la primera forma histórica de lo que podríamos llamar pos-sociedad. Y advierte que con esto no estoy contraponiendo el esencialismo de un elector soberano. La misma contingencia que es constitutiva de toda identidad social es también constitutiva de la subjetividad de los agentes. Estos siempre se verán confrontados con una sociedad que les es parcialmente hostil y opaca, y por una falta que será constitutiva de su subjetividad. Lo que estoy afirmando es que esas decisiones, tomadas en ignorancia parcial de las circunstancias, de las consecuencias, y de las propias motivaciones,

son la única fuente de lo social y que es a través de ellas que lo social se constituye. Si en las concepciones tradicionales de una democracia radical, la transparencia de lo social era la condición de una liberación plena, lo que estoy afirmando ahora es lo contrario: que es sólo en la medida en que lo social es radicalmente contingente — y no obedece por tanto a ninguna ley immanente — que lo social está a la misma escala de agente, que son ellos mismos históricos, contingentes y fallibles. La verdadera liberación no consiste, por tanto, en proyectarse al futuro, momento que representará un tiempo "completo", sino, al contrario, en mostrar el carácter temporal, transitorio por tanto, de toda completitud.

Tercero, el sistemático debilitamiento de todo esencialismo nos abre el camino para una recuperación de la tradición radical, incluida la del marxismo, como una parte de ella. El anti-esencialismo como perspectiva teórica tiene una genealogía que pasa también por las diversas tradiciones políticas radicales. En los capítulos iniciales de *Hegemonía y estrategia socialista* hemos intentado mostrar cómo la desagregación de los discursos de los marxistas es simplemente una crítica al marxismo, sino también un movimiento en el interior del marxismo. La concepción soreliana del mito, por ejemplo, se funda en una antisencialismo radical: no hay "en sí" objetivo de lo social, al margen de la reconstitución mítica de los sujetos, en proyectos políticos. No se negar a través de los enfrentamientos violentos entre los grupos. Y la "hegemonía" en Gramsci se mueve en la misma dirección: la noción de bloque histórico, que reemplaza en su visión a la dualidad base superestructura, se funda entonces en una historia contingente de prácticas, pragmáticas y contingentes. De lo que se trata es, por tanto, de partir de la nueva conciencia posibilitada por prácticas tales como la deconstrucción, o los "juegos de lenguaje", para trazar una genealogía política del presente. Y esta genealogía es la construcción de una tradición, en el sentido más estricto de término, que significa que hoy nos acecha no es tanto la continuidad de los discursos esencialistas del marxismo clásico, que han sido totalmente fragmentados y en los que ya nadie cree, sino su no reemplazo por algún discurso alternativo, es decir, el colapso de toda tradición radicalmente puesta en libertad a una tradición reciente en reconocer en el pasado su carácter histórico y transitorio, su diferencia con el presente (diferencia que implica a la vez continuidades y discontinuidades), y no en hacer del pasado un modelo y un origen al que se trata de reducir el presente a través de manipulaciones ideológicas, cada vez más absurdas y menos creíbles.

Cuarto, y finalmente, está la cuestión de la relación entre los "núcleos duros" — la trascendentalidad, la apodicticidad el carácter algorítmico de las decisiones — y la democracia. Una decisión apodictica, o en un sentido más general, una decisión que reclama para sí una racionalidad incontestable, es incompatible con una pluralidad de puntos de vista. Si la decisión se funda en un razonamiento de tipo apodictico no es en absoluto una decisión — una racionalidad que me trasciende ha decidido ya por mí, y mi única función es la de reconocer esa decisión y las consecuencias que de ella se desprenden. Es por eso que todas las formas de racionalismo radical están a un paso del totalitarismo. Pero, si al contrario, se muestra que no hay fundamento racional último de lo social, lo que se sigue no es una arbitrariedad total, sino la radical debilidad que inherente a una estructura argumentativa fundada en la vezosimilitud de sus conclusiones en lo que

Aristóteles denominara *phronesis*. Y esta estructura argumentativa, por el hecho mismo de no estar fundada en una racionalidad apodictica, es eminentemente pluralista. La sociedad sólo tiene la racionalidad relativa — valores, formas de cálculo — que se articulan a través de las decisiones argumentativas, que se construye colectivamente como tradición, y que puede por tanto ser siempre transformada y contestada. Pero, en tal sentido, la expansión de las áreas de lo social que dependen menos de un fundamento racional inapelable y que se fundan, por tanto, en una construcción comunitaria, es una condición de la radicalización de la democracia. Prácticas tales como la deconstrucción, o los juegos de lenguaje de Wittgenstein, cumplen así la función de incrementar nuestra conciencia del carácter socialmente construido de nuestro mundo, y abre la posibilidad de una fundamentación a través de decisiones colectivas de lo que antes era concebido como establecido para siempre por Dios, o por la Razón o por la Naturaleza Humana. Todos estos son nombres equivalentes en su función de poner el destino de los seres humanos más allá del alcance de sus decisiones.

El papel y el lugar del intelectual en la lucha por la liberación del hombre ha sido debatido largamente en el seno de la tradición marxista. De acuerdo con tu teoría de la hegemonía, al intelectual no le cabe ni el papel que le adjudicaban los teóricos de la Tercera Internacional, ni tampoco el de "intelectual orgánico" tal como lo definió Gramsci. ¿Cuál es el papel del intelectual, como contribuye en impulsar un proyecto de democracia radicalizada?

No sé porque dices que nuestra concepción es incompatible con la idea gramsciana del "intelectual orgánico". Por el contrario, creo que ella es, en buena medida, una extensión de aquella. El intelectual "orgánico" en el pensamiento gramsciano depende de una doble extensión de la

función de la actividad intelectual, que es perfectamente compatible con nuestro enfoque. En primer término, el "intelectual" no es para Gramsci un grupo social separado sino todo aquel que funda la unidad orgánica de un conjunto de actividades que, libradas a sí mismas, serían fragmentadas y dispersas. Un activista sindical, en tal sentido, sería un intelectual, por cuanto suelta en un todo orgánico actividades tales como la organización y representación de las demandas obreras, las formas de negociación con las organizaciones patronales y con el estado, los contactos con la prensa, las actividades culturales de los sindicatos, etc. La función intelectual es, por tanto, la práctica de la articulación. Y lo esencial es ver que esta práctica se reconoce como cada vez más importante en la medida en que se quebra la imagen de una evolución histórica dominada por los movimientos necesarios de la infraestructura. Quiero recordarte que el mismo Kautsky debió reconocer que el socialismo no brota espontáneamente de la clase obrera sino que debe ser introducido en ella por parte de los nuevos proyectos ideológicos. La función del intelectual es, por tanto, la función de la articulación, ya que ella no se concentra en una casta — consiste en la invención de lenguajes. Si la unidad de los bloques históricos está dada por las "ideologías orgánicas" que articulan en nuevos proyectos ideológicos fragmentados y dispersos, la producción de esas ideologías es la función intelectual por excelencia. Observa que esas ideologías no se construyen que "utopías" propuestas a la sociedad; ellas son inseparables de las prácticas colectivas a través de las cuales la articulación social tiene lugar. Son, por tanto, inseparables de las prácticas y pragmáticas, los cual no excluye cierto aspecto utópico o mítico (en el sentido soreliano), que le está dada por su dimensión de horizonte.

Es a esta última dimensión a la que quisiera referirme, con algunas observaciones finales. Si los intelectuales — considero a todos los que se dedican a esto — y restringido — han de jugar un papel positivo en la construcción de las nuevas formas de civilización que comenzamos a vislumbrar y no han de ser responsables de una nueva *trahison des clercs*, ellos deben construir las condiciones de su propia construcción. En primer término, que debemos tener cada vez menos "grandes intelectuales" y más "intelectuales orgánicos". La idea del "gran intelectual" estaba ligada a una función de reconocimiento: la tarea del intelectual estaba inseparablemente unida al concepto clásico de verdad. Porque se pensaba que había una verdad intrínseca de las cosas que revelaba a ciertas formas particulares de acceso que eran el coto privado del intelectual: éste recibía el conjunto de privilegios que lo constituían en una casta. Pero si hoy consideramos que toda verdad es relativa a una formación discursiva, que todo discurso sobre un tema sólo puede ser la base de construir nuevos discursos, la "verdad" es esencialmente pragmática y, en tal sentido, se democratiza. Porque hoy sabemos que lo social es articulación y discurso, la dimensión intelectual no tiene un carácter de reconocimiento sino de construcción. En consecuencia la actividad intelectual puede ser el coto exclusivo de una élite de grandes intelectuales: ella emerge de todos los puntos del tejido social. Si el "sistema" fue la expresión característica, el punto más alto y el ideal de conocimiento del intelectual tradicional. Las formas nuevas de pensamiento comienzan a ser sólo sistemáticas sino esencialmente anti-sistemáticas: se construyen a partir del reconocimiento de su propia contingencia e historicidad. Pero en este movimiento general de muerte de los dioses, de las ideologías salvadoras y de los grandes sacerdotales del intelecto, ¿no estamos permitiendo a cada hombre y a cada mujer asumir plenamente la responsabilidad de su propia contingencia y de su propio destino?

Revista de la Fundación Plural para la participación democrática

Plural 2

Justicia en Democracia

Santiago Kovadoff
Genaro Carré
Julio C. Cueto Rúa
Pedro Bohme
Ricardo Molinas
Alberto M. Binder
Eduardo C. Cantarero
Alejandro Carró
Juan Carlos López
Luis C. Moreno Ocampo
Alberto Antonio Spota
Juan Angel Pirker
E. Fernández Moore
Nelson Domínguez
Melkor Grossi
Katalini



LA IMAGEN - I.B. SINGER - EL HOMBRE DE LA URSS - V. NABOKOV - LA MEMORIA DE ABRAHAM - M. HALTER - EL GENUO - VOLTAIRE - PRIMER ENCUENTRO - BELLA CHA GALL - OPERA DE MUERTOS - A. DOURADO - MAGRA PERO NO MUCHO LAS PIERNAS FUERTES MORENA - A.C. RESEN DE - JARDIN CENIZAS - D. KIS - LA PEQUEÑA CIUDAD DEL TIEMPO SE DETUVO - B. HRABAL - ANSAY - M. CA PARROS - SITUACION DE PELIGRO - G. SACCOMMANO - EL VESTIDO ROSA - C. AIRA - CONVERGENCIAS - H. YOGUET - HISTORIAS SECRETAS - A. BONOMINI - AGUI FACE UNA DAMA - M. BOTTA - LAS PUERTAS DEL ESTE - E. MAC RENO - EL SITIO DE KELANY - M. COHEN - CANON DE LA COBA - T. MERCADO - LOS TRAIDORES - SILVINA OCAMPO Y J. R. WILCOCK - LA CIUDAD Y LA CASA - N. GUINZBURG - YO QUE SERVI AL REY DE INGLATERRA - B. HRABAL - CARTAS A MIS AMIGOS - S. ZWIG - NUESTRO DE QUINCEY - NUESTRO STEVENSON - NUESTRO KIPLING - SELECCION DE J. L. BORGES Y A. BIOY CASARES

Ada Korn Editora

Libros

El peso de la culpa

Varios Autores
Historikerstreit
(La querrela de los historiadores)
Munich, Piper, 1988

Traducción francesa:
Devant l'histoire,
Introducción de Luc Ferry
Paris, Cerf, 1988

Edición italiana:
Germania: un passato
che non passa
Introducción de Gian
Enrico Rusconi
Turin, Einaudi, 1987

Traducción parcial
en español:
Alemania y su pasado
histórico en Debats 21
Madrid, Ediciones
Alfons el Magnanim, 1987

"No es fácil ser los hijos de los autores del holocausto", escribió en el mes de junio de 1986 Christian Meier, presidente de la Asociación Alemana de Historiadores. Entonces aún no sabía hasta qué punto esas palabras se iban a ver confirmadas. Un mes después estuvo en Alemania la polémica que hoy es conocida con el nombre de la querrela de los historiadores.

En un primer momento el debate se centró en torno al significado que se debería dar a los campos de exterminio dentro de la historia de Alemania. ¿Estos campos de exterminio marcaron la historia de este país, es absolutamente único en el pasado de la humanidad? No, contestaron algunos historiadores, habiendo genocidios en todas las épocas. Si, alegaron otros, el crimen consciente y aplicado con modos industriales sobre toda una categoría de la población es incomparable y no puede disculparse, ni siquiera impudicamente, aduciendo que en otras épocas otros pueblos han cometido también atrocidades.

Lo que es indudable es que a una parte considerable de la población alemana le gustaría sentirse libe-

de exterminio. Los historiadores reconocían plenamente los hechos y su carácter atroz, pero pretendían contextualizarlos para que pudieran ser de alguna manera comprensibles a las actuales generaciones.

Habermas dirigió sus críticas contra los argumentos del historiador ruda de los sentimientos de culpa que le han embargado durante los últimos 40 años. Franz Joseph Strauss se hizo eco de este dicho cuando en 1987 dijo: "Necesitamos volver a andar con la cabeza bien alta". Un año antes, la visita de Ronald Reagan al cementerio de Bitburg, en el que no sólo están enterrados soldados alemanes muertos en la guerra, sino también miembros de las SS, provocó encendidas reacciones. Lo que hubiera tenido que ser un gesto de reconciliación abrió un abismo insoslayable entre diferentes puntos de vista, suscitando en muchos el sentimiento de que 40 años de sólida democracia no habían conseguido cerrar la herida de los antiguos pecados.

En un escenario estalló la discordia entre los historiadores alemanes. Durante todo un año la polémica ha ocupado las páginas de periódicos y revistas, y aún hoy sigue dominando los congresos y encuentros de los especialistas. Recientemente, en la editorial alemana Piper se ha publicado una colección de los textos más importantes del debate, de la que hasta ahora se han vendido más de 50.000 ejemplares y que ya ha sido traducida al francés. La polémica ha trascendido la frontera alemana. De hecho, en su introducción, Luc Ferry no duda en relacionar este debate con el caso Heidegger, maestro de uno de los historiadores revisionistas, y con la crítica, según él "perversa", que ciertas corrientes de la izquierda hacen contra el racionalismo de la época moderna.

La polémica, sin embargo, no había adquirido aún una perspectiva tan amplia cuando el filósofo Jürgen Habermas abrió el fuego contra las "tendencias apologeticas" que a su parecer, se revelaban en la reciente historiografía alemana dedicada al estudio del nazismo. No se trataba de un revisionismo angustinoso que declaraba que "los judíos están en los campos

taña y lucharán al lado de la democracia".

La respuesta de Habermas, apoyado por los historiadores Eberhard Jäckel y Hans Mommsen, fue contundente. Incluso desde un punto de vista meramente técnico, está inter, pretación era inaceptable. Por otra parte, tampoco se podía admitir que la

ron posible que los hornos crematorios polacos siguieran ardiendo hasta el último momento. Para el historiador Andreas Hillgruber, estos soldados hicieron simplemente lo que se esperaba de ellos, es decir, proteger a la población civil de las regiones orientales del Reich. Por tanto, su actuación fue moral-

mente correcta y está definitivamente justificada. Pero, se pregunta Habermas, ¿por qué ha ido qué identificación se enfrenta Alemania? ¿Ejerció alemán? ¿Por qué ha de ser considerada siempre desde el punto de vista de la autoridad?

Estas cuestiones inauguraron uno de los aspectos más importantes del debate: el problema de la identificación. ¿Desde qué punto de vista tiene que considerarse la culpabilidad del pueblo alemán?

El historiador Michael Stürmer, influyente publicista y consejero del canciller Kohl, fue el primero en plantear el problema de la relación con el pasado. Un pueblo que carece de historia no podrá desarrollarse ni su propia identidad. Este es el problema al que hoy se enfrenta Alemania. Ahora es preciso llenar esa laguna con una nueva apropiación del pasado despojado de sus rasgos denotativos.

Para Stürmer, acusa Habermas, no le interesa el pasado en sí mismo. Sólo pretende instrumentalizarlo para fines políticos actuales, eliminando de él todos sus aspectos problemáticos. Busca en la historia una base firme sobre la que se pueda fundar la identidad de un pueblo

mera sucesión de los crímenes (primero los rusos, después los alemanes) que ser interpretados como una reacción a las masacres de Stalin. En todo caso aduce Nolte, "tiene que quedar claro cuál era el original y cuál la copia".

Auschwitz sólo fue un momento en una historia de atrocidades, bajo cuyo peso el pueblo alemán no tiene que doblegarse más que el ruso bajo el peso de su propia culpabilidad.

A esta tesis Nolte añade la idea de que Hitler tenía motivos para pensar que los aliados pretendían destruir Alemania con la colaboración de los judíos. Para probar su idea remite a una carta de Chaim Weizman, presidente de la Jewish Agency, al primer ministro Chamberlain en la que declara que "los judíos están en los campos

fuerza, capaz de hacer frente a las amenazas y presiones del Este.

Con ello se retorna a una concepción que hasta de su actual secretario general, Fernando Calderón, planteó en sus ocho números un imprescindible, y hasta tardío, aire de apertura hacia otros lares. De irreverencia frente a lo disciplinario. De aventura del pensamiento ensayístico en los márgenes, y de capacidad de fábula para reconstruir "la realidad latinoamericana perdida" por el agotamiento, la crisis y giratoria del período nazi se ha escrito desde el punto de vista de los vencedores.

Esta necesidad de recuperar una relación con el propio pasado es, sin lugar a dudas, un problema actual en la República Federal de Alemania. De hecho, ha constituido el verdadero marco de toda la querrela de los historiadores. Por una parte, el exterminio es algo inhumano y demofónico; por otra, es un elemento inherente del pasado alemán. La culpa del holocausto no se resuelve, recién este carácter absoluto impide que los alemanes lo reconozcan plenamente como parte de su herencia.

De esta tensión surgen los deseos de conjurar el pasado, desembocando a veces en el intento de relativización por parte de los historiadores revisionistas.

Algunos historiadores que han participado en el debate consideran que desde el punto de vista de los historiadores revisionistas, el carácter único de Auschwitz, sino el hecho de que el pueblo alemán tiene que aprender a vivir con un pasado que le es inaceptable. Y el problema no se resuelve ni declarando el período nazí como absolutamente demofónico, y por tanto ajeno a la propia historia, ni aceptándolo tras eliminar de él los aspectos más desagradables y desagradables, que de la querrela de los historiadores actual no será la última manifestación de esta tensión. En este sentido, Christian Meier tenía razón: sigue siendo difícil ser los hijos de aquellos que perpetraron el holocausto.

Ger Groot

David y Goliat
Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Buenos Aires
Número 46-53
(Septiembre de 1988)

Para muchos científicos sociales resultó imprevisto. Para otros, polémico. Parabastante más de los que uno puede creer, hasta irritable por esa fuga de la rigurosidad y de "los datos consistentes y objetivos". Sin embargo, para otra gran parte de intelectuales y hombres-investigando, la revista David y Goliat que desde 1984 edita CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) bajo el estillo/perfil de su actual secretario general, Fernando Calderón, planteó en sus ocho números un imprescindible, y hasta tardío, aire de apertura hacia otros lares. De irreverencia frente a lo disciplinario. De aventura del pensamiento ensayístico en los márgenes, y de capacidad de fábula para reconstruir "la realidad latinoamericana perdida" por el agotamiento, la crisis y giratoria del período nazi se ha escrito desde el punto de vista de los vencedores.

Esta necesidad de recuperar una relación con el propio pasado es, sin lugar a dudas, un problema actual en la República Federal de Alemania. De hecho, ha constituido el verdadero marco de toda la querrela de los historiadores. Por una parte, el exterminio es algo inhumano y demofónico; por otra, es un elemento inherente del pasado alemán. La culpa del holocausto no se resuelve, recién este carácter absoluto impide que los alemanes lo reconozcan plenamente como parte de su herencia.

De esta tensión surgen los deseos de conjurar el pasado, desembocando a veces en el intento de relativización por parte de los historiadores revisionistas.

Algunos historiadores que han participado en el debate consideran que desde el punto de vista de los historiadores revisionistas, el carácter único de Auschwitz, sino el hecho de que el pueblo alemán tiene que aprender a vivir con un pasado que le es inaceptable. Y el problema no se resuelve ni declarando el período nazí como absolutamente demofónico, y por tanto ajeno a la propia historia, ni aceptándolo tras eliminar de él los aspectos más desagradables y desagradables, que de la querrela de los historiadores actual no será la última manifestación de esta tensión. En este sentido, Christian Meier tenía razón: sigue siendo difícil ser los hijos de aquellos que perpetraron el holocausto.

mandumbre, lo obvio, la autoridad científica, en función de la gubernamentalidad y la crisis, y el cuadrar en arcas e ítems de prolija metodología, todo lo que de nuevo (en el mundo) aspira a ser complejidad, mixtura, bendición de lo indecible, y que la sociología (prescritiva y normativa) se permite, replegue y racionaliza desde alguna matriz teórica reciente, ahora que el post-ocupación permite visitar todos los desvanes.

A diferencias de su padre eterno, Augusto Comte, que en su sueño de racionalidad absoluta y casticista para el ordenamiento de lo social, no disminuyó su locura, sus intentos de suicidio, su copular en la tumba de su mujer con la imagen de amada virgen, ni ser acusado de "completamente loco" por su segunda esposa a la hora del testamento, lo sociológico ahora pareciera preferir el otro rostro del loco: el del tanto del pueblo; de la noventista, que repite refranes de su infancia. Tal vez por esta paranoia, Castoriadis prefiere escribir ahora "desde una reflexión lo más anti-científica posible... no he movilizad a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente lo que todo el mundo de antemano ya conoce; por ejemplo, que a los conciertos de música sería no asisten sino ciertas categorías socioprofesionales de la población." Tal Cual, Cornelius.

En este sentido, la propuesta de David y Goliat busca sin duda escapar del autoencierro, reabrir la laguna desde cruces donde la ensayística, el pensamien-

Orlando Núñez Soto
Trabajo y lucha de clases en Nicaragua.
1979-1986
Siglo XXI Editores.
México, 1988

Por primera vez en nuestro país tenemos acceso a un libro del sociólogo nicaragüense Orlando Núñez Soto. El autor, director del Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA) y participante en la Comisión de Autonomía para la Costa Atlántica es uno de los intelectuales más relevantes de Nicaragua. Su obra anterior Democracia y Revolución en las Américas (Agenda para un debate) había mostrado originalidad analítica en la aplicación de las categorías marxistas.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ojos problemáticos del destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Por la burguesía que pierde el control interno de la sociedad busca el apoyo exterior del imperialismo, por lo que "el desmoronamiento de la revolución burguesa-imperialista, que sostiene un proyecto capitalista, a manos de un bloque popular que dirige su proyecto de clase hacia la superación del capitalismo a través del rompimiento con el imperialismo." Esta revolución se basa en el antagonismo

de las dos clases fundamentales de la formación social (burguesía/proletariado) sino en la capacidad de la vanguardia de unificar todas las clases contra el imperialismo y su representante, la dictadura socialista.

La revolución social es la respuesta al interrogante sobre las posibilidades económicas de la transición; implica una ruptura económica con el orden anterior y la puesta en marcha de un proyecto socio-económico alternativo. Dado el incipiente desarrollo de las fuerzas productivas transferir significa determinar la fuente y la forma de la acumulación originaria socialista. En el caso nicaragüense esto significó el control del sector externo de la economía, del proceso de acumulación entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ojos problemáticos del destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Por la burguesía que pierde el control interno de la sociedad busca el apoyo exterior del imperialismo, por lo que "el desmoronamiento de la revolución burguesa-imperialista, que sostiene un proyecto capitalista, a manos de un bloque popular que dirige su proyecto de clase hacia la superación del capitalismo a través del rompimiento con el imperialismo." Esta revolución se basa en el antagonismo

de las dos clases fundamentales de la formación social (burguesía/proletariado) sino en la capacidad de la vanguardia de unificar todas las clases contra el imperialismo y su representante, la dictadura socialista.

La revolución social es la respuesta al interrogante sobre las posibilidades económicas de la transición; implica una ruptura económica con el orden anterior y la puesta en marcha de un proyecto socio-económico alternativo. Dado el incipiente desarrollo de las fuerzas productivas transferir significa determinar la fuente y la forma de la acumulación originaria socialista. En el caso nicaragüense esto significó el control del sector externo de la economía, del proceso de acumulación entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ojos problemáticos del destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Por la burguesía que pierde el control interno de la sociedad busca el apoyo exterior del imperialismo, por lo que "el desmoronamiento de la revolución burguesa-imperialista, que sostiene un proyecto capitalista, a manos de un bloque popular que dirige su proyecto de clase hacia la superación del capitalismo a través del rompimiento con el imperialismo." Esta revolución se basa en el antagonismo

de las dos clases fundamentales de la formación social (burguesía/proletariado) sino en la capacidad de la vanguardia de unificar todas las clases contra el imperialismo y su representante, la dictadura socialista.

de las dos clases fundamentales de la formación social (burguesía/proletariado) sino en la capacidad de la vanguardia de unificar todas las clases contra el imperialismo y su representante, la dictadura socialista.

La revolución social es la respuesta al interrogante sobre las posibilidades económicas de la transición; implica una ruptura económica con el orden anterior y la puesta en marcha de un proyecto socio-económico alternativo. Dado el incipiente desarrollo de las fuerzas productivas transferir significa determinar la fuente y la forma de la acumulación originaria socialista. En el caso nicaragüense esto significó el control del sector externo de la economía, del proceso de acumulación entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ojos problemáticos del destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Por la burguesía que pierde el control interno de la sociedad busca el apoyo exterior del imperialismo, por lo que "el desmoronamiento de la revolución burguesa-imperialista, que sostiene un proyecto capitalista, a manos de un bloque popular que dirige su proyecto de clase hacia la superación del capitalismo a través del rompimiento con el imperialismo." Esta revolución se basa en el antagonismo

de las dos clases fundamentales de la formación social (burguesía/proletariado) sino en la capacidad de la vanguardia de unificar todas las clases contra el imperialismo y su representante, la dictadura socialista.

La revolución social es la respuesta al interrogante sobre las posibilidades económicas de la transición; implica una ruptura económica con el orden anterior y la puesta en marcha de un proyecto socio-económico alternativo. Dado el incipiente desarrollo de las fuerzas productivas transferir significa determinar la fuente y la forma de la acumulación originaria socialista. En el caso nicaragüense esto significó el control del sector externo de la economía, del proceso de acumulación entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ojos problemáticos del destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado. Todo lo cual permitió que el poder burgués perdiera su real existencia como clave económica y política que a medida que se profundiza el proceso revolucionario la correlación de fuerzas entre la burguesía industrial y el sector estatal, el destino de los sectores de consumo y del mercado.

Por la burguesía que pierde el control interno de la sociedad busca el apoyo exterior del imperialismo, por lo que "el desmoronamiento de la revolución burguesa-imperialista, que sostiene un proyecto capitalista, a manos de un bloque popular que dirige su proyecto de clase hacia la superación del capitalismo a través del rompimiento con el imperialismo." Esta revolución se basa en el antagonismo

de las dos clases fundamentales de la formación social (burguesía/proletariado) sino en la capacidad de la vanguardia de unificar todas las clases contra el imperialismo y su representante, la dictadura socialista.

"cuarta fuerza" social que permitió el triunfo de la revolución —aislando a la dictadura— y a su consolidación actual.

Los problemas teóricos y políticos están ligados —a lo largo del libro— con los económicos que determinarán los ritmos que marcará la transformación del campo, eje del modelo agroexportador y de cuyo cambio depende el proceso de acumulación y apropiación de los excedentes en beneficio de la amplia mayoría; los campesinos, los obreros y la masa urbana.

Por otra parte, Núñez define el carácter democrático de la revolución que un aporte a las revoluciones políticas y sociales posibilitando "que la bandera de la democracia pueda ser arrebatada de manos de la derecha para ser enarbola revolucionariamente por la izquierda" [pues] "el pluralismo político fortalece la democracia participativa de los trabajadores y de las mayorías populares de una sociedad y no solamente no perturba las tareas revolucionarias sino más bien las fortalece".

Trasición y lucha de clases en Nicaragua debería ser leído por quienes desde las ciencias sociales y la participación política desean profundizar el estudio de las transformaciones políticas y sociales de los países dependientes y que —del mismo modo en que con inteligencia crítica y conocimiento de la problemática nicaragüense lo hace Orlando Núñez— consideran al socialismo como un proyecto alternativo viable al capitalismo.

Pedro Brieger



Para integrar a los docentes nacionales:

UN MEDIO DE COMUNICACION

Desde octubre de 1987 venimos editando el periódico ESPACIO PÚBLICO destinado a los docentes nacionales que necesitan una revista, artículos sobre cuestiones educativas y de interés general, así como la oferta de servicios, tanto a través del Ministerio de Educación.

Si usted tuviera no lo recibe, pídale a Pizarro 935, 2do. piso. (1620) Capital Federal. Se lo enviaremos gratuitamente a su domicilio.

ESPACIO PÚBLICO

EDITADO POR EL MONITOR DE LA EDUCACION COMUM

UNA MODERNIDAD PERIFERICA: Buenos Aires 1920 y 1930, por Beatriz Sarlo

FOUCAULT (ANÁLISIS DE SUS ESCRITOS), por David Couzens

De la misma colección:

Acaba de aparecer:

LA PRODUCCION DE UN ORDEN (ENSAYOS SOBRE LA DEMOCRACIA ENTRE EL ESTADO Y LA SOCIEDAD, por Juan Carlos Portantiero

LOS UTOPISTAS POSTINDUSTRIALES, por Boris Frankel

Ediciones Nueva Visión

Tucumán 3748, Capital C. 89-5050

Ensayo

La ciencia política en América Latina

Wanderley Guilherme dos Santos

El desarrollo de la ciencia política como disciplina institucionalizada, es decir, sujeta a programas y realizada en centros de investigación —comprometida de diversas formas con un quehacer disciplinario—, es bastante reciente en América Latina. Por esta razón, entre otras, se torna difícil hacer una evaluación precisa y justa del "estado actual de esas artes" en la región. A lo anterior hay que sumar un intercambio débil de informaciones e ideas entre los diversos centros y la inexistencia de un clearing-house que tenga la tarea de difundir tales informaciones y de incentivar aquel intercambio. Estas notas son un relato sobre la ciencia política en América Latina, a las que no precede ninguna investigación sistemática, lo cual no significa que desconozcamos el riesgo —posible— de presentar una imagen inapropiada de los esfuerzos latinoamericanos que están empeñados en la producción de conocimientos científicos. Debe quedar claro, por lo tanto, que estos apuntes no pretenden ser un inventario de lo que se está haciendo en el campo latinoamericano de la ciencia política. El objetivo del texto es, más bien, presentar una evaluación personal de lo que al parecer del autor son algunos de los más importantes indicadores del reciente progreso de la disciplina en América Latina y de los aspectos que considera son algunos de los principales obstáculos de su desarrollo ulterior.

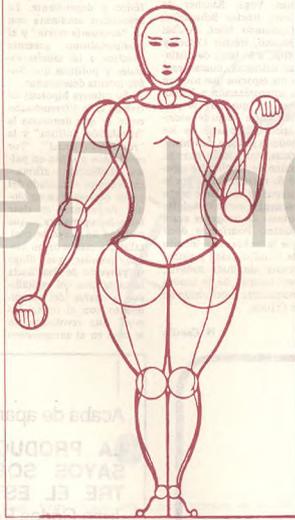
En la exposición pongo de relieve fundamentalmente los obstáculos para el desarrollo de la ciencia política en América Latina y apenas, muy ligeramente, apuntaré algunas de las características positivas del mismo. Como una última advertencia debo aclarar que escogí deliberadamente tal estrategia de exposición, por la sencilla razón de que me preocupa menos exaltar los contrastes favorables en relación al pasado de la disciplina, que provocar un debate sobre las formas más adecuadas para estimular la producción del conocimiento sobre la política de la región. Por este mismo motivo, me abstengo de personalizar o de argumentar apoyándome en la referencia a autores más o menos conocidos. En esencia, más que buscar contestar a algunas tesis específicas de cualquier autor en particular, me propongo destacar algunas deficiencias que me parecen relevantes en la producción contemporánea. Las tesis específicas, en este caso, darían lugar a un debate más general en términos de una polémica meramente tónica, en la cual estoy mínimamente interesado. Expongo lo anterior, pasará a la relatoría propiamente dicha —como manda la conveniencia— empezando por los elogios.

La división social del trabajo intelectual y sus consecuencias positivas

Como se sabe, la división social del trabajo se da en el nivel de los grandes agregados sociales —primario, secundario, terciario—, para utilizar la distinción convencional—, pero igualmente en el interior de cada microunidad de esos agregados —en la hacienda, en las fábricas y en los servicios. Menos marcada aún es la división del trabajo intelectual que comienza a presentarse, principalmente a partir del siglo XVIII, cuando la acumulación de conocimientos especializados de los diversos ramos en que estaba constituido el departamento, oficina, se torna inviable para la permanencia del productor autoficiente de conocimientos. No nos interesa, en estas notas, detallar la ruta seguida por este proceso de especialización del saber, sino más bien resaltar que su efecto fue la constitución de un conjunto diferenciado de disciplinas, tanto en el ámbito de las denominadas ciencias naturales como en el que se refiere a las ciencias sociales.

El proceso de la división del trabajo intelectual es

también identificable en América Latina. El estudio del derecho se da, de modo semejante, haciendo las veces de la antigua filosofía y abrigando en su seno las diversas modalidades del análisis social, en tanto que la economía, la sociología, la ciencia política y la administración fueron inicialmente desarrolladas y estudiadas por juristas en el contexto institucional de las escuelas de derecho. Es de esta matriz institucional que se va desprendiendo lentamente el estudio de la economía, de la sociología y de la política —frecuentemente hermanas en departamentos de ciencias sociales—, así como de la historia y la administración (pública y privada).



Las ventajas de este proceso de especialización análoga a las ventajas que se observan en la división del trabajo material: mayor productividad de los productores —en lo concerniente a cantidad— en general, y mejor calidad del producto. La obligación de comprometerse, tan sólo, con una porción limitada de la realidad social y el procedimiento apropiado para el tratamiento de tal porción, condujeron —como es natural— a mayor cantidad producida por tiempo invertido y a una mayor competencia en la elaboración del producto final. En consecuencia, es innegable el dato de que contemporáneamente se conoce más y mejor diversos aspectos de las sociedades latinoamericanas de los que se conocía —digamos— hace treinta años.

De esta manera, como saldo positivo del proceso de especialización del saber, la actividad científica —en relación a la institucionalización en departamentos, institutos y centros de opinión, lo que de cierta forma vino a multiplicar los grupos de opinión favorables al reconocimiento social de la actividad profesional de investigadores y analistas sociales. Hay que decir que es verdad que a este saldo correspondió paralelamente un proceso competitivo, sobre todo entre los juristas y los economistas, en torno a la mejor forma de operar

las instituciones de poder estatal (tradicionalmente monopolizadas por los juristas), no es lo menos que las instituciones, por así decirlo, corporativas de las diversas disciplinas, ha tenido también una colaboración significativa en el establecimiento de controles internos en cada disciplina, es decir, en la formación de patrones de trabajo que se aproximan a una ética profesional. En este sentido, ya no es tan fácil emitir impetuosamente juicios irresponsables, estrictamente de opinión, sobre cualquier problema social o sobre la técnica del análisis del mismo. Los controles de calidad tributados para la división del trabajo material a nivel micro, esos que están presentes en el interior de cada unidad productiva, también comienzan a utilizarse en el campo de las disciplinas sociales. Cierta respetabilidad social, institucionalización, mayor productividad y mejor control de calidad del producto, son algunas, y no sólo pocas las consecuencias positivas que la división social del trabajo intelectual ha producido, o mejor, que va produciendo en América Latina. Es así que tal proceso no dejó drásticamente de las características que marcaron el desarrollo histórico de las disciplinas sociales en Europa o en el mundo anglosajón. Al mismo tiempo algunas consecuencias negativas de la división del trabajo intelectual en América Latina, le confieren a tal proceso ciertas características peculiares.

La división del trabajo intelectual y sus consecuencias negativas

Hoy en día está muy difundida la idea de que la compartimentación y burocratización de las disciplinas sociales, ocupándose cada una de ellas de porciones limitadas de la realidad social global, ha producido no solamente dividendos positivos, sino que analógicamente al proceso de la división del trabajo material, ha generado también consecuencias negativas para el adecuado entendimiento de los complejos problemas sociales. Bajo esta óptica se investiga la sociedad, por decirlo así, a partir de comportamientos aislados —la economía, la sociedad (*trienno sensu*) y la política, para reducir el problema en tres dimensiones—, y se cuestiona si es éste el recorte más apropiado para reflejar los fenómenos sociales, o en su defecto, si tal compartimentación se da a la lógica del acaso. En esta dirección habría que interrogar antes, si desde el punto de vista epistemológico cualquier recorte en la totalidad social es en todo caso legítimo. Sin embargo la dimensión epistemológica del problema no nos ocupará aquí. Nosotros vamos a partir de la existencia de una innegable burocratización y compartimentación de las disciplinas sociales y a apuntar algunas de las consecuencias negativas que tal división parece haber ocasionado específicamente para el estudio de la política en América Latina.

Con todo, vale la pena —preliminariamente— considerar que el abandono de una perspectiva totalizante en relación a las sociedades no significa tanto el desdén como la caracterización de lo que sería el objeto por excelencia de cada una de las disciplinas y que, por así decir, daría sentido globalizador a los eventuales avances de conocimiento en áreas muy particulares. Por ejemplo, la economía definió al "sistema económico" como la realidad global a la cual deberían estar referidos los diversos conocimientos particulares —económicos— que en su conjunto adquieren sentido pleno. Se tornó indispensable una formulación de la estructura y dinámica de esta realidad global —del sistema económico— para que los conocimientos especializados de las dimensiones de la economía —v.g., el sistema tributario y fiscal— pasaran a tener significado en un cuerpo integrado de doctrina. Es necesario, también, señalar que las disputas sobre las formulaciones competitivas de la es-

tructura y dinámica del "sistema económico" constituyen uno de los móviles más relevantes para el desarrollo del conocimiento de esta dimensión de la realidad social, lo mismo que de sus aspectos más parcelados. Lo mismo se podría decir de las demás disciplinas sociales —del sistema social y del sistema político, en relación a la sociología y a la ciencia política, respectivamente—. Mas lo que importa aquí, es considerar que no todas las disciplinas sociales se dieron en una igual sucesión durante el proceso de definición de sus "totalidades parciales". Sin afán de suscitar una gran polémica, creo que puede afirmarse, que la economía antecede a la sociología y ésta a la ciencia política. Por otro lado, parece también un acierto que los historiadores posean una tradición disciplinaria más sólida y menos caótica que los sociólogos o los cientistas de la política.

De este desarrollo parcelado desigual de las disciplinas sociales, resulta que la ciencia política es muy probablemente, entre todas, la que aún se enfrente de forma más dramática a una crisis de identidad. ¿Se llegará algún día a resolver esta crisis? Si esto es posible, es una respuesta que corresponde al dominio de las cuestiones epistemológicas excluidas de estas notas. En adelante, cabe observar los efectos de esta inmensa relativa frente a las demás disciplinas sociales, que aún cuando se dan en todo el mundo, se producen en el ambiente cultural específico de América Latina.

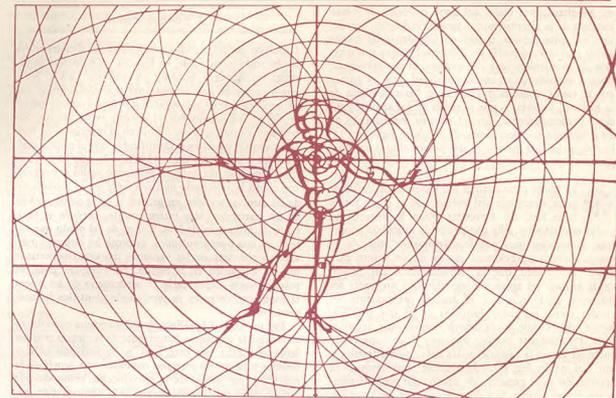
Obstáculos al desarrollo del análisis político en América Latina

La búsqueda de un entendimiento más globalizante, menos parcelado de la realidad política, es una característica visible en la producción latinoamericana. Son escasos los trabajos de peso que, ocupados solamente con una dimensión del sistema político —sea por ejemplo el sistema partidario, o el papel legislativo de las políticas gubernamentales—, no procuren de alguna forma referir a la sociedad global, con el fin de ganar sentido e inteligibilidad. Estas tentativas pueden ser distinguidas como el aspecto positivo de la producción latinoamericana en el medio en que denotan una conciencia aguda de las limitaciones de la compartimentación y burocratización de las disciplinas sociales. Pero es en el modo en que se operan estas "totalizaciones parciales" o "globalizaciones", en el que vamos a encontrar, todavía, las principales deficiencias y debilidades del análisis político latinoamericano contemporáneo. Como se dejará ver a continuación, esas deficiencias son básicamente tres.

1. Deficiente historicismo

Es bien conocido el dato de que el positivismo encontró en América Latina (quiere decir, el positivismo ortodoxo-omnino) un campo fértil, de raíces duraderas. Tal vez, sea menos conocido el dato de que en América Latina, al contrario de lo que ocurrió en Europa, no representó una infusión de reaccionarismo o de conservadurismo contra los avances de las doctrinas socialistas. Por lo contrario, el positivismo latinoamericano se difundió como una doctrina contra los sistemas de creencias dominantes, tradicionalistas, que buscaban en las más variadas teorías naturalistas la justificación para la sacralización del orden vigente del derecho o de la teoría política. E contra las doctrinas que buscaban justificar ideológicamente el inmovilismo del orden social, que el positivismo comtiano introdujo —por vía de su doctrina de los tres estadios de la humanidad— la relativización histórica de las instituciones, su transitoriedad y, consecuentemente, la inevitabilidad de su transformación, en los análisis latinoamericanos. El objetivo progresista de demostrar que las instituciones deben transformarse, no puede justificarse teóricamente su permanencia inalterada en el contexto latinoamericano del siglo pasado (lo que quiere decir, en sociedades preindustriales o en las que el proletariado urbano poseía un significado escaso) induciendo a la absorción de una doctrina que obliga al estudio, aún más, a la demostración de la historicidad de las instituciones y de los procesos sociales.

Abierta la puerta del análisis social, político e histórico, por la que entrarán todas las variantes del evolucionismo, se fracciona la inteligencia latinoamericana en torno a las diversas corrientes y polémicas europeas —hachaelianismo, spencerianismo, etcétera— que marcan decisivamente a los analistas, inclusive a los juristas, con



el gusto por el análisis histórico. Cabe observar, por otro lado, que el esfuerzo por entender los fenómenos sociales y políticos desde una perspectiva histórica, siempre se desarrolló a partir de macrotesis alternativas. El gusto por la historia, dedicado como herencia del positivismo y de todas las formas de evolucionismo, fue en realidad el gusto por la teoría de la historia a partir de la cual, fuese cual fuese la preferida, se pasaba a interpretar los fenómenos políticos y sociales específicos. No se trataba de análisis históricos en el sentido convencional de los historiadores, de búsqueda paciente y trabajosa, de registro y ensamblamiento de los acontecimientos en su complejidad y multiplicidad. Antes bien, se trataba de interpretar los eventos contemporáneos en el marco de una teoría de la historia ya dada, que le conferiría sentido histórico al fenómeno en examen. Por esto es que al lado de la permanente preocupación por el análisis histórico de los fenómenos políticos y sociales, se verifica en gran medida la ausencia de una bien establecida tradición de los estudios históricos, en el sentido disciplinar del término. Como consecuencia de esto, la historiografía-política latinoamericana es pobre, de credibilidad dudosa y de una competencia técnica cuestionable. Es de estas dos características que se origina una de las principales debilidades de la ciencia política latinoamericana contemporánea. A cuenta de la herencia comtiano-evolucionista, busca superar la compartimentación disciplinar y asumir una totalización parcial, por la vía de la historicización del análisis, contextualizando los fenómenos mediante la investigación de los estudios históricos; por otra parte, los cientistas políticos latinoamericanos se ven obligados, para no faltar a su compromiso con la totalización parcial, a hacer por sí mismos la historia que precisan para sus análisis. Trácese como ejemplo lo siguiente: en la mayoría de los estudios más significativos sobre América Latina, la estructura del argumento —sea del artículo o de libro— es prácticamente la misma; se ve cómo surgió el problema de que se trata, cómo evolucionó y como se entrelaza con el resto de la "historia" del presente. Sin lugar a dudas, este estilo de análisis ha producido conocimientos

valiosos sobre el pasado y sobre el presente de América Latina, en sus aspectos políticos. Sin embargo, me parece procedente apuntar algunos puntos deficientes en la producción de la ciencia política actual en América Latina, a saber:

✱ Visto desde un ángulo histórico, mucho de lo que se produce en el campo de la ciencia política en América Latina, constituye en realidad un producto híbrido de historia mediocre, en el sentido tradicional, escrita en un lenguaje de ciencia política. Desprovistos de procedimientos disciplinarios específicos, los cientistas políticos latinoamericanos incurren frecuentemente en graves ingenuidades metodológicas que ningún investigador competente admitiría. Para dar un ejemplo, todos sabemos que los periódicos deben ser léidos y asimilados *cum grano salis*, esto es, ningún lector de periódicos (no me refiero a los cientistas, sino más bien a los ciudadanos comunes) es hoy en día tan crédulo al punto de no comprender que margen variable del noticiario periodístico incorpora no sólo los datos descriptos, sino los intereses del periodista. Esto para no mencionar aquellos acontecimientos que ocurren, que son conocidos por un ponderable número de personas y con todo, no se informa acerca de ellos. En otras palabras, que lo cotidiano de la empiria histórica no está todo retratado en los periódicos y ni siquiera lo que está, lo está fielmente. Los manifiestos o declaraciones de asociaciones o líderes de clase, también son interpretados por el lector común como un mensaje de la asociación o del líder, buscando encontrar ciertos objetivos, los cuales no son necesariamente aquellos expresos en el mensaje.

Pues bien, este conocimiento trivial del lector común de periódicos, es imitado por el cientista político cuando hace historia y frecuentemente exhibe noticieros de periódicos o manifiestos y declaraciones como prueba concluyente de la verdad histórica de los datos. O sea, la simple distancia de los años puede transformar lo que sólo es malicia política o deformación periodística en verdad histórica para los cientistas políticos desinformados. No deseo aquí, evidentemente, alentar una discusión sobre el establecimiento de la fidedignidad y credibilidad de las fuentes históricas. Más que eso, pretendo señalar un dato: por falta de entrenamiento o de procedimientos especializados, el afán de la historicización de los análisis, frecuentemente induce a los cientistas políticos latinoamericanos a expresar en lenguaje pedante, revestido de científico, lo que muchas veces no pasa de historia reconstruida de manera incompetente.

✱ Otra consecuencia del historicismo deficiente de la ciencia política latinoamericana es la repetida tendencia a la racionalización del pasado, a la manera de un determinismo *ex post facto*. Pobremente armados para identificar la complejidad de los procesos históricos e incapaces de generar las evidencias pertinentes para revelar las alternativas y opciones que coexistían ante un dato, por falta de entrenamiento o de procedimientos especializados, el afán de la historicización de los análisis, frecuentemente induce a los cientistas políticos latinoamericanos a expresar en lenguaje pedante, revestido de científico, lo que muchas veces no pasa de historia reconstruida de manera incompetente.

DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ARENALES 1292
42-9956

1061 BUENOS AIRES

de las alternativas reales del curso histórico, terminan cautivas de la alternativa que visionariamente prevalecer. En consecuencia, la historia fácilmente les resulta como algo que no podía ser diferente, ya que una sucesión de acontecimientos que terminaron por prevalecer, poseen efectivamente una racionalidad que les parece, por lo tanto, como la única posible. No es la lógica de la historia, todavía, la que se revela en los análisis políticos contemporáneos, sino el registro sedimentado de las soluciones que prevalecen, de donde se sigue una racionalización del pasado y del determinismo *ex post facto*.

El tercer consecuencia del historicismo deficiente se desprende del precio que se pagó por la carencia fácil de demostrar cómo la historia no podía ser diferente. Ella consiste en la dificultad congénita de los cientistas políticos latinoamericanos de siquiera arriesgar previsiones acerca de un futuro próximo. En cuanto que la racionalización del pasado de la historia les aparece como algo que no podía ser diferente de lo que fue, el análisis del presente les resulta como un palco histórico en el que prácticamente todo lo que puede ocurrir resulta, pues, imprevisible. Precisamente porque son muy capaces de entender cómo la historia pudo haber sido diferente y por qué no lo fue, están igualmente prisioneros de la apreciación en el presente, de aquello que problemáticamente no deberá ocurrir. Si todo puede ocurrir, entonces, en contrario de la historia pasada casi enteramente determinada, nos enfrentamos al presente como un proceso histórico fortuito, caustivo, en el que todo depende de esta o de aquella iniciativa, de este o de aquel actor, de este o de aquel acontecimiento, siendo insensato por consiguiente y posiblemente "ahistorico", arriesgar cualquier previsión. Se apela a la racionalización del pasado y se llega a la consagración de las soluciones vendadoras, ignorándose la efectiva lógica de la historia. Por la importancia de esta situación, se debe insistir en el determinismo cuántico, materializado en la imposibilidad de intentar anticipar los posibles perfiles agregados del futuro inmediato, dado el comportamiento acierto o errático y las consecuencias agregadas de las partículas individuales (de los actores políticos contemporáneos) que componen el presente histórico.

2. Economicismo

La influencia del marxismo en las ciencias sociales es evidentemente indiscutible, en Europa, en el mundo anglosajón, en África y también en América Latina. Sería una proposición innecesariamente polémica, afirmar que en América Latina esta atracción se funda en una variante de la fascinación por el análisis evolucionista. Sin embargo existen quienes atribuyen al marxismo latinoamericano un parentesco identificable con el positivismo. Para los efectos del presente relato lo que importa es considerar que, sin duda, el marxismo siguió al positivismo como la influencia más relevante en la producción de las ciencias sociales, en general y, en la ciencia política, en particular. Más recientemente, también se ha escrito de la influencia de Max Weber, de tal modo que cabría, en una buena polémica, discernir las variantes marxistas-positivistas de las variantes marxistas-weberianas que se expanden en la región. En cualquier caso, es prácticamente indisputable el predominio de las orientaciones marxistas en la producción científica latinoamericana.

Por un lado, si la influencia del marxismo contribuyó a reforzar la tendencia historicizante de la ciencia política latinoamericana, por otro lado ha incentivado las tendencias totalizantes-parciales mediante una teoría de la historia y por medio de la introducción como variable crucial de la teoría globalizante de la dimensión económica de la sociedad. Al contrario de las teorías anteriores que privilegiaban las manifestaciones del espíritu o la historia según la evolución de los modos de producción y los procesos económicos, que conforme a las etapas del espíritu positivo. Y por ahí, al lado del resto de la interpretación histórica, más que del estudio de la historia, el marxismo ha contribuido para que los cientistas políticos latinoamericanos absorbieran la economía al lado de la historia, como instrumental de

ayuda en la tentativa de superar la compartimentación de la disciplina.

El otro estímulo fuerte para la absorción del análisis económico se derivó del prestigio innegable que el análisis económico posee entre las disciplinas sociales. Ya que siendo más maduro que los demás y exhibiendo aparentemente una capacidad bien elevada de explicación e intervención en la realidad social, se comprende que las tentativas de totalización-parcial del análisis político procuren incorporar aquellas variables cuyo comportamiento parece estar ya relativamente domesticado en el nivel conceptual. De la misma manera, cerca al doble estímulo del marxismo y del prestigio de la ciencia económica, la ciencia política va incorporando en sus análisis no sólo incursiones en el terreno de la historia sino también en el de la economía. A diferencia de la historiografía latinoamericana, la ciencia económica producida en la región es de ponderable calidad y cantidad, lo que ha colaborado en el aumento de su prestigio entre el resto de las disciplinas y en volver casi obligatoria la introducción del análisis económico en el análisis político.

No es por tanto a falta de una ciencia económica bien calificada que los análisis políticos se debilitan, o que hubiesen aventurado a entrar en este terreno. Aquí, la responsabilidad mayor, tal vez exclusiva, corre por cuenta de la falta de preparación de los cientistas políticos para el análisis económico más sofisticado. Si a un buen historiador es imprescindible el tratamiento en la producción de evidencias, en la estructuración del argumento y en sus reglas de comprobación, es igualmente indispensable que un analista político encierra o incluya en sus análisis económicos o económico-políticos, un procedimiento y una preparación adecuada en los diferentes ramos de la ciencia económica. El precio de la división intelectual del trabajo se expresa justamente en el tiempo necesario de aprendizaje de habilidades para garantizar la calidad del producto, y como se sabe, es la historia según la evolución de los modos de producción y los procesos económicos, que conforme a las etapas del espíritu positivo. Y por ahí, al lado del resto de la interpretación histórica, más que del estudio de la historia, el marxismo ha contribuido para que los cientistas políticos latinoamericanos absorbieran la economía al lado de la historia, como instrumental de

La primera consiste en el uso excesivo del argumento de autoridad. Partiendo de premisas que indican que los cientistas políticos son incapaces por sí solos de producir análisis económicos originales, se ven obligados a escoger de la ciencia económica, aquello que les parece más adecuado para el análisis político del fenómeno en examen. Pero la insuficiencia de entrenamiento y conocimientos imposibilita que tal selección se haga por el entendimiento del mérito intrínseco de cada uno de los análisis económicos en disponibilidad. Los cientistas políticos desconocen profundamente la economía y por consiguiente operan en condiciones de ignorancia de las premisas o de los argumentos de las doctrinas económicas con competencia. Siendo así, el único criterio de selección, es el de las conclusiones a que cada una de las doctrinas permite llegar. Los cientistas políticos no enfrentan un análisis económico en contra de otro, porque están convencidos de sus premisas y de sus argumentos o porque desconocen los argumentos. En esto consiste precisamente la raíz del argumento de autoridad. Cuando los cientistas políticos incorporan consideraciones económicas en sus análisis, ellos no están en condiciones de adelantar un argumento económico ni siquiera a favor de sus preferencias, sin ir más allá de referir a las fuentes de las que repiten un tema de las argumentaciones de la disciplina.

En consecuencia, es ilusoria la totalización parcial obtenida, ya análisis económicos, por cientistas políticos. Lo que efectivamente ocurre es, en algunos casos, una lastimosa supervivencia del análisis político en base a la referencia de economistas de prestigio. Se busca así legitimar un análisis político por la autoridad de los análisis económicos citados, sustituyéndose así el debate político por la disputa en torno de argumentos de autoridad.

La segunda debilidad del economicismo consiste en su vulnerabilidad metodológica. A partir de interpretaciones económicas que, como se sabe, los cientistas políticos hacen las más apresuradas e ininteligibles inferencias políticas. Esto es igual si se toman los buenos textos de análisis político latinoamericano que buscan la totalización parcial por la vía de la economía, que si se opta por analizar a qué tipo de hipótesis políticas dan lugar las consideraciones económicas. En otras palabras, raramente fue esclarecedor cuando se medía el fenómeno político con el economicismo puede ser mejor aprendido en el marco de una globalidad precedida del análisis económico. Y esto, en realidad, por una razón simple: sea cual fuere el fenómeno político en discusión — sea el autoritarismo, sean los partidos políticos, sean los grupos de presión —, en la mayoría de los casos, las consideraciones económicas que preceden a los diferentes análisis políticos son siempre las mismas. A saber, el tema económico más evidente en una determinada época. Por ejemplo, sea cual fuere el tema político a ser explicado no faltaran las mismas consideraciones sobre el proceso económico de sustitución de importaciones que caracteriza a América Latina, hasta su agotamiento, como siempre se autor cita en los textos internacionalistas de la economía. En rarísimos textos queda claro cuál es el nexo entre los procesos económicos generales que han sido descriptos y el problema político específico que ha sido explicado o interpretado.

El resultado líquido de este relajamiento metodológico consiste en algo de lo que los cientistas políticos hablan con tanta frecuencia más temen a saber, economicismo económico, esto es, la explicación de cualquier fenómeno político como mera consecuencia de los procesos económicos.

La tercera vulnerabilidad del economicismo consiste en que da lugar a explicaciones políticas contradictorias en base a la misma dogmática económica. Conventura aquí tal vez tomar desde luego un ejemplo para tipificar el problema que se discute en este caso. Como se sabe, el autoritarismo es un fenómeno intermitente y difuso en América Latina. Se trata, obviamente, de un fenómeno político y el análisis político busca entender su emergencia y desgaste. Pues bien, el vicio del economicismo en los análisis políticos, reinventándose, ha caído en explicaciones contradictorias para amoldar cuestiones. A las veces económicas son presentadas ora como una explicación del desgaste del

autoritarismo, puesto que es imposible para los regímenes autoritarios cooptar las masas u élites a través de la distribución de los beneficios; ora, la misma recesión es apuntada como la explicación para la permanencia del autoritarismo, dado que las masas a través de la distribución de los beneficios, cuanto permiten explicar el desgaste de los sistemas autoritarios, por la inferencia de que los grupos sociales diferenciados socialmente por el crecimiento, comienzan a demandar mayor participación política. Tanto el desgaste, cuanto la permanencia del autoritarismo — fenómenos políticos — son, digámoslo así, "inferidos" igual por el crecimiento, que por la recesión económica. Creo que procesos contrarios que explican simultáneamente resultados contrarios poseen un nombre definido en la clasificación convencional: **mitología**.

3. Un marxismo difuso de segunda clase

Antes de iniciar la discusión de este tercer y último obstáculo en el desarrollo de la ciencia política latinoamericana, conviene esclarecer un punto preliminar a fin de que el debate, no se esterilice en cuestiones adjetivas o que no están siendo bien planteadas. Me refiero claramente a una variante del marxismo de segunda clase que especificaré adelante y no a los estudios de buena calidad y de orientación marxista, que inmejorablemente también se han producido en América Latina.

Al releer algunos de los debates que se dieron en la segunda mitad del siglo pasado y a principios de éste, sobre el verdadero significado y las implicaciones de las doctrinas del "maestro", la mayoría de los estudios del pasado cultural latinoamericano no pueden dejar de producir risa. En "El maestro", ¿tanto poder como el de Heidegger, Heidegger, como Spengler. Me preocupa, en producir nuevos conocimientos según las doctrinas que consideraban acertadas, los investigadores se perdían en disputas efectivamente escolásticas sobre los empenamientos de sus queridos "maestros", y más que esto, se agrupaban en torno de diferentes discursos europeos del maestro fundador. Y así, era el maestro el que se definía como los epígonos en favor de Lafitte o Littré. Y de ahí los debates sobre quién interpretaba mejor los planteamientos del maestro. Era esto, en tanto, lo que se podía llamar un positivismo de segunda clase que sustitua la investigación y la producción de conocimiento por la querrela escolástica en torno de conceptos, definiciones y doctrinas.

Así como existió un positivismo de segunda clase, también existe, como es natural, un funcionalismo de segunda clase, un estructuralismo incompetente, un popperianismo insensato, y claro, un marxismo harro tedioso. Dada la influencia incontestable que el marxismo ejerce en la producción latinoamericana es oportuno señalar que entre las vertientes del economicismo acerca de política en América Latina se encuentra una variante escolástica del marxismo, caracterizada, exactamente como el positivismo del siglo pasado, por el fanatismo del dogma. Al lado de la producción marxista de buena calidad que, junto con otras corrientes, ha contribuido al avance del conocimiento sobre la realidad política latinoamericana, se amontonan volúmenes y más volúmenes, ensayos, revistas, opúsculos y otros materiales estrictamente ocupados en descifrar el verdadero sentido de las enseñanzas del maestro, en esclarecer conceptos y en distribuir peses de entrada para el círculo de los iluminados y verdaderos marxistas.

Se dan asimismo, las querrelas sobre "hegemonía", "aparatos ideológicos de estado", "bonapartismo", "capitalismo de estado", "modo de producción", entre otros, sin que ni siquiera la mitad de la misma atención se brinde a la producción de conocimientos de acuerdo con los conceptos y doctrinas que cada cual está convencido "son los más adecuados". Sin que por consecuencia, de este marxismo se desprendan investigaciones efectivas sobre procesos reales, en los que la calidad artesanal en la investigación ofrece resultados lamentables. Es como si el celo conceptual dispensase mayor apuro en la investigación efectiva, estando asegurada la validez de las conclusiones por la claridad cristalina de los conceptos preliminares.

Como sería de esperar, este tipo de marxismo también se ocupa de controversias bizantinas sobre quién es el verdadero intérprete. ¿europeo? ¿americano? ¿a la manera del evangelio primitivo. ¿Luis? ¿Althusser? ¿Sartre Foucault realmente un marxista? ¿y Habermas? ¿Y qué hacer con la Escuela de Frankfurt? En cuanto esto, es desprecia superiormente el trabajo pedestre, modesto y cansado de investigación paciente y bien cuidada; se deja a los "empiristas" o "funcionalistas", esto es a todos aquellos "deficientes" que no llegan a alcanzar ningún orgullo intelectual al leer, en gran parte por deber de oficio, los contorismos verbales y materiales del recitatorio grupo de "teóricos" italianos cuyo objetivo es disipar de una vez por todas cualquier duda sobre si existe o no existe una teoría marxista del estado.

Es este marxismo de segunda clase, largamente difundido en el economismo igualmente incompetente, provoca dispersión de esfuerzos al mismo tiempo que el "dandismo intelectual" de gran número de intelectuales y cientistas de la política en América Latina. Los mismos, si estuvieran bien dotados de práctica en la investigación empírica y no estuvieran prematuramente momificados por la escolástica vigente, podrían ciertamente haberse dedicado a la investigación real de los fenómenos políticos del área, más ahora en que es éste el valor que podría ayudar de manera más eficaz para hacer de América Latina una región más libre y más justa.

Conclusión

La división del trabajo intelectual ha provocado consecuencias positivas y negativas a lo largo de la historia de las disciplinas sociales. Sin discutir los problemas epistemológicos implícitos en la forma por la que tal o cual proceso se materializó, se debe reconocer que las diversas disciplinas sociales han producido, a lo largo de la historia, un conocimiento que ha permitido encontrar puntos de referencia que les permite totalizaciones parciales, elevando de esta forma las dosis de inteligibilidad de los conocimientos parciales acumulados. No se ha discutido aquí si las totalizaciones parciales buscadas están fundadas epistemológicamente, ni si serían más ricas los resultados en el caso de una división del trabajo intelectual hubiese seguido otra senda.

Para los efectos de este texto, no basta la identificación del problema, pues su objetivo primordial fue el de sublimar las consecuencias negativas que tal proceso produjo en América Latina. Por lo tanto, si es insensato negar el progreso de la disciplina por el impulso de la especialización y compartimentación, parece ya maduro el momento para que se comience a contabilizar las deficiencias que la ciencia política latinoamericana revela, como resultado mismo de la especialización. Creo que sin una conciencia más aguda de las raíces intelectuales de esos defectos, más tiempo les tomará a los científicos políticos del área perfeccionar la calidad de su trabajo, y con esto, que es el objetivo final de la producción científica, aumentar la calidad de los resultados. Es evidente que son confiables sobre los procesos políticos latinoamericanos.

Los confiables sobre otros factores diversos de naturaleza extra-intelectual dificultan la institucionalización del trabajo científico en América Latina. Se sabe perfectamente bien la fuerza que sistemas autoritarios manifiestan en relación a las disciplinas sociales, y en consecuencia América Latina frecuentemente el fenómeno del autoritarismo, se pueden imaginar las consecuencias adversas que resultan para el trabajo científico. Censura, persecuciones y violencias de todo orden acompañan la carrera de aquellos dedicados al estudio y la investigación política. Constituiría excesiva autoconsciencia, empero, atribuir las deficiencias de la disciplina a una respuesta a un fenómeno. Hay vulnerabilidades estrictamente intelectuales que pueden precisamente a los profesionales de la disciplina, identificar y discutir.

Si es lícito exigir de los investigadores sociales, que en cuanto ciudadanos plenos luchan por la emergencia de regímenes políticos más libres y más justos en el área, es igualmente válido exigir que se les reconozca una responsabilidad intelectual, iniciando ésta por la aceptación de un debate sobre las propias insuficiencias. Tal fue el objetivo exclusivo de estas notas preliminares sobre el ejercicio de una ciencia incierta en países problemáticos.

Traducción del portugués por Francisco Galván Díaz. Publicado originalmente en *Dados*, Río de Janeiro, vol. 23, 1980 y su traducción en *Crítica Jurídica*, UAF, Puebla (Méx.), núm. diciembre de 1985.

Encuéntrese con la cultura en cualquiera de estos organismos

La cultura está en todas partes.

Pero en estos lugares usted es parte de la cultura.

<ul style="list-style-type: none"> ● Teatro Colón Cerrillo 618 - 35-1840 ● Teatro Pte. Alvear Av. Corrientes 1659 - 46-6076 ● Teatro Municipal Gral. San Martín Av. Corrientes 1530 - 40-0111 ● Museo de Artes Plásticas "Eduardo Sívori" Av. Corrientes 1530 8º P. - 46-9664 ● Museo de Motivos Argentinos "José Hernández" Av. del Libertador 2373 - 802-9967 ● Museo de Arte Hispanoamericano "I. Fernández Blanco" Suipacha 1422 - 393-6318 ● Museo del Cine "Pablo C. Ducros Hicken" Sarmiento 2573 - 48-4861 	<ul style="list-style-type: none"> ● Planetario de la Ciudad de Bs. As. "Galileo Galilei" Av. Sarmiento y Belisario Roldán - 771-6529 ● Dirección Gral. de Educación Artística y Especial Perú 372 3º P. - 30-0559 ● Dirección de Turismo Sarmiento 1551 5º P. - 46-1251 ● Centro de Divulgación Musical Av. Corrientes 1530 7º P. - 45-3981 ● Programa Cultural en Barrios Sarmiento 1551 11º P. 46-1251 Int.171 ● Programa Cultural en Universidades Av. de Mayo 525 4º P. 331-0961/9 Int. 1483 ● Programa Cultural en Sindicatos y Fabricas Av. de Mayo 525 2º P. 331-0961/9 Int. 1233 ● L.S. 1 Radio Municipal de la Ciudad de Bs. As. Sarmiento 1551 8º P. - 46-1251 	<ul style="list-style-type: none"> ● Museo de la Ciudad Adolfo Alsina 412 - 331-9855 ● Museo de Arte Español "Enrique Larreta" Juramento 2291 - 784-4040 ● Museo de Arte Moderno Av. Corrientes 1530 7º P. - 49-4796 ● Museo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires "Cornelio Saavedra" Crisólago Larralde (ex Republiquetas) 6307-572-0746 ● Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires Av. Córdoba 1556 - 42-9370 ● Centro Cultural General San Martín Sarmiento 1551 - 46-1251 ● Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires Junín 1930 - 803-1040 ● Dirección General de Bibliotecas Talcahuano 1261 - 44-1840 ● Jardín Zoológico Plaza Italia - 802-2174
---	---	---

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura

Deporte y sociedad

Seúl '88: Disparen
contra Ben Johnson

Guillermo Ortiz

Los últimos Juegos Olímpicos de este año y el sonado caso de dopaje que desembocara en la suspensión de por vida del atleta negro, ganador de la prueba más importante, sirve para rastrear a partir de la reacción popular en su país y el mundo, cómo el deporte determina pautas de comportamiento en la sociedad civil en relación a la drogadicción y salud.

Un Watergate del deporte", tituló el *Sovietskaia Sport*. "La noticia cayó como el huracán Gilbert sobre el Caribe", se animó *Le Quotidien*, de París. En Alemania Occidental, el *Sud-Quest* concluyó: "Los Juegos Olímpicos han quedado desfigurados para siempre".

Qué duda cabe que el deporte goza desde hace ya mucho tiempo de la excelencia categoría de suceso. No más espiar un medio de comunicación para saber de sus ritos, su histeria "sana" por cierto, y todo el carnaval preparatorio-burocrático que va más allá del didáctico incentivo de "unir a los pueblos", e incluye "sponsors" o auspiciantes, equipos médicos, ropa ultraliviana y específica, comités de organización, tribunales de disciplina, locutores y periodistas "especializados" de lentejuelas y pantalones cortos. Un edén con olor a linimento, salones alfombrados y polvo de ladrillo.

Pero hubo una imagen que recorrió el mundo en cuestión de minutos. Por que tratándose de las Olimpiadas, los ojos se volvieron hacia Seúl y su anillo de cemento, la respiración entrecortada y el esfuerzo de años dilapidado o consagrado en un solo segundo definitivo. Porque el deporte también es efímero a pesar de su ornamento. Por eso el rito y las fotos: para eternizar lo que una vez conseguido ya no existe. Desde el momento en que se logra el triunfo, se lo pone en juego. Es automático.

Y esa imagen de Seúl tuvo doble resonancia: la de un hombre que asparó todos los rostros de la humanidad. Que fue a la vez la gloria y el olvido. "Soy multitudes", dijo Walt Whitman, el de la barba poética y olímpica, porqué no, "hermoso es cada uno de mis órganos y mis atributos, y los de cualquier otro hombre sano y limpio", cantaba desde su terraza de Long Island, y Ben Johnson el jamás-ninguno hecho canadiense, en sólo 24 horas fue multitudes reuniendo así todos los sueños y el repudio que un hombre puede acumular. De la mañana a la noche, supo del trecho que va del reconocimiento a la humillación. Y comprendió tal vez, para toda la vida, que ese reconocimiento es también una forma de latente humillación.

Ahí está su imagen, ganadora con puño en alto y rictus severo de los 100 metros llanos con un escalofriante 979 segundos, italiano casi que dejó atrás su propio récord del año anterior y el gesto resignado, incrédulo y boquiabierto de Carl Lewis, el favorito de los cálculos previos. Y ahí está tam-

bién el escándalo: su inmediata descalificación vía Comisión de Atletas del Comité Olímpico Internacional, que sugirió además la suspensión de por vida de los atletas, que como Johnson, habían ingerido algún tipo de esteroide anabolizante (dos pesistas búlgaros, otro húngaro y uno español, y dos participantes de pentatlón moderno, uno australiano y otro también español), especie de mensajero químico y mágico que parece ser el nuevo nombre de la vergüenza.

Ben Johnson acaba de ser separado de las pistas por dos años e inhabilitado hasta su muerte por las autoridades canadienses. "Ben, ¿cómo pudiste hacerlo?", se preguntó ante su audiencia John Anderson, un famoso locutor de programas noticiosos del Canadá. Asimismo, un popular actor, Bill Michaluk, comentó



no bien llegado el atleta al país: "Pensé que Johnson tenía un poco más de cerebro. Como canadiense estoy decepcionado". Terry Joung, un conocido hombre de negocios de Vancouver, afirmó: "Deploré profundamente su actitud. Cómo nos hizo quedar a todos los inmigrantes que llegamos de Jamaica". Y "Qué destino les espera a nuestros jóvenes, por Dios. Se acabaron los ejemplos en el mundo", sollozaba entre nosotros el relator José María Muñoz. Toda una desazón nacional nutrida por la identidad que se establece entre el comportamiento de un deportista, la imagen de un país y una presunta conducta cívica. ¿A qué se debe todo esto? Cabe una reflexión ante el caudal de discursos apocalípticos, desilusiones varias y llantos cuasi corales en nombre del "mens sana in corpore sano".

No es ninguna novedad que el deporte haya sometido a tristes manejos tradicionales en su explotación comercial desenfrenada (jugadores de fútbol tratados como mercancías) y su aprovechamiento político-estatal. Desde aquel lejano 6 de

abril de 1896 en Atenas los primeros Juegos de la era moderna, que contribuyeron a las ambiciones de poder del joven heredero Constantino, con 285 representantes deportivos de 13 naciones, las cosas no cambiaron mucho en este sentido si bien se sofisticaron. Pensemos en los Juegos de Berlín en 1936 y el modelo de deportista ario al influjo de la parafernalia hitleriana. Y los gimnastas de Mussolini, los torneos "Educación y Descanso" de España organizados por Franco en la década del '40 y en la Argentina, los conocidos campeonatos Evita. Todos los regímenes totalitarios de este siglo se han valido del deporte, como también ha servido de elemento de presión para lances terroristas (el atentado de Munich en 1972), actitudes de condena internacional (el retiro en masa de los países africanos de Montreal en 1976, ante la presencia en los juegos de Nueva Zelanda que venía de hacer rugby con Sudafrica) y para todo tipo de boicots: el de 50 naciones en Moscú, en 1980, en rechazo a la invasión soviética a Afganistán y el de los atletas soviéticos, cuatro años después, respondiendo con su ausencia en Los Angeles.

Pero, más allá del beneficio político, me permito agregar lo que hoy me preocupa: su amenazante contenido moral. Quiero decir, su ambición ejemplarizadora, modificadora, su inculcable carga prototípica y edificante que sirve en el peor de los casos para delinear conductas y prescribir comportamientos. De esta manera, el ideal deportivo excede su propia esfera de influencia y genera algunas distorsiones. Pero vamos por partes. Hay tres planos para observar con mayor claridad el tema: el de la salud, el de "lo moral" (vinculado estrechamente al primero) y el que tiene que ver con la igualdad de condiciones ante el hecho competitivo.



En cuanto al primero, se dice que si un deportista se droga, se daña. El famoso esteroide, a la vez que acrecienta la elongación muscular y la resistencia física, puede generar adicción y de acuerdo a la dosis, provocar esterilidad. De todas formas, en el instante estrictamente deportivo, el momento "público" de Johnson, no fue óbice para que el atleta se adjudicara la competencia. Por lo que los efectos negativos quedan pues para el Johnson "no público", vale decir, íntimo, y es a esa esfera a la que queda librado en definitiva el ciudadano que, ya no el deportista, sino el ciudadano Johnson deseé dispensarle a su salud. Si convenimos que el hombre (más allá de sus responsabilidades públicas como ciudadano sometido a las leyes que afectan al conjunto de la sociedad y en cuya elaboración participa) goza también de una faz privada a través de la cual se procura enriquecimiento intelectual, placer o sosiego, la salud no es ya patrimonio del Estado ni de ningún tutor privilegiado sino del propio individuo.

Es evidente, además, que a favor de las estructuras que se mueven a su alrededor, el deporte deposita en la victoria su única razón de ser, exacerbando la búsqueda del triunfo a cualquier precio. Aquel sueño del barón de Coulbertin, padre de los juegos olímpicos, "lo importante es competir" fue sabiamente reemplazado por el más práctico "lo importante es ganar". El aparato burocrático se nutre, invariablemente, de los triunfadores. Muy próximo está el plano de lo moral. Hoy por hoy, y por motivos que trascienden lo médico para recalar en lo político, asistimos a una extendida satanización de determinados agentes químicos. Al buscarse en la idealización de la salud física, un resorte para la regeneración (entendida de asistencialismo caritativo) de la vida cotidiana, el hecho de ingerir estimulantes (o de beber alcohol, incluso) pierde su neutralidad para convertirse en amenaza de presuntos valores inalienables. Es claro: por medio del deporte se refuerza un encuadre moral que rebasando la sociedad deportiva, busca excluir del universo de lo admisible aquellos conductos personales que no se corresponden a los valores que pretenden preservarse. Pero la historia bien nos ha enseñado que lo ilegal no es necesariamente lo inmoral. Se institucionaliza el crimen como se prohíbe una canción. Ejemplos sobran.

Y el tercer punto sí es el que admitiría la condena popular de Johnson. Siempre que se demuestre claro está que el canadiense tomó a sabiendas un compuesto prohibido para la prueba (y por lo tanto ilícito desde el punto de vista del convencionalismo al efecto) y que lo colocabá en posición ventajosa en el plano físico en relación a sus compañeros.

Lo que importa: que lo deportivo se mantenga en su escena propia sin avanzar sobre la sociedad en la que se nuclea otros objetivos y tensiones. Si los niños no pueden tomar whisky, no por eso debemos prohibir su venta como si la sociedad fuera un inmenso jardín de infantes. Si a un deportista no le hace bien la ingestión de estimulantes, por los efectos no deseados que pueden malograr su futuro profesional, no es eso motivo para tratar a sociedades democráticas, modernas si se quiere y adultas, como si fueran un centro sanitario o un campus polideportivo.

Recuerdo un caso que puede servirnos: Gary Hart, senador por Colorado y frustrado candidato a la presidencia de los Estados Unidos por los demócratas a raíz de su encuentro con la modelo Donna Rice. Descubierto por un fotógrafo, abandonó sus ambiciones políticas ante la repulsa pública. ¿Qué se estaba juzgando? ¿Es "esencialmente" inmoral salir con una modelo? Claro que no. ¿No tiene Hart o cualquier mortal derecho a ello? ¿Por qué la condena, entonces? Según el pueblo norteamericano, por la hipocresía. Obligado por las directivas de campaña, el pobre Gary venía orientando su discurso (para captar a cierto electorado conservador) hacia el enaltecimiento de los valores familiares. Casado, sorprendido con otra mujer, el pueblo juzgó. En todo caso: Hart no es un deprimido sexual, simplemente un mentiroso.

Si aceptamos alegremente que ingerir sustancias prohibidas o verse con una modelo un fin de semana a espaldas de alguien, transporta en su seno una especie de "maldad intrínseca" (ya sea en nombre del deporte o del matrimonio) estamos a un paso de lo totalitario. Y la Argentina, en esa oscura especialidad, es medalla dorada. Indiscutiblemente.